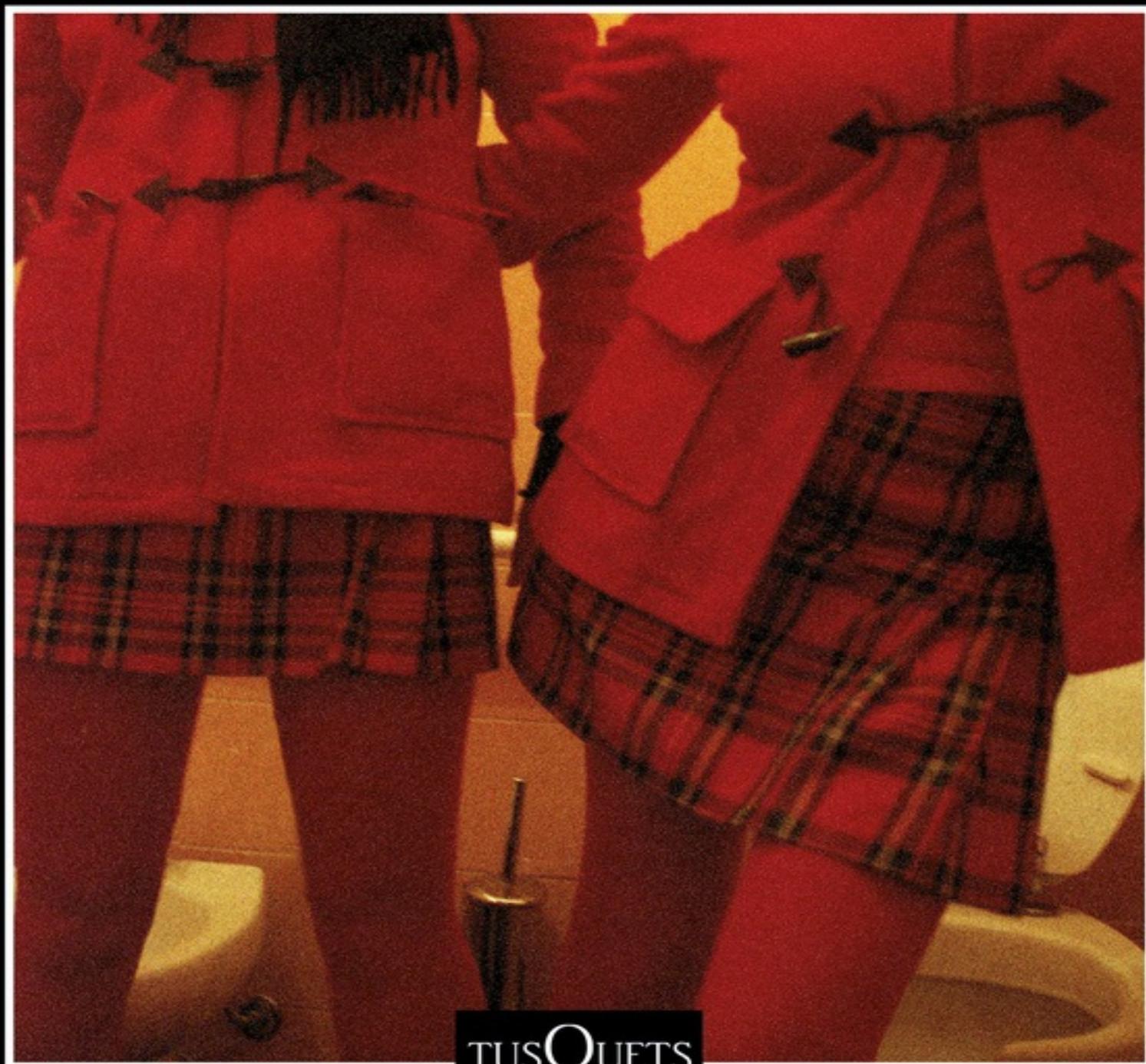


Eva Blanch

AHORA QUE TE VAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Adiós

Capítulo 2

Miedo

Capítulo 3

Culpa

Capítulo 4

Asco

Confusión

Vergüenza

Capítulo 5

Ansiedad

La llegada

Capítulo 6

El cambio

Escalofríos
Rojo
La primera vez

Capítulo 7
Desmanes

Capítulo 8
Humillación
Carácter

Capítulo 9
Dolor
Olor

Capítulo 10
Sexo
Hombres
Mujeres
Negación

Capítulo 11
Fragilidad

Capítulo 12
Mancha
SPM
Amor

Capítulo 13
Odio
Indiferencia

Capítulo 14
Pupa

Capítulo 15

Feminidad

Capítulo 16

Créditos

Sinopsis

A lo largo de un día, dos mujeres —Ruth y Andrea— conversan y repasan la vida de la primera, mientras Andrea se enfrenta a unos sentimientos que luchaba por olvidar. El título hace referencia por un lado al viaje fugaz que hace la protagonista y por otro lado alude a su menstruación, pues es el elemento que la autora ha elegido para vertebrar la narración. A través de distintos episodios relacionados con su regla, Ruth reflexiona acerca de las diferentes fases de su vida y cómo han influido en su cuerpo. No es una novela de formación pero sí de primeras veces, pues en ella se narran muchas de las primeras experiencias vitales de la protagonista.

EVA BLANCH
AHORA QUE TE VAS

TUSQUETS
EDITORES

A Juliet

Capítulo 1

(Londres, 08.30 h)

Te recojo en la terminal South de Gatwick. A pesar de mi impaciencia por saber qué ha ocurrido, por qué estás aquí, apenas hablamos durante el trayecto en tren al centro. Te caes de sueño. Vas algo desaliñada, el pelo revuelto, el esmalte de las uñas desconchado. Dos minúsculos morados, en el entrecejo y el pómulo derecho, manchan tu cutis.

Llegamos a casa y te conduzco hasta mi habitación. No me das tiempo a recoger la ropa que he dejado tirada por el suelo, entras y te derrumbas en mi cama, todavía deshecha. Te aconsejo que te desvistas, conozco demasiado bien la mala circulación de tus piernas, no puede irte bien dormir con unos tejanos tan ajustados. Pero persistes en tu silencio, en este aire ausente con el que has llegado y me dejas hacer. Me sorprendo desvistiéndote como a una niña.

La blancura de tu piel estalla ante mis ojos. Y no puedo evitarlo, se me lleva. Tu ombligo y la minúscula cicatriz también, este bebé gusano que no crece ni decrece, me transportan a Agua Blava. A tu pequeña cama de adolescente con la colcha amarilla, a septiembre, a todo aquello que hace años terminó.

Pero arrancas a hablar y me salvas de esto. Es ahora cuando decides hacerlo, por intuición, para interrumpir mis pensamientos, para devolverme al presente. Parloteas presurosa, casi sin aliento, susurrando con voz queda que el sexo ha terminado para ti. Que no vas a follar nunca más en la vida, que te has cansado, que estás harta, que ya no deseas hacerlo nunca más.

Escucharte decir eso me pone caliente. Me asusto y me río tontamente. A ti se te escapa una sonrisa que pretendes esconder. Te frotas los ojos, elevas la voz y me sueltas con brusquedad algo que tardo en entender. Dices que ya no la tienes. Dices que se fue a lo bestia, a la brava. Que la soltaste como una gran vomitada en un pasillo con moqueta.

Te das la vuelta. Apenas oigo lo que musitas, un soñoliento luego te lo cuento.

Adiós

Ruth se esforzó. No se le puede recriminar lo contrario. Aquella mujer que conocí de niña, veleidosa, algo perezosa, errática, tan dada a hacer lo que le venía en gana, aquella chica que nunca tuvo un rumbo fijo y que disfrutaba no teniéndolo, la mujer que me llevó de cabeza durante tantos años, muchos, demasiados, ahora sí, ahora no, incapaz de tomar decisiones, se estaba esforzando en ser otra. Durante la desesperada velada cuyo desenlace la trajo a Londres, Ruth realmente lo intentó. No se le puede recriminar lo contrario.

Se había vestido con una falda ceñida, pintado los labios de rojo, calzado unos Thierry Mugler que no se ponía desde hacía una eternidad. Era viernes por la noche. Un pianista tocaba en el centro de la sala y Félix, su marido, estaba contento. Cenaban en un restaurante gastronómico como si celebrasen algo, aunque no había nada que celebrar. Se trataba de pasar página al desliz que ella había cometido ocho días antes, el viernes de la semana anterior y que parecía haber traumatizado a su pareja. Para Ruth todo eso era una exageración, Félix lo había sacado de madre, pero ahí estaba ella, concentrada y dispuesta a lo que hiciera falta para que su marido lo olvidara.

La velada empezó bien. A pesar del cansancio, a pesar del incipiente dolor

de barriga al que no quería prestar atención, a pesar de la mañana de sábado, niños y actividades extraescolares que le esperaba al día siguiente. Félix hablaba de cosas triviales y a Ruth se le iba la cabeza contando los platos que iban llegando y los que faltaban por llegar. Los restaurantes gastronómicos nunca le han gustado, la impacientan. Pero no estaba en condiciones de buscar más conflictos. Accedió a ir allí por la ilusión de Félix, por no discutir más, por enmendar su supuesto error. Pero la elección del local estaba abocada al fracaso. El timing era incompatible con la verdadera finalidad de la cena. El dolor en el bajo vientre persistía y en el plato número trece su buena voluntad se agotó. Ruth se descontroló. Perdió los nervios, se desahogó al fin. Entró a saco a criticar las pretensiones del lugar, del chef, de la cursilada general. Félix se enfadó. Estamos aquí para tratar de ponernos románticos, ¿hace falta que te lo recuerde? Ruth le contestó que sí, que a esas alturas de la noche, ya sí, le hacía mucha falta que se lo recordara. Su horario biológico había mutado para siempre a un horario infantil y le parecía insoportable que casi a la una de la madrugada estuvieran con tonterías llamadas entretenimientos y discursos sobre fresas con cacahuètes, y el postre sin aparecer.

Apuró la copa. Incapaz de mirarle a los ojos, arrepentida ya, porque ella es así, ahora lo mando todo a la mierda, ahora lo quiero todo de nuevo, se levantó. Consideró que lo mejor era desaparecer un rato, cortar el mal rollo y que corriera el aire. Averiguar de paso qué estaba ocurriendo por ahí abajo, el dolor que sentía había derivado en algo que no descifraba, en una inquietud galopante. Voy al baño. Félix respondió con un gesto imperceptible, casi triste. Ella aceleró el paso. El restaurante estaba ubicado en un hotel de lujo y tuvo que recorrer varias salas, antesalas y pasillos llenos de silloncitos dorados. A un par de metros de la puerta del baño se le nubló la vista. La presión le bajaba y se apoyó en la pared. Un charco de sangre se desparramó entre sus piernas hasta llegar al suelo, manchó sus zapatos de charol y la moqueta color beige.

Limpió el desaguisado de la mejor manera que pudo. Movi6 un tiesto de sitio para cubrir el manchurr6n. Llevaba su copa menstrual como la mujer moderna, ecol6gica y previsoras en la que se ha empeñad6 en convertirse, respetuosa con su flora y su pH interno. Se tom6 un paracetamol con el agua

del grifo y se perfumó con la muestra de colonia que llevaba en el mismo neceser previsor que sigue esforzándose en no olvidar. Volvió a la mesa. Félix la esperaba con paciencia, alicaído. Ella le dio un beso con lengua, le sobó el paquete y le instó a pagar ya, tenemos prisa, cariño. A Félix se le puso dura.

Hicieron el amor y Ruth simuló pasarlo bien. El dolor había desaparecido por completo pero ella solo deseaba terminar. Córrete, cariño, córrete tú, no me esperes, balbuceó entre convincentes jadeos. Félix se corrió. Ruth sintió el segundo gran alivio de la noche. Él estaba pletórico como un niño y quiso compartir su disfrute, quiso que también ella se corriera y cuando le puso los dedos en la vagina Ruth berreó un ¡basta ya! que le salió del alma.

A Félix se le ensombreció el semblante y le dio la espalda con toda la brusquedad de la que fue capaz.

La había vuelto a fastidiar.

Se quedó muy quieta. Aplastada por una indescriptible sensación de vacío. Consciente de la mala semana que sabía le esperaba, otra mala semana, quizá peor que la que acababa de pasar. El viernes anterior había cometido el desliz de dormirse mientras lo hacían y Félix se había quedado hecho polvo durante siete largos días. Ruth quería mucho a Félix. Es el hombre de mi vida, había afirmado mil veces, me ha dado una familia maravillosa y mucho amor, muchísimo amor, todo el amor del mundo. Pero Ruth ya no soportaba la idea de volver a pasar otra noche como esa.

Entonces pensó en huir de casa y se acordó de mí.

Capítulo 2

(12.00 h)

Te despierto. Acabo de correr mis cuatro kilómetros diarios y vuelvo a sentirme bien. He hablado con Sonia un buen rato, sabe que durante unas horas es mejor que no venga, hemos quedado por la noche, para cenar, así os conocéis al fin. Sonia me ha escuchado hablar tanto de ti que es como si ya te conociera, pero me pide hacerlo en persona, quiere verte. Está preocupada y es natural que lo esté. No es tonta.

Me ducho y te preparo café con la cafetera italiana que compré contigo en el Borne, en aquella tienda de cacharros de cocina en Pla de Palau. Nos sentamos en el alféizar de la ventana y admiras con voz adormecida los edificios de Chelsea. Observas, por encima, las acuarelas que tengo esparcidas por la mesa. Me dices que la pequeña pintura que te regalé sigue colgada en tu casa, en la habitación donde trabajas, te gusta poder ver lo que veo yo desde mi minúsculo piso, las chimeneas grises, parte de un *meadow*, el color caldera de los ladrillos de Londres. Sé que no vas a preguntarme nada, qué estoy haciendo, en qué estoy trabajando, hace unos años te habría entusiasmado conocer los proyectos en los que estoy involucrada. Pero no preguntas nada y no me sorprende, ya no lo espero.

Empiezas a hablar y lo sueltas todo de un tirón. Fumo y te escucho y me desconcierta tu brutal sinceridad en determinadas cosas. Tan callada que has sido en otras, en las cosas que a mí me importaban. Pero qué más da ahora. Vas insistiendo en lo mucho que has cambiado y me parece ingenuo que sigas con eso, pero no te contradigo. No tengo la intención de contradecirte en nada.

Hasta que dices lo que dices.

—Solo me faltaba estar menopáusica para hundirme del todo.

Y se me escapa una mueca de fastidio, lo siento, un venga ya, déjalo, algo despectivo. Te pones tensa, noto cómo luchas por no demostrar tu ofensa, la vergüenza, lo observo al milímetro en tu rostro, tus labios trémulos. Así eres. Distante y fría en un momento, casi desafiante, y al segundo siguiente tan vulnerable. Nunca has soportado una crítica, media burla. Se te humedecen los ojos. Este orgullo tuyo, este campo de minas en el que te conviertes y que solo se puede sortear queriéndote mucho o estando muy ciego.

Intento enmendar mi falta de tacto. Dulcifico el tono de voz y te digo, te recuerdo, que te has pasado la vida despotricando de ella, que la maldijiste desde el principio, desde mucho antes de su llegada.

Me miras indecisa, te esfuerzas en buscar una réplica que no encuentras, que no dejas que encuentres porque exijo que me escuches, que me hagas caso. Que mires atrás. Ahora que buscas mi ayuda, ahora que dices que has huido de Barcelona sin billete de vuelta, háblame, Ruth. Cuéntame la historia de Jane y el sauce llorón. ¿Te acuerdas?

¿Te acuerdas de lo que sentiste?

Miedo

Ruth era una niña feliz. Una cría que corría por el patio de la escuela agarrada a la rebeca de otra niña como si las mangas fueran riendas y su amiga un caballo. Se deleitaba jugando a interpretar películas, *Mujercitas*, *Tarzán*, *Pipi Calzaslargas*, *Con ocho basta*. Le divertía especialmente cambiar la historia, mezclar personajes aunque el resultado no tuviera ningún sentido. El sentido era lo de menos. Las faldas y las emociones lo que más.

Esa mañana le había tocado hacer de explorador y su misión era salvar a Jane de morir en una olla cocinada por unos caníbales. Ella habría preferido ser Jane, porque Jane era el ídolo de todas las niñas, con su vestido asimétrico y brillante, pero también porque Ruth nunca quería hacer de chico. Ruth se moría por llevar vestidos largos en plan Sissi Emperatriz y por eso aquel día montaba a caballo con unas faldas largas, vaporosas, alucinantes, que solo ella veía. Pero Jane no aparecía y Ruth se fue poniendo nerviosa. Dio vueltas y más vueltas por todo el patio hasta que al fin dio con ella.

La novia de Tarzán se había escondido en el rincón más sombrío del patio, detrás del sauce llorón que presidía la entrada del colegio, donde las niñas aburridas o las más mayores se sentaban a hablar y a no hacer nada. Ruth se abalanzó sobre ella y le gritó que los caníbales estaban a punto de comerse a Chita y al montón de hijos que tenían en común y que solo ellas dos podían salvarlos.

Pero Jane la miraba con una mirada que parecía no ver. Estaba claro que el juego había acabado para ella y ya no quería seguir siendo Jane. La amiga preferida de Ruth volvía a ser Andrea, yo.

Yo que no me movía, yo que no la veía, yo que no hacía nada de nada. Pero Ruth no estaba dispuesta a renunciar al juego y me cogió del brazo y me obligó a levantarme. Arranqué a llorar. Yo, que nunca lloraba. La llamé idiota y otras cosas que Ruth no recuerda. Que tampoco yo recuerdo. Sí recordamos que lloré como un niño de parvulario en pleno berrinche y que ella temió que le pegara. Tuve un ataque de ira y chillé como una salvaje, pero no le pegué. Le recriminé sus juegos infantiles, le reproché estar harta de sus chiquilladas, que a ver si se enteraba de que todas las demás niñas nos habíamos hecho mayores excepto ella. Y ella no dijo nada, permaneció frente a mí, quieta, muy quieta, paralizada, incapaz de articular palabra. Su silencio me aturdió. En ese instante la sentí tanto más pequeña, tanto más bajita, con sus dos cortas coletas que le hacían la cara aún más redonda, más aniñada. Tan vulnerable. Con su mirada clavada allí donde yo había estado sentada. En el banco de obra había una mancha roja. Era sangre. No mucha. Pero muy roja. El banco estaba encalado en blanco y quizá por eso Ruth la recuerda tan roja.

Pasaron muchos minutos, tropecientos, como decíamos las niñas entonces,

hasta que una de las profesoras, la Pájara Loca, una de las señoritas vestidas con bata a cuadros rosas, apareció, y con un amable revoloteo de palabras se me llevó. Y dejé a Ruth allí, sola, en estado de shock, frente al árbol. En ese espacio a la sombra de un sauce llorón que tan poco nos gustaba y donde las alumnas solo se contaban los secretos más tremendos. Rodeada de muchas niñas que habían ido llegando y hablaban o callaban, pero de las que nada le llegaba. Solo ese no pasa nada, ese no es nada grave, que había dicho la señorita flotaba en su cabeza. Y ese miedo en el cuerpo por no entender nada.

Capítulo 3

(13.00 h)

Te llevo a comer al restaurante de la Saatchi Gallery. Cruzamos Duke of York's Square y quedamos rodeadas de un jolgorio contenido de escolares. Visten uniforme, jersey de cuello pico, pantalones cortos rojo inglés. Se mueven en una mezcla de disciplina y entusiasmo que te maravilla, que no crees posible. Se dirigen al parque, a la enorme extensión de césped que hay vallada frente al restaurante de la galería. Nos sentamos fuera. Pides una Coca-Cola light sin hielo y mucho limón. Yo pido vino tinto. Miramos cómo los niños se dispersan por el parque en pequeños grupos y se organizan para jugar. Las niñas con las niñas, los niños con los niños.

Pides una ensalada Seared Tuna Niçoise, yo Fish and Chips. A media copa de vino tengo una idea. Te propongo jugar a un juego. Ni te inmutas. Con el mismo tono de queja con el que has llegado de Barcelona me explicas que hasta hace muy poco Olivia hacía lo mismo, cada vez que os sentabais en un restaurante, pedía jugar a un juego y el resto de la familia se exasperaba.

Olivia.

Te pregunto por ella.

—¿Cómo está tu hija?

—¿Mi hija?

Sonrío. Tu reacción no me irrita, al contrario. Sigues siendo la misma, Ruth, lo siento, aunque no lo quieras ver así. Actuar o hablar sin pensar es lo tuyo, cómo te gusta hacerlo.

—Sí, tu hija —me obligas a repetir.

Te quitas el jersey y te revuelves el pelo, te sonrojas, pareces agobiada, vas protestando sobre este calor que dices que hace, tan inapropiado para esta época del año, para esta latitud, maldices el jodido cambio climático. Luego me respondes, acelerada, sin entonación, como si te importara muy poco:

—Tendrías que verla, Andrea, es alucinante. Es casi una adolescente y tiene tus huesos, tu esternón, el mismo esternón hundido que no os deja respirar cuando corréis como si fuerais atletas.

Me dejas sin habla. Busco un cigarrillo en los bolsillos de mi camisa. Sabes que si cuentas cosas de Olivia me voy a callar. Pero ya no sé si lo sabes o no lo sabes o finges que no lo sabes. Siempre has sido una maestra en simular que no te enteras.

Fumo. Tú esperas la comida, yo a que sigas hablando, pero no añades nada más. Los silencios son lo nuestro.

Cojo papel y lápiz y me ratifico en mi decisión. Una decisión que no puedo revelarte con la crudeza con que la sentiré dentro de pocas horas.

Culpa

Durante unos días Ruth deambuló por el patio, desorientada, como si se hubiera perdido, como si no conociera al dedillo cada piedrecita rodada entre el millar de piedrecitas rodadas de ese jardín de la parte alta de Barcelona. Se sentía mal, culpable. Le atormentaba imaginar el lugar exacto de mi cuerpo por donde había salido esa sangre. Me observaba de lejos y no me reconocía, veía a una niña buena, modosa, angelical, sentada al lado de una de las señoritas que vigilaban el patio, en las escaleras de mármol desgastado de la entrada principal del cole. Una niña buena que no le hablaba, que no quería jugar a nada, que solo podía querer estar allí para hacerse la pelota a las profes. Y

eso era lo peor de todo. Eso le horrorizaba. Esa niña buena no podía ser yo de ninguna de las maneras, no podía ser la amiga que tanto le gustaba.

A los ojos de Ruth yo era una niña libre, asilvestrada, algo bruta, distinta a las demás. Una niña que parecía un niño y que escondía el bistec —el suyo y el mío— reseco e incomible entre las braguitas y el pantalón y lo tiraba al retrete. Yo era una niña flaca y desgarbada que jaleaba sus ocurrencias y se partía de risa cuando ella se inventaba motes como el de la Pájara Loca para la profe de Matemáticas, la señorita pelirroja repleta de pecas que se cardaba mucho el pelo y le quedaba muy alto y muy raro. Yo era una buena estudiante que solo fallaba en una asignatura que tenía atragantada, esa clase soporífera que llamaban Pretecnología y que aprobaba solo gracias a Ruth. Nos intercambiábamos los tapetes por debajo de la mesa, yo me impacientaba bordando pececitos en punto de cruz, y aunque a ella tampoco le gustaba coser, era tan habilidosa con las manos que se lo quitaba de encima en un periquete.

Una de esas largas tardes llenas de deberes, con el Tajo, el Guadalquivir y los afluentes, sentada frente a un libro de geografía, Ruth se dio cuenta de lo que tenía que hacer para acercarse a mí. Pedirme perdón por escrito. Dibujar. Recortar cartulina roja y pegar corazones. Contarme una historia. Había dos reinas que tenían siete hijas, las vistieron de colorado y se volvieron lagartijas. Montó un especie de acordeón con varias cartulinas donde la historia seguía y seguía. Construyó un sobre con papeles de colores y celo. Escribió mi nombre con letras muy grandes, en mayúsculas, las coloreó de azul porque el azul había sido mi color preferido la semana anterior.

Al día siguiente me lo regaló y abrí con ansiedad el paquetito, conteniendo a duras penas las ganas de rasgar el celo con los dientes, de romper el envoltorio en mil pedazos para descubrir cuanto antes su interior. Ella me contemplaba en silencio, manteniendo una distancia, con la cabeza baja, trampeando la vergüenza que iba y venía y amenazaba con quedarse. Lo leí apresurada y tardé apenas dos minutos en bombardearla a preguntas. ¿Quién es la lagartija Mayor? ¿Esta es la Hermana Fea? ¿Y esta es como Jo March? ¿Y se cortará el pelo y escribirá? ¿Y el príncipe dónde la besa? ¿Se puede besar a una lagartija en la boca?

Y de ese modo volvimos a ser las mismas. Al menos durante un tiempo.

De forma repentina la cambiaron de colegio. A sus padres les dio un arrebató de catalanismo y, como de la noche a la mañana, se dieron cuenta de que la estaban educando en la escuela equivocada. Siempre supe que a Ruth lo de estar en las nubes le venía de ellos, de esa actitud distraída y acomodada que se respiraba en su familia. Su madre contaba que en el primer o segundo aniversario de la muerte de Franco las adolescentes lloraban a la salida de nuestro colegio y se prendían unos pins en la ropa, grandes y redondos, con banderas españolas. Su padre no se acordaba de eso, claro que su padre nunca la vino a buscar al cole.

Nos despedimos en la parada del autobús del paseo de la Bonanova. Subió al setenta y cinco con su pesada mochila atiborrada de libros y trabajos manuales. Se dio la vuelta con dificultad, y en el segundo escalón se quedó plantada, tan pequeña, con su carita redonda y una expresión como de desamparo, para hacerme la pregunta que tantas otras veces había formulado y que se había convertido en una especie de pacto entre las dos, en una especie de mantra: ¿Cuántas hijas tendrás, Andrea? Una, respondí, bien alto, sin titubear, obediente. Y ella añadió lo que las dos sabíamos de memoria: Yo tendré seis y veranearemos todas juntas y así las siete niñas serán como hermanas, ¿eh que sí, Andrea? Asentí con la cabeza, una vez y otra, ansiosa por dejarla tranquila, mientras el autobús arrancaba y pude seguirlo unos pocos pasos. La engulleron las puertas. Me tragué el asfixiante humo del tubo de escape. No sabía nada de lo que iba a ocurrir a continuación, de que nuestros padres no moverían un solo dedo por mantenernos en contacto. No tenía idea de que hubiera sido tan fácil hablar por teléfono. Ruth no se iba a Australia, se quedaba en la misma ciudad que yo, su casa estaba a poco más de un kilómetro de la mía, pero éramos demasiado pequeñas para casi todo, así era entonces.

Tardé más de una década en volverla a ver.

Capítulo 4

(14.30 h)

Masticas la lechuga con fruición. No quieres pan, ni postre. Exiges que se lleven la mantequilla. Con el hambre que dices que tienes, no es propio de ti. Me explicas, irritada, exasperada, que estás engordando, que todo te engorda, el vino, el agua, el aire, mirar la comida. Te cubres la cara con las manos y te lamentas, dices que ya no reconoces tu cuerpo. No servirá de nada decirte que siempre te han sentado bien unos kilos de más. Tu cuerpo es blando y esa blandura es lo más sensual que he tocado. Pero me muerdo la lengua. Argumentarte eso ahora, en este estado enfurecido en el que te encuentras, es casi peligroso. Despliego un menú entre tu plato y el mío a modo de biombo para que no mires mis patatas fritas. Te ríes al fin. Me insultas con cariño: Eres una cabrona, con lo que comes, con lo mal que comes y sigues así, tan delgada y huesuda. Dices que me ves tan bien: Qué atractiva estás, Andrea, el pelo largo te sienta muy bien. Lo sueltas entre rabiosa y admirada. Cabrona, repites con un mohín cariñoso. No me das tiempo a paladear tus palabras, a disfrutar del piropo. Me enseñas, con un gesto de hastío, las píldoras de colágeno y omega tres que te estás tomando, las engulles con esfuerzo, con varios sorbos de agua, como si tuvieran mal sabor, como si te costara tragar, parece que el malhumor arrecia de nuevo.

Me preguntas, impertinente, sobre el juegucito este que se me ha ocurrido, lo tildas así, en diminutivo, de juegucito. Quieres saber qué llevo escribiendo y garabateando en un papel durante toda la comida. Círculos, esquemas, palabras sueltas. Flechas, años.

Voy por la segunda copa de vino y me siento bien, no voy a permitir que tu malhumor me afecte. Te lo explico, brevemente, parece fácil.

Escuchas hasta que me interrumpes con una risa fea: Qué rara eres, Andrea. Y esa frase me sienta mal. Nunca te diste cuenta de lo poco que me gustaba que insistieras en eso, en lo rara que soy. Pero estoy empeñada en no dejarme abatir. Y te lo repito, más breve si cabe, más convencida, para no tener en cuenta lo que has dicho, para que me hagas caso:

—Quiero que sigas hablando de ella, Ruth. Del miedo, del asco, de la vergüenza, del odio. De la confusión. Quiero recorrer todo el camino hasta llegar a un final. A este vacío, a este vértigo que sientes ahora.

Sacudes los hombros y dices que vale.

ASCO

De la casita con escalones de mármol del paseo de la Bonanova, con sauce llorón y piedrecitas rodadas en el patio, Ruth pasó a un edificio de hormigón sin puertas en las clases, porque las puertas se consideraban coercitivas. El nuevo colegio se definía como una escuela experimental progresista catalana y los valores que primaban por encima de todas las cosas eran desconcertantes para ella. Se tuteaba a los profesores y se debía aprender con motivación más que con esfuerzo. El uniforme era visto como un símbolo casposo de represión, y tampoco se llevaba bata. Los alumnos se sentaban en las mesas que les daba la gana, al entrar, escogiendo sitio a toda castaña. Se plantaban árboles y se sugería, que no imponía, hacer requesón como único deber de verano. Toda aquella alegría desatada, aquella libertad y ausencia de límites inquietaban a Ruth, la desestabilizaban. Pero eso no era lo peor. Lo peor fue la irrupción de unos seres que lo iban a cambiar todo. Seres que actuaban sin

pedir permiso y de muy malos modos. Seres salvajes y extraños.

Los niños.

Los niños en género masculino. Niños que chutaban la pelota con una fuerza atroz. Niños sucios con heridas que empujaban y gritaban como poseídos. Niños que se acercaban a las niñas de maneras muy extrañas y siempre violentas. Había muchos, estaban por todas partes. Y el peor de todos se llamaba Marc.

Marc era un poco más fino y menos soez que el resto de los chicos, pero era listo e imprevisible, y fue siempre el líder de la clase. A Ruth le aterraba. Marc la tomó con ella tan solo verla. La llamaba carabandeja y disfrutaba como un loco persiguiéndola por el patio del colegio para descalzarla.

El llamado pilla zapatos fue uno de los primeros juegos con los que Ruth tuvo que lidiar. Consistía en que los niños perseguían a las niñas para arrebatárselas los zapatos. Nunca fue al revés. Tampoco preguntaban si ellas querían participar. Lo decidían ellos. Ni había reglas del tipo uno contra uno. Podían ser, y de hecho siempre eran, varios chicos tirando al suelo a una niña, inmovilizándola, para que otros tuvieran bien fácil lo de arrancarle el zapato. Marc no lo hacía de ese modo. Cuando Marc iba a por Ruth le atraía descalzarla él solo, sin la ayuda de nadie. Le resultaba fácil. Ruth nunca fue muy fuerte ni muy ágil ni se le daba bien correr. Pero aprendió a defenderse. Cuantas más patadas daba, más la jaleaba el abundante corro que se agolpaba a su alrededor y más parecía disfrutar o admirarla Marc. A los profesores del patio, unos jóvenes con barba y pulseras de cuero, parecía gustarles el entretenimiento. Eran simpáticos, enrollados, cercanos. Pero a los ojos de Ruth demasiado parecidos al resto de los alumnos, otros chicos de los que mejor mantenerse bien lejos.

Ruth pidió a su madre que le cortara el pelo. No un poco, no solo las puntas, quiso cortarse la melena entera. Se negó a llevar faldas, cualquier estampado que recordara a una flor, lazo, perrito o decoración mona parecida. Escondió las prendas rosas. Lejos de sorprenderse o preocuparse como casi todas las madres hubieran hecho, a la suya, le divirtió. Estaba en plena etapa progre y de lo más feminista. Que la niña se empeñara en cambiar de look a lo *garçon*, le parecía adecuado a los tiempos y a la moda. Pero Ruth estaba muy

lejos de pensar en la moda. La mejor estrategia de supervivencia era parecerse a ellos, parecer un chico, para que la dejaran en paz, para convertirse en un ser invisible. Huía de ellos. Los odiaba, los consideraba unos monstruos, unos bestias con los que no tenía nada en común. No quería hablarles, mirarlos, acercarse demasiado, tener nada que ver. En su presencia, enmudeció.

Una mañana de clase, Marc y un amigote de los suyos cogieron unas compresas de la mochila de una niña. Se camuflaron entre las chaquetas y las bolsas colgadas, en el vestidor amarillo chillón con compuertas batientes que delimitaba la clase con el gran rellano del edificio de Secundaria. Donde Ruth estaba buscando su libro de inglés. Los chicos se pasaban las compresas y se morían de risa. Esta vez Ruth no sintió miedo. Las risas eran diferentes, temblorosas. La gamberrada transgredía algo que no controlaban. Aunque tampoco lo controlaba ella. Le chocó su interés por el tema y le dio rabia y asco, y pensó que nunca encontrarían esos paquetitos en su mochila porque ella nunca iba a necesitar llevarlos. Se atrevió a observarles sin disimulo. La clase de inglés empezaba, el profesor les llamó la atención. Ellos volvieron a dejar las compresas dentro de la bolsa y salieron del vestidor, la miraron, Marc se rio menos. Por unos segundos Ruth sintió que su silencio no solo era una manera cobarde de protegerse. Su silencio podía ser un arma, podía asustarles. Pero saber eso no le sirvió de mucho. Estar tan callada no la hacía feliz.

Luego vinieron las diapositivas en clase de Ciencias Naturales y el hilillo rojizo que salía como el pipí. Enseguida los dibujos de la alumna más espabilada de todas, que en cuatro rayotas con rotulador rojo escenificó lo que les esperaba. La reacción fue teatral, puro pitorreo, todas soltaron algún improperio, qué asco, puaj, como si todo aquello no fuera con ellas y les importara un carajo. Alguna confesó que siempre había creído que la regla salía del ombligo, lo cual provocó un estruendo de risas y se convirtió en una anécdota repetida hasta la saciedad. Nadie quería tenerla, nadie parecía tenerla. Ruth sabía de quién era la mochila aquella, la del vestuario, la mochila de la que habían cogido dos compresas Marc y el otro niño para reírse como tontos. Pero no lo dijo. Ruth calló, no tanto por no delatar a la

niña, calló porque se autoconvenció de que no lo sabía. No lo quería saber. Tener la menstruación era lo peor.

Confusión

Una de las niñas más deportistas de la clase se enfadó mucho al no poder jugar un partido de baloncesto, debía de ser un partido importante porque dio varias patadas a una valla hasta derribarla y se le escapó un la puta de la regla. Lloraba de rabia e impotencia y cuando vio a Ruth por allí, cerca, mirándola, perpleja, absorta, pensando intensamente en aquello de la regla como una puta, le soltó: Tú sí que tienes suerte de no tenerla.

Pero Ruth empezaba a tener dudas de todo, de qué era tener suerte en relación con ella. No entendía por qué aquella niña tan deportista era capaz de patear y tumbar una valla con una pierna y en cambio tener vetado jugar a baloncesto. La niña se quedó sentada en la grada, enfurruñada, los ojos llorosos, hasta que se olvidó del tema y empezó a jalearse a las otras jugadoras que corrían en la pista y a dar consejos como una entrenadora de élite a la que le iba la vida en ese partido. Más tarde, ya en los vestuarios, cuando algunas se duchaban, otras se secaban y la chica deportista las esperaba, aburrida, en el banco, Ruth se atrevió a preguntarle: ¿Qué es lo que te duele? La otra sacudió los hombros y respondió: La espalda. Se levantó para dejarle claro que no iba a dar más explicaciones. La espalda. Ruth se quedó barruntando qué tendría que ver la espalda con los ovarios.

Otra niña de la clase, no muy lista, que había repetido un curso, se dio cuenta de que adquiriría más estatus, que se le hacía más caso, si daba novedosas y a veces estrafalarias noticias sobre el periodo. Una tarde, en el patio, Ruth oyó que contaba a otras dos niñas, tampoco muy listas, que ella

tenía la regla de colores. Su regla no era solo roja. A veces era gris y a veces blanca. Ruth se fue corriendo a buscar a sus amigas, se le escapaba la risa, muerta de ganas de compartir el chisme y provocar estallidos de carcajadas. Pero esta vez no fue así. Las amigas se quedaron muy serias. A esta lo que le pasa es que no se entera de nada, dijeron. Le falta un tornillo, ¿aún no te has dado cuenta? Parecían enfadadas. ¿Aquello no daba para hacer un chiste? Había pasado un tiempo desde la anécdota del ombligo, Ruth no recordaba cuánto tiempo, pero estaba claro que el asunto había dejado de ser gracioso.

Y un día por la tarde, en casa, se desvestía con celeridad para bañarse rápido y tener tiempo de ver un capítulo de una serie que le chiflaba, *Mazinger Z*, cuando le sorprendió una mancha rosada en las braguitas. Era una mancha difusa, suave. No tuvo dudas. No prestó atención a que el tono rosado se esparcía por casi toda la prenda. Fue a hablar con su madre, entre contenta y nerviosa. Su madre sonrió, no revisó la mancha, le dio una compresa y se mostró cariñosa. Ruth se sintió reconfortada. Se tumbó en el sofá, entre resignada y trascendente, con un cojín en la barriga para darse calorcillo, viendo la tele y admirando a Afrodita, su heroína, la superrobot japonesa color rosa chicle y pechos torpedo que ganaba todas las batallas. Más tarde su madre la acostó, la arropó, le llevó un vaso de leche calentita y unas galletas a la cama. Ruth pensó que si eso era así, pues que no había para tanto. No le dolía nada y su madre la estaba mimando como nunca. Imaginó la vida que tendría a partir de ese momento, una vida de mujer, la palabra mujer resonaba en su cabeza como algo de lo más excitante. En las películas las mujeres fumaban, llevaban faldas tubo, tacones, los labios rojos. Se durmió abrazada a Missifou, su viejo peluche, convencida de que al día siguiente se sentiría diferente. Por fin iba a hacer el cambio, el famoso cambio, de niña a mujer, como la cancioncita de Julio Iglesias.

Pero al día siguiente todo estaba igual. Missifou en el suelo, la almohada en el suelo, las sábanas y la ropa arrugadas y limpias. Blancas. Inmaculadas. Nada de rojo, rosa o color que se le pareciera. Ningún cambio a la vista. Tras una lavadora en que toda la ropa apareció como pasada por un filtro rosado, lo entendieron. Su madre, la asistenta que limpiaba la casa y Ruth. Había sido una falsa alarma. Los nuevos pantalones de pana eran rojos y desteñían.

La regla no parecía dispuesta a hacer acto de presencia. Merodeaba a su alrededor, se acercaba, mareaba la perdiz. Seguía empeñada en confundirla.

Vergüenza

El verano en que se puso de moda hacer topless en la playa, Ruth se vio obligada a ponerse los dos triángulos. A soportar los comentarios divertidos de su padre, primos y tíos. ¡Oh, Ruth ya tiene pechos! Ruth era plana como una tabla de planchar, pero habían aparecido dos botones que el verano anterior no estaban. Los pezones se habían hinchado. Uno más que otro. Eso ya no era un cuerpo de niña, era un cuerpo que estaba cambiando, y a Ruth no le daba la gana de que cambiara delante de las miradas cotillas de los demás.

Pero la fashion de su madre se había animado a imitar a las suecas y danesas que poblaban la playita de toda la vida y se pasó al monokini cuando Ruth lo abandonó. Eso provocaba más comentarios chistosos entre los amigos y parientes. Su madre quería ser una moderna, parecía que por encima de todas las cosas, y la susceptibilidad de su hija no le importaba.

Un día, vieron en la playa a una mujer alemana dando de comer sandía a su niñita de tres o cuatro años, una preciosidad de pelo más blanco que rubio que iba desnuda como casi todos los niños extranjeros. Pero la pequeña parecía incómoda por el jugo de la sandía que se le escurría por la barriga hasta la vagina y parte del culo y se le mezclaba con la arena. La madre, ajena a dichas incomodidades, entre pedazo de sandía y pedazo de sandía, se cambió el tampón. Lo hizo bajo la sombrilla, como si nada, con una naturalidad aplastante. Ruth se quedó atónita. No pudo apartar la vista y se zampó algunos detalles que habría preferido no zamparse.

La mañana que estrenó la parte de arriba del bikini tardó casi dos horas en

bajar a la playa. Estaba enfadada. Se sentía impotente. Su madre se había marchado antes que ella, hastiada de quitarle importancia al asunto, para nada escandalizada por la desvergonzada verborrea de su hija. Su madre no se escandalizaba por nada. Ni siquiera cuando Ruth le recriminó de manera grosera sus alardes de modernidad:

—¿Por qué no te cambias los tãmpax, los ob, o lo que sea que uses, en la playa, y los rebozas de arena, como hacen las modernas de verdad, esas extranjeras rubias y altas a las que tanto quieres parecerte?

Su madre arqueó una ceja y, como hablando para sí misma, murmuró:

—No entiendo de dónde has sacado ese carácter tan excesivo. Haz el favor de no dar importancia a tantas cosas, a todas las cosas, o acabarás exhausta, querida, que nada importa mucho en esta vida.

Salió de la casa con su pamelita de ala ancha y su vestido camisero a juego, tan divina ella.

Ruth lloró de rabia. Persistió en el melodrama. Dijo adiós a su cuerpo, al cuerpo que conocía, ese cuerpo confiado que saltaba por las rocas en busca de cangrejos sin preocuparse de cómo le sentaba el bañador, el minúsculo eslip que apenas la cubría. Estaba convencida de que a partir de entonces tendría que tumbarse en la toalla y quedarse quieta, muy quieta, como las mamás, como las chicas mayores, embadurnarse de aceite de zanahoria y estar pendiente de la uniformidad del bronceado.

Pero la tragedia duró poco. El verano, el sol y el mar se impusieron. Cuando todo el mundo se acostumbró a las dos piezas que lucía Ruth, cosa que sucedió inusitadamente pronto, ella volvió a pasar inadvertida, a fusionarse con el dulce transcurrir de las horas, a saltar como una enloquecida entre las gigantescas olas de la Costa Brava en los días con mar de fondo, sin importarle que los dos triángulos se desplazaran uno hacia el esternón y el otro hasta la axila.

Nadie la veía. Nadie la miraba. Se sintió de nuevo invisible, invisible, invisible. A salvo. Absolutamente feliz.

Capítulo 5

(16.30 h)

Te sentías a salvo, invisible y feliz, ¿eh?

Te ríes.

Me relatas todo esto y lo escucho con el mismo interés que le pongo a todo lo que me explicas, a lo que sé y a lo que no sé, y esta historia sí me la sé. Al dedillo. Me la contaste un fin de semana en Aigua Blava, aquel sábado que permanece en mi cabeza, que no se va, que no quiere irse, sobre el que nunca hemos hablado. Fue entonces cuando supe por primera vez de tu paraíso perdido, de la sensación de libertad infinita que viviste esos veranos y que no se ha vuelto a repetir. Y cómo cambias cuando lo haces. El brillo de tus ojos, tu actitud.

Qué guapa estás ahora, Ruth.

Frotas los restos de esmalte de las uñas con un algodón, con dos, con tres, con cuatro, vas por el quinto disco desmaquillante que empapas generosamente con la acetona de Sonia, los discos desmaquillantes también son de Sonia, te cuestiono si hace falta gastar tanto algodón. Entonces me los tiras a la cara, de uno en uno, sucios y embadurnados del rojo negrísimo Rouge Noire. Te levantas y me lanzas el cojín que tienes a mano, luego los macarrones secos que encuentras en mi desastrosa despensa. Te estás cansando de obedecerme, de hablar de lo que yo quiero que hables, de seguir mi guion, te aburres, recorres mi piso y curiosas mis cosas.

—Qué desorden —comentas, maliciosa—. Qué masculina sigues siendo, por Dios... ¿Cómo lo haces para vivir así, Andrea? —Te detienes y señalas

una de las fotos que hay pegada a la nevera—. ¿Es ella?

Asiento. Es Sonia, mi chica. El verano pasado en Grecia, durante un atardecer en Corfú.

Vuelves al salón, sigues preguntando:

—¿Y dónde está? ¿No te ayuda en todo esto?

—Sonia me ayuda en todo.

—Pues qué suerte tienes. A ver, cuéntame, Andrea, ¿cómo lo haces para tener tanta suerte?

Y yo me pregunto cómo lo haces tú. Ahora que creo que vamos por buen camino, en esta búsqueda mía, de un consuelo, de una puerta a otra cosa, ahora me distraes, te pones coqueta.

—¿Y si yo hubiera sido un chico? —sueñas, a lo tonto. Te ríes de nuevo, rebuscas en tu maleta y te cambias el body de Wolford por una camiseta de American Vintage. Recorro las pecas de tu escote y advierto que han aparecido nuevas.

—Vayamos a Green Park —me pides, cambiando de tema exprofeso, en un arranque caprichoso de los tuyos—, quiero ver los plátanos.

Me apoyo en la jamba de la puerta y durante unos segundos vuelves a ser mía. Te imagino sin sujetador, sin maquillar, con el pelo corto, rapado. Jugando a ser un chico.

Basta, Andrea.

—Claro —te respondo, solícita—, vayamos a Green Park.

Ansiedad

—Mamá. Soy un niño. ¿Es que no te das cuenta?

La madre de Ruth se echó a reír, con esa ligereza tan suya, mientras leía

artículos en la decena de revistas que se acumulaban a su alrededor.

Ruth estaba angustiada. Sus amigas se decían cosas al oído que no querían que escuchara. A veces adoptaban una actitud mística, trascendente. Ella las miraba y no veía los granitos que salpicaban sus rostros. Sí veía que estaban cambiando, las notaba diferentes, más guapas, más voluptuosas. Se movían de otra forma, al hablar, al tocarse el pelo. Tenían pecho, ni mucho ni poco, mediano y redondito, usaban sujetador y les quedaba bien. En cambio ella seguía con sus dos botones, uno igual al otro, en eso había avanzado, pero alrededor de los pezones nada más crecía. Tampoco su altura.

Empezaron a salir por las tardes, a ir a bares o a discotecas, hasta las nueve. Venían los chicos de la clase, con Marc, como siempre, capitaneando el grupo. Se quedaban todos fuera, en la puerta, hacían corrillos, las chicas a un lado, los chicos al otro. Las amigas estaban muy interesadas en verlos. Ruth no. Ellas les lanzaban indirectas, a unos metros de ellos, burlonas, a veces malignas. Se reían mucho. Ruth se forzaba a reír con ellas pero no lo pasaba bien. Persistía el bloqueo, esa mudez. Ellos ya no eran los salvajes que le arrancaban los zapatos de los pies, pero la seguían incomodando. Marc el que más. Ahora ya no le hacía caso, parecía no verla, se mostraba descaradamente interesado por alguna amiga suya. Ruth lo odiaba, sentía rabia, impotencia, no entendía qué le pasaba, ni sabía cómo hablarle.

Sus amigas se organizaron para ir a una fiesta un sábado por la noche. Las invitaba el primo mayor de una de ellas. Se tomaron su tiempo para explicarle a Ruth, entre serias y maternas, que mejor que ella no fuera, que a esa fiesta iban a ir chicos mayores. Ruth protestó. La más deslenguada perdió la paciencia y le soltó que hasta que no le crecieran las tetas allí no tenía nada que hacer. Las demás se apresuraron a aclararle que no se lo iba a pasar bien, que eran chicos diferentes a los de la clase, chicos de verdad, chicos mayores. Ruth no tenía ganas de conocer chicos, ni mayores ni pequeños ni medianos, pero le entristecía que ellas hicieran cosas a las que le prohibían ir.

Se daba la paradoja de que los padres de Ruth eran los más liberales de todos los padres y la dejaban salir sin problemas. Ella volvía a casa a las nueve y media de la noche porque era la hora límite que los otros padres imponían a sus hijas. Si se retrasaban, que era muy a menudo, sus amigas

volvían corriendo excitadas y cargadas de las mentiras que habían urdido juntas, con la desinteresada ayuda de Ruth. Ella envidiaba ese control porque imaginaba que hacía la vida más emocionante. Cuando volvía a casa parecía que nadie se enteraba.

La noche de la fiesta que Ruth tenía vetada, se sintió deprimida. Su padre había ido a ver un partido del Barça al Camp Nou y su madre leía sus revistas en el salón. Aburrida, se hundió en el sofá dispuesta a tragarse lo que echaran en la tele. Habría preferido una película, pero en los tres únicos canales que había en aquel entonces no daban ninguna y se enganchó a un documental de animales. De caracoles y ranas y algunas especies de pulpos. Animales que compartían la peculiaridad de ser hermafroditas. Peces que eran machos y hembras al mismo tiempo y que se autofecundaban, que no necesitaban a nadie más, que con ellos se bastaban. O unos crustáceos que primero eran hembras y después de tener sus hijitos en infinidad de huevos, cambiaban de sexo y se convertían en machos. El documental dejó de hablar de animales para traspasar el temita, sin solución de continuidad, a los humanos. De chicos que nacían en cuerpos de chicas. Y al revés. Niños adolescentes que no se identificaban con su físico. Niños que crecían y no se acababan de desarrollar, que sus partes se quedaban a medias, o escondidas, que lo que se veía por fuera no funcionaba y lo que funcionaba estaba dentro y no se veía.

Ruth dedujo que eso era exactamente lo que le pasaba. No le venía la regla porque había un hombre escondido en ella que no se veía. Por ahí dentro había un pito metido que prohibía al cerebro mandar las hormonas adecuadas para que le crecieran los pechos y le bajara la regla.

Se abalanzó sobre su madre y sus revistas. Le reprochó que no se hubiera dado cuenta de que era un niño, de que había parido a un macho. Su querida mamá se echó a reír. Ruth se sulfuró más:

—Mamá, que no te enteras, que soy la única niña de la clase que no tiene la regla. La última la tuvo hace un año, ¿te parece poco? ¡Hace un año entero! He cursado todo segundo de BUP siendo la única niña sin regla. Mamá, que me pasa algo.

Ante la vehemencia y desespero de su hija la madre pareció dudar, pero solo unos segundos. La impaciencia pudo con ella. Le recriminó que estuviera

de nuevo con sus exageraciones, que eso le pasaba por ver programas marginales en la segunda cadena de televisión. Le dijo que era una niña sana y monísima y que faltaba que se estilizara un poco, sí, que ganara altura, pero que eso llegaría pronto, con el cambio. Todas las mujeres de la familia, ella misma, su abuela, la tata Olga, eran altas y estilosas.

La madre de Ruth retomó la lectura en su sofá de cuero tipo chéster, alumbrada por una cálida lámpara de sobremesa. Ruth se exasperó. Levantó la revista que sostenía en su regazo para ver la portada. Era un ejemplar del *Esquire Magazine*, una cubierta muy buena, un clásico, un referente del diseño que en ese momento no le pudo hacer menos gracia. Le pareció perversa, una imagen sacada de una película de terror, surrealista, hitchcockiana. Una mujer muy bien maquillada, con media cara embadurnada de espuma blanca, se afeitaba con una Gillette, con precisión, con el mismo gesto que haría un hombre mirándose al espejo, tensándose con un dedo la piel desde la sien.

—¿De qué va esto, mamá?

Su madre leyó el título del reportaje con esa voz aguda que se le ponía cuando recomendaba temas culturales a sus amigas:

—La masculinización de la mujer americana. Muy interesante, Ruth. Deberías leer estas cosas y no sacar conclusiones equivocadas de documentales sobre la naturaleza. La mujer debe tomar el rol del hombre de una vez por todas. Estamos más que capacitadas.

Pero su hija ya no la escuchaba. La imagen del magazine la había magnetizado. Faltaba mucho para que supiera quién era Paul Rand y qué era la dirección de Arte. Para intuir que aquella profesión iba a cambiarle la vida, para adivinar que ese tipo de trabajo nos volvería a unir, a ella y a mí.

Su madre debió de notar la presión de la mirada de Ruth, la de todo su cuerpo, tan pegado al suyo, o quizá, quién sabe, el peso de su inquietud. Soltó la revista y resopló:

—Ruth, por favor, no te pasa nada. Mira, si a finales de verano no te ha venido, iremos al médico. Quizá estás baja de hierro y tu cuerpo te protege. Tan simple como eso. Si estás un poco anémica no te conviene tener pérdidas, el cuerpo es más sabio de lo que creemos. De todas formas, te apuntaré a ballet. Eso de que solo hagas deportes de pelota no ayuda nada. Te estilizarás

y estarás más mona, ya verás.

Nada de lo que su madre decía la consolaba. Ballet. Qué tendría que ver el ballet con la regla.

La llegada

El padre de Ruth abandonó a su madre por una mujer más joven. Los abogados determinaron custodia compartida y Ruth se vio obligada a pasar dos semanas del mes de agosto con su padre. Unos días antes de coger el avión hacia Ibiza le vino la regla. Nada de ríos de color rojo. Aquello era una especie de betún color chocolate.

—Llamas a tu padre y se lo cuentas. ¿No te vas de vacaciones con él? Pues que sepa lo que te está pasando.

Su madre estaba rabiosa. No quería reconocer la nueva situación y se empeñaba en ridiculizar al padre haciendo alusiones a su supuesta pitopausia. A pesar de haber llegado a un acuerdo económico muy favorable para ella, se empeñaba en creer que todo aquello era una fase pasajera de su ya exmarido y que pronto volvería al redil. Ruth no la reconocía. Ella, que era una maestra relativizando los problemas, ahora se comportaba como una leona enjaulada. Perdía los papeles. Le irritaba sobremanera que su hija se fuera de veraneo a las Baleares, a pasarlo bien con *su* hombre y con la novia de *su* hombre, la tía esa, que jamás tuvo nombre propio en sus labios.

Las novedades fisiológicas de Ruth pasaron a ser un asunto secundario, o terciario, solo útil como arma para arremeter contra la nueva pareja. Su madre le compró un paquete de compresas y se lo metió en la maleta. Le insistió en lo de telefonarlo. Ruth le mintió, le dijo que sí, que ya le había llamado cuando ella no estaba, cuando se había ido a tomar el té con la abuela. Ruth

imaginaba la conversación: Mira, papá, me ha venido la regla, ¿qué te parece? Llego al aeropuerto de Ibiza mañana a las cuatro. Adiós. La idea le daba ganas de vomitar. Y mintió a su madre para que la dejara en paz.

No tenía ningunas ganas de volar a una isla, por mucha Ibiza que fuera, donde no conocía a nadie, y mucho menos de meterse en el nuevo nido de amor de su padre. Pero tampoco quería quedarse en casa con una madre de un humor de perros que no atendía a razones. Claro que a nadie le importaba lo que ella quisiera. Era una adolescente y no decidía nada.

Se encontró con un padre irreconocible. Presuroso en ayudarle a carretear la maleta. Feliz y avergonzado a la vez. Más guapo de lo que todavía era. Bronceado, con una camisa blanca de hilo abierta, arrugadísima, un poco sucia, enseñando el pelo del pecho. Conducía a toda pastilla un Volkswagen cabriolé por los caminos de tierra, levantando una gran polvareda. Con Ray-Ban Wayfarer y rock and roll en la radio. Conducía y se reía, Ya has llegado a la *cultura de la pols*, y le daba golpecitos en las piernas, como diciendo, ya ves, aquí estás, no pasa nada de nada, todo esto es muy diferente pero yo soy el mismo.

Pero él no era el mismo. Besaba a su chica como nunca le había visto besar a su madre. En la cocina, en la piscina, en el supermercado de la carretera, comprando ajos en el colmado de la Paquita, los mejores ajos del mundo, le repitió varias veces, como si los ajos le hubieran importado alguna vez. Estaba enamorado, perdidamente enamorado, asquerosamente enamorado de esa tía, como se iba diciendo a sí misma cuando los pescaba con sonrisas abrumadoras, alguna carantoña, beso con lengua, mano en el culo. Los cariños y demás eran tan de verdad que la ponían enferma.

Simuló estar enferma. Les dijo que tenía gripe intestinal y que no podía bañarse. A su padre le costó aceptarlo. A ella mantener la mentira. Esconder los paquetitos de las compresas sucias y tirarlos en los contenedores de basura que se amontonaban en la carretera, a un kilómetro y medio de la casa, corriendo, en plan furtiva. Pero más le costaba renunciar a bañarse con él. Compartían la misma pasión desmesurada por el mar. Su padre decía de ella que había sido pez en otra vida, que nadar la transformaba, que nunca veía la hora de salir del agua. Él era igual. Afirmaba que todos los problemas se

esfumaban con un buen baño en el mar, un baño de verdad, de los largos, de los que duraban hasta que las yemas de los dedos se arrugaban, cuando buceaban sin perderse de vista el uno al otro y todo se volvía salado, ingrátido, plagado de peces y miles de reflejos. Con ese silencio tan hondo.

La primera mañana, después de desayunar, ellos se fueron a pasar el día en barca. Salieron de la casa con un capazo de esparto de lo más rústico, de esos que rascan y enrojecen la piel, lleno de pareos —las toallas de playa no existían en esa casa—. Se fueron cogidos de la mano, su padre con cara de circunstancias, intentando disimular su desconcierto, su chica exageradamente comprensiva. Ruth imaginó que ella estaba encantada de no tener que cargar con una adolescente pálida, tristonza, que no abría la boca y que seguía empeñada en vestirse de la forma más inapropiada posible, tapada, urbana, con camisas anchas, pantalones largos, colores oscuros. La novia de su padre era todo lo contrario. Siempre vestía de blanco, medio desnuda o con un camisón finísimo que le marcaba todo. Sin ropa interior ni maquillaje, descalza, con unas cuerdas entrelazadas a modo de collar. Tenía una buena mata de pelo, densa, áspera, que llevaba suelta y despeinada y que siempre le cubría parte de la cara. Apenas cocinaba, bebía infusiones, comía a todas horas cosas crudas. A Ruth le desconcertaba que todo eso pudiera gustar a su padre.

Se encerró en la habitación que le adjudicaron y lloró por el silencio seco que se había impuesto. Un silencio lleno de grillos chirriando. Con una higuera al pie de su ventana que a veces olía bien y otras mal, como a pipí. La rodeaba el seco agreste que envolvía esa casa blanca, desangelada, perdida en medio del campo, con alfombras árabes deshilachadas, apenas muebles. Con unos enormes globos de papel que hacían de lámparas y que Ruth no había visto en su vida.

Le dolía la barriga. Era un dolor nuevo, concentrado en el bajo vientre. Pero eso no era lo peor. Lo peor era algo difuso, irreconocible, una nostalgia, un no querer andar por un nuevo camino al que se sentía arrastrada.

El día pasó muy lento. No se movió de la cama en varias horas. Lloraba, se restregaba los ojos, los notaba enrojecidos, cada vez más hinchados. Saboreó el cambio de luz, el gradual declive del sol a partir del mediodía. El

lento pero sostenido movimiento de la sombra de la higuera, que recorrió parte de su cama, parte de la pared, hasta que se desparramó por el suelo. Hubo un momento en que disfrutó de esa quietud. Cerró los ojos y pareció que el mundo se hubiera parado con ella. Deseó que no volvieran nunca. Deseó dormir y despertar al cabo de tres años. De cinco años. Imaginó cómo sería todo a su alrededor al despertarse diez años más tarde. Una mujer guapa pero tirando a normal, nada de estar demasiado buena y llamar mucho la atención, ella sería una tía elegante encantada de que todo el mundo le hiciera caso y estuvieran felices de verla de nuevo, resucitada y con tan buen ánimo. Pero la ensoñación duró poco. Se sintió repentinamente caliente, húmeda. El betún color chocolate mutó en una especie de lava roja, oscura y espesa que dolía mucho por allí donde debía nacer. Se levantó pero al dar dos pasos se detuvo, todo empezó a fundirse en una nube oscura, negra, que hacía que su cabeza pesara mucho y los ojos se le cerraran. Había estado demasiado tiempo tumbada y dedujo que le convenía mantenerse en posición vertical, al menos durante un rato. Recorrió la casa y curioseó. Había unas esculturas africanas horribles. Todo estaba bastante sucio, aunque era un sucio que no daba asco, de ventanas abiertas que no se cerraban nunca. De polvo y sequedad y algún insecto que corría a sus anchas. Había telarañas y un dragón miniatura en el techo, parduzco, de esos que se comen a los mosquitos. En un rincón, tiradas en el suelo, había dos letras de hierro, dos A mayúsculas, una muy grande que parecía rota y otra muy pequeña. Estaban frías. Pesaban. Se las llevó a la habitación. Le entró hambre. Fue a por los trozos de pan con tomate que habían sobrado del desayuno y una butifarra muy rara que picaba, que no le gustaba pero que se zampó entera. Comió en la cama observando las letras, la A mayor tenía una pata más corta que la otra. La fue pringando con los dedos embadurnados de aceite, aquel aceite denso y verde que había añadido al pan con tomate y que estaba buenísimo. Le entró más hambre. Comió ensaimada, chocolate, patatas fritas, cacahuetes húmedos y restos de Coca-Cola sin gas. Parecía que nunca se iba a saciar, que el hambre aumentara. Dejó migas por la cama, los platos sucios en la cocina, no lavó nada. Le cogió sueño. Tumbó las dos letras en la almohada, a pocos centímetros de su nariz, olían raro, y cuando se entretuvo divagando que la A pequeña era tan pequeña como el

trozo de pata que faltaba a la A grande, se durmió.

Unos ruidos la despertaron. A través de la ventana vio a un hombre que arrastraba bolsas, rastrillos, artilugios que no identificó. El hombre estuvo cavando durante un buen rato. Canturreaba. Hasta que se acercó a la ventana de su habitación y empezó a hacer otro tipo de ruidos. Ruth se asomó. El hombre se secó el sudor de la cabeza con un pañuelo y la saludó. Hablaba un ibicenco tan cerrado que ella apenas entendía. Le explicó que cuidaba el huerto de la casa y le pidió que le diera un mensaje de su parte a Anita. Se puso a hablar de tomates. Le dijo que no los iba a recoger porque era mejor esperar unos días, después de la luna llena madurarían de golpe y estarían mucho más buenos. Se lo repitió un par de veces, señalaba el cielo con sus dedos gruesos y sucios de tierra, sonriendo y enseñando su dentadura con pocos dientes, ustedes miran el cielo y, la primera noche que la luna empiece a menguar.., a comer tomates.

Su padre y su chica volvieron al atardecer. Traían el mar y el sol impregnados en la piel, arena blanca en la cara, en el pelo. Le preguntaron cómo estaba, pero no insistieron, la dejaron tranquila. Se ducharon con una manguera, fuera, cerca de las tomateras. Cenaron en la azotea, bajo un inmenso cielo negro tan plagado de estrellas que daba vértigo. Arroz hervido que preparó su padre, para que Ruth se curara.

Ruth no tenía previsto curarse. Ni al día siguiente ni al otro. Las jornadas se repitieron con una rutina que empezó a gustarle. Hasta una mañana en que sonó el teléfono. No era temprano, pero todos dormían, y era muy extraño oír el timbre del teléfono en esa casa. Contestó su padre con voz adormecida. Era la madre de Ruth. Preguntó por ella, su querida mamá quería saber cómo llevaba su nuevo estado, así lo dijo. Desde la habitación oyó la reacción airada de su padre. Colgó de mala manera y se presentó de inmediato en su habitación. Se sentó a su lado, casi en el suelo, en aquella cama sin patas que Ruth no abandonaba.

—Claro, tú lo que tienes es la regla —musitó con voz cavernosa—. Ya me lo decía Ana.

Ana, Anita, su chica. Ruth se hizo la remolona. Se cubrió la cara con el brazo, pero su padre se lo apartó y la obligó a mirarle. Su querido papá tenía

los ojos hinchados de tanto dormir, de dormir como los ángeles. Y en ese momento ella se dio cuenta de lo extraordinariamente feliz que era él, de que las discusiones con su madre ya no le afectaban.

Su padre quiso quitarle hierro a la situación, intentó hacer un chiste, aunque no sabía cómo hacerlo. Al final soltó:

—Bueno, ya era hora, tía.

Ella reprimió una risa nerviosa y entonces él se animó y le propuso celebrarlo en Pachá por todo lo alto, una gran cena con champán francés, y llamaría a sus amigos, con la única condición de que ella no le llamara papá en público. Se echaron a reír. Ruth le aclaró de inmediato que ni muerta iba a celebrar eso. Entonces, medio en broma, con cara de resignación casi cómica, su padre le aclaró que él era muy feliz cenando en casa arroz hervido y tubérculos y lechuga con dos chavalas que estaban tan buenas. A Ruth le volvió a entrar la risa. Anita asomó la cabeza por la puerta, sonreía y masticaba un apio con ganas. Dio un vistazo a la habitación y vio las dos letras de hierro que seguían allí, en el suelo. ¿Te gusta el Brossa?, le preguntó. Ruth asintió. Pues te lo regalo, le dijo Anita. Es de un holandés amigo que vende cosas en un mercadillo de la isla.

Su padre estaba exultante cuando soltó que de lo que no se escapaba era de quemar toda la ropa de Barcelona, como hice yo, le contó, como hay que hacer cuando llegas aquí. Quemar todo lo que traes de Barcelona. Te presentaré a Vicente Ganesha y te vestirás como una hippie. Ruth se reía con ganas.

Se libró de la expedición diaria a las basuras de la carretera y al cabo de unas horas la regla desapareció. Y ese mismo día, al atardecer, cuando su padre y Ana regresaban de su día en barca, sintió unas ganas irresistibles de bañarse en el mar. Ellos estaban tan contentos con el notición que ni bajaron del coche, ni se cambiaron de ropa, ni fueron al baño, volvieron a la playa de inmediato. Llegaron a una cala donde había un chiringuito en el que sonaba Pink Floyd y un chico alto y flaco llamado Félix servía copas. Anita los presentó. Félix era simpático, atendía en bañador y bailaba con un grupo de italianas que parecían modelos. Pidieron bebidas. Su padre varios frankfurts y bolsas de patatas fritas. Corrieron por la arena más fina y blanca que Ruth había visto hasta entonces. Se zambulleron, bucearon, su padre la subió a los

hombros y Ruth sintió un alivio inmenso, unas ganas locas de empezar lo que tocara empezar de una vez por todas.

Esa noche hubo luna llena. Durante días y días solo comieron tomates. Grandes, maduros, rojos, llenos de pulpa. Con aceite y sal de la isla. Estaban para morirse de buenos.

Capítulo 6

(17.00 h)

Te maquillas con cuidado, cubriendo con un pincel los dos pequeños morados que manchan tu piel, primero con una pasta verdosa de Bobbi Brown, luego con otra amarillenta. Estos pinchazos de hialurónico o lo que sea que te haces inyectar. La chica del cutis de porcelana ahora se lo pincha. La verdad es que me cuesta un poco, no me parece que lo necesites, pero yo no debo entender de estas cosas. Salgo del baño y hago como que no lo he visto.

Cogemos el veintidós, el autobús que nos llevará a Piccadilly para que puedas estar un rato en Green Park. Subimos al segundo piso porque te encanta hacer el trayecto mirando las calles desde arriba, en primera fila, pegada a las grandes ventanas frontales. Pero nos encontramos los asientos de delante ocupados por dos mujeres que parecen turistas y una pareja de color. Él es corpulento y apoya su mano en la pierna de ella, ella lleva una sudadera rosa y se toca el pelo. Nos sentamos dos filas más atrás. Te acurrucas en el asiento, enfurruñada, te entra sueño, vuelves a tener un bajón de los tuyos. Yo me entretengo en mirar cómo la chica negra se atusa el pelo, se deshace el moño y se lo vuelve a hacer con una habilidad asombrosa. No lo resisto, saco la cámara y la fotografío. La chica se da cuenta, se da la vuelta, me mira, sonreímos. Me maravilla el grosor de sus labios, el pelo microrrizado y vaporoso, el nuevo moño que aparece.

Se levantan en Knightsbridge. Él va delante, ella detrás. La chica negra se mueve despacio, se retrasa, me deja ver sus largas piernas apenas cubiertas por una sucinta minifalda. Me clava su mirada oscura. Me gusta mucho.

Y tú, sin ni siquiera incorporarte, arrellanada en tu asiento, sin preocuparte de si te oigo bien o no, me preguntas que qué hago, si es hetero.

Te respondo que no me importa. Tú también lo eres.

El cambio

Todo fue diferente a partir de entonces. Aquellos idiotas que daban codazos en cualquier cola que les obligaban hacer, antes de saltar al plinto, subiendo al autocar, en el *self-service* del comedor agarrando las bandejas con compartimentos de acero inoxidable, ahora estaban irreconocibles. Marc el que más.

Ruth había vuelto del verano con la incómoda sensación de que un foco la iluminaba. Había tenido que lidiar con unas miradas que la turbaban. En la calle, en la playa, en las cenas con los amigos de su padre. Miradas molestas que ella intentaba ningunear, pero que se le imponían. Por demasiado intensas. La ruborizaban, veían en ella algo que ella no quería ver. Eran también miradas tiránicas porque la obligaban a prestarles atención, a girar la cara, a cambiar de acera.

Hasta que llegó septiembre y con él la vuelta al cole. Ruth había ganado altura, estaba más delgada. Su pelo se doró y se rizó como nunca más se volvería a rizar. El primer día de clase llevaba un jersey naranja de cuello pico que acentuaba su bronceado, que le sentaba muy bien. Entró en un aula atiborrada de alumnos que se saludaban, que gritaban y reían. Pero ella no oyó el barullo porque todo se detuvo. Marc la estaba mirando como nunca lo había hecho. Como si ella fuera otra. Marc le sonreía como nunca nadie le había sonreído y ella se fundió en esa mirada que sí le gustaba.

La oleada de calor que recorrió todo su cuerpo no la ha olvidado en treinta

años.

Escalofríos

Una compañera de la clase contó que su madre la había ayudado a ponerse su primer tampón. Lo soltó tan pancha, entre risas. Dijo que lo había intentado sola y como no pudo se fue a buscar a su mamá y esta le advirtió que se estaba equivocando de agujero, que aquello era el culo y que por ahí no. La niña se tronchaba. Una de las chicas que escuchaba se rio también, un poco. Ruth no se rio. Ruth sintió un escalofrío. Por nada del mundo iba a dejar que su madre la ayudara en eso. Pero no iba a hacer falta. Podía vivir sin tampones toda la vida. Toda la eternidad. El verano anterior lo había solucionado sin bañarse. En la clase de natación, hasta el momento, las excusas estaban funcionando, el monitor de la piscina era una delicia, Ruth le decía que no se encontraba bien y él tragaba con todo. No bañarse era aburrido, pero leía, contemplaba las musarañas y lo sobrellevaba de la mejor manera.

Las compresas eran útiles, a pesar de sus inconvenientes, que eran unos cuantos, por ejemplo su tamaño. Por las mañanas subía las escaleras del colegio, que eran largas, larguísimas, interminables, con aquella cosa enorme entre las piernas danzando a su voluntad. Se sentía como un pato. Ruth andaba y miraba de soslayo, recelosa, como si todo el mundo notara el bulto al igual que ella lo notaba en las demás. Especialmente en las chicas despistadas y poco presumidas que se ponían esos leggins con la goma en el pie que tiraba del pantalón hacia abajo pero que eran altos de tiro y se clavaban entre las piernas. Un diseño desastroso. Pues con esos leggins, que, para acabar de rematar, eran muy finos y de colores claros, ella les veía el compresote marcado en el trasero.

Las compresas de los años ochenta eran grandes, esponjosas, grandes, largas, grandes, anchas, grandes. No había alas, ni salva slips, ni tanga slip, ni todas las maravillas que surgieron de repente y de forma acelerada. Y Ruth, ante la perspectiva de introducirse una cosa seca y dura llamada tampón en sus desconocidos adentros, se aferraba al pañal-compresa para niñas pato. Ya le iba bien.

Hasta que el ballet se lo puso imposible. Durante un curso entero había asistido a clases de ballet sin rechistar. Su madre argumentaba que no se trataba solo de aprender a bailar bien, que la cuestión fundamental era reeducar el cuerpo, saber colocarse, mantener la postura, la espalda bien recta, moverse de otra forma, con estilo. Ella no servía para la danza clásica y ambas lo sabían, pero a Ruth no le importaba, pasaba inadvertida y le gustaban otras cosas. Mirar, lo que más.

Le embelesaban los colores de las estancias, el rojo, el amarillo, la pátina de la madera pintada y repintada de los bancos, de los arrimaderos. Las fotos colgadas, el piano, las chicas mayores con sus maillots negros, apretujadas en los vestuarios. Le fascinaba ver cómo estudiantes vulgares y desaliñadas se transformaban en bailarinas de negro montadas en aquellas ligerísimas zapatillas color carne, le divertía escuchar las cosas que se decían, ciertas conversaciones llenas de tacos y nombres de chicos trufadas de risotadas nada femeninas, le gustaba todo eso especialmente por el contraste con los movimientos suaves de sus brazos, cuando ya calentaban, de una finura deslumbrante.

El profesor era un hombre mayor, se llamaba Viktor, con k, y le gustaba prodigar su mal genio. Calzaba unas esperpénticas botas de agua, altas, y con un bastón de madera repicaba el suelo para marcar el compás o llamar la atención a las que se distraían. Se pasaba la clase gritando. Era de algún país del este, que no era Rusia, pero para ellas como si lo fuera. Tenía un acento muy marcado. A ella la llamaba Ruta, y se entretenía en repetirlo y exagerar las erres:

—¡Rrruta, Rrruta, Rrruta! Te quiero verrr sudarr, sudarr de verrrdad... — Repicaba con el bastón y no callaba—: ¡Y uno y dos y tres y cuatro! ¡Y uno y dos y tres y cuatro! ¡Arrriba, vamos, arrriba! ¡Y uno y dos y tres y cuatro!

¡Parece que bailéis con botas de montaña! ¡Aquí el que está viejo y lleva botas soy yo! ¡Vosotras tenéis alas en los pies, aalas, quiero ver esas aalas, Rrrruta, esas alas, a volarr, todas a volarr!

Pero a Ruth le pesaban las piernas. Hacía el arabesque y era como si llevara pesas en los tobillos. Tampoco se esforzaba mucho. El nivel general no era muy alto y en realidad Viktor no les daba mucho miedo. Parecía que en clase interpretara un papel, el de profesor clásico y autoritario, pero luego se lo encontraban en la calle, comiendo churros en un cucurucho, y lo veían tan pequeño y sonriente que les parecía inofensivo.

Hasta que llegó un día fatídico en que al profesor se le cruzaron los cables y ella decidió dejar el ballet para siempre. Viktor se puso a gritar sobre compresas y tampones como gritaba sobre el plié y el relevé. Había visto algo entre las piernas de alguna de las chicas que le disgustó de mala manera.

—¡¡Todas a la farrmacia a comprrrrr una caja de tampones!! ¡Ahorra mismo! ¡Se parrra la clase! ¡No quierrro verrrr ni una compresa más! ¡Ni una! ¡Os vais al baño y os ponéis un tampón y si no entra lo tirráis y os ponéis otro! ¡¡Hasta que entre!! ¡¡Ahorra mismo!! ¡¡¡Ahorra!!!

Las bailarinas corrieron hasta el vestuario como perseguidas por el diablo. Unas, histéricas, riéndose a carcajada limpia, otras, de lo más ruborizadas, y solo una niña del grupo de las pequeñas, rubita y con dos trenzas, parecía a punto de estallar en sollozos. Era la pobre que llevaba la compresa delatora que había provocado la furia del profesor. Las chicas mayores tenían tampones y no hizo falta ir a la farmacia. La niña de las trenzas, con las mejillas encendidas, entró en el baño, arropada y mimada por las fraternales instrucciones de las mayores. Se quedaron todas en el vestuario, esperando. Ruth se estremeció. Sintió un especie de temblequeo, de dentera. Qué haría el día que le tocara ir a clase de ballet con la regla.

Se ensimismó con las chicas de los maillots negros. Una se encaramó al alféizar de una ventana alta para poder fumar. A otra se le cayó una prenda, tras el banco, y se agachó, sumergió todo el cuerpo entre los bultos que colgaban de las perchas y solo quedaron de ella dos piernas largas, preciosas. La pared era amarilla y el suelo rojo. Ruth se movió a la derecha y se deslizó, dejándose caer, flexionando las rodillas para bajar su punto de vista y poder

ver la misma foto que colgaba en el recibidor. Una foto que le obsesionaba por bonita y extraña y que llevaba la firma de un tal Guy Bourdin.

Una mujer en medias de rejilla y zapatos negros con tacón transparente se metía por un agujero en arco que había en el zócalo de una pared, como los agujeros de los ratones de los dibujos animados, por donde se mete Jerry escapando de Tom. La pared era amarilla y el suelo rojo. Exactamente igual a lo que estaba viendo Ruth. Le habría pedido a la bailarina que se quedara quieta un rato más, que levantara un poco el pie derecho, si hubiera sido capaz de explicar el porqué. Pensó, apesadumbrada, nada orgullosa, que estaba hecha para eso. Para algo que se le hacía inútil. No servía para bailar, ni hacer deporte, ni para actuar, ni tan siquiera para ser observada. Lo suyo era quedarse quieta y mirar.

La niña rubita salió del baño. Parecía tranquila. Le preguntaron si había ido todo bien. Respondió que sí, pero que menos mal que llevaba medias y maillot porque esa cosa no se aguantaba sola, se le iba a caer en cuanto se quitara las medias. El silencio se impuso en el vestuario de paredes rojas. La pequeña se había metido el tampón y había dejado el aplicador entero dentro. El cartoncito tubular que mide unos diez centímetros le quedaba medio fuera, presionando hacia abajo las medias y el maillot como si de un minipene se tratara.

No hubo ni media burla, sino mucha comprensión y gestos cariñosos. Se tardó tanto rato en solucionar el problema que ya no hubo tiempo para reanudar la clase.

Al llegar a casa Ruth llamó a su padre.

—Papá, haz lo que sea. Dile a mamá que no voy a volver a ballet, no quiero, lo odio, no quiero ir, si me hace volver, me escapo de casa y me voy a la tuya.

El padre llamó a la madre. La madre claudicó.

—Haz lo que quieras —le dijo a su hija—, pero no hace falta que pongas a tu padre de por medio. ¿Cuándo te he obligado yo a hacer algo?

Rojo

Le gustaba la Historia del Arte. No podía ser de otro modo, a pesar de que el profesor que impartió la asignatura durante los tres años de BUP era un auténtico desastre. Un tipo joven y aparentemente guapo que se hundía en una silla y no se movía en toda la hora que duraba la lección. Su manera de enseñar era tan insípida que dejó de ser atractivo para convertirse en un personaje más bien feo. Encadenaba los temas sin respirar, como un disco rayado, un ritmo soporífero solo alterado por el ruido mecánico del carro de las diapositivas, el traqueteo que desplazaba las diapositivas hacia delante, hacia delante, hacia delante. Ruth intentaba conectar alguna de las palabras que cazaba de ese torrente infinito y monótono con las imágenes desvaídas que apenas se veían. El proyector de diapositivas era un trasto, pero aun así, aquella era su asignatura preferida.

En segundo de BUP entró una niña nueva, bastante peculiar, con la que se llevaba bien. Era repetidora, un año mayor que el resto de los alumnos y extremadamente atrevida. Les contaba que salía con muchos chicos y que se acostaba con ellos. Era muy desvergonzada, y eso, en contraste con su aspecto de niña bien, era un tanto chocante. Vestía con unas camisas color crema, abotonadas y con cuellos redondos, como de muñeca, de niña de colegio de monjas, a veces muy cursis. Siempre llevaba varios collares, finos, de oro, uno de ellos con una pequeña cruz. Sus padres eran religiosos y muy conservadores, y ella misma contaba, irónica y con un deje despreciativo, que estaban desesperados, que ya no sabían qué más hacer para que se centrara y estudiara. La apuntaron al colegio de Ruth con la esperanza, la última ya, de que una educación liberal le hiciera perder el interés por rebelarse.

Algunas chicas de la clase empezaron a hablar mal de ella. No se fiaban. Unas decían que era una zorra porque se acostaba con todos, otras que era una mentirosa compulsiva. Ella misma le contó a Ruth que iba al psicólogo y que le había diagnosticado una necesidad patológica de llamar la atención. Ruth no la juzgaba. Le divertía. Hablaba de cosas que no había oído antes, sobre arte,

sobre la sensualidad, sobre lo que era erótico y lo que no.

A la chica nueva también le interesaba la Historia del Arte. Aunque muy a su manera. Hacía unos comentarios tan pasados de vuelta que no había por dónde cogerlos, pero a Ruth le intrigaban, le daban que pensar, eran sugerentes, originales. Parecía cautivarle todo lo que tuviera que ver con la desnudez, con el sexo, con la transgresión. Se llevaba a su terreno cualquier obra de arte sobre la que se estaba trabajando. Era capaz de encontrar sensual a un niño Jesús del medievo. Cuando miraban esos bebetes poco agraciados, más bien rígidos, con sus michelines y sus caras de adultos casi aterrorizantes, ella susurraba a Ruth lo erótico que era abrazar a un bebé desnudo si lo abrazabas desnuda tú también, sentir su piel hipermegasuave rozando la tuya. Ruth intentó evocar la sensación que le describía, pero toda su imaginación se agotaba en deducir qué bebé tendría ella la oportunidad de abrazar desnuda.

Un día la lección se centró en Mark Rothko. El profesor hablaba de mística y expresionismo abstracto y proyectaba cuadros con grandes masas de color que había que suponer muy grandes e impactantes. Ruth quería entender dónde estaba lo espiritual en esas manchas rojas y rosas, tan bonitas, pero su nueva amiga empezó a hablarle al oído y acaparó toda su atención. Le contó que, desde hacía un tiempo y gracias a su madre, ella creaba pequeños Rothkos en su casa.

—En parte es arte abstracto —le intentaba aclarar con expresión burleta—. Pero también podría ser arte conceptual. Es muy pictórico. Lo pringo con mucha materia. Luego te lo cuento, me va lo guarro, ya lo sabes. —Y se echó a reír.

Más tarde le contó que su madre llevaba muy mal aquello de que saliera con chicos tan a menudo. Y que cada veintiocho días le registraba lo irregistrable para encontrar pruebas de que no sufría ningún retraso.

—¿Mi querida mamá quiere pruebas? Pues le consigo las pruebas.

Cada tres semanas y media se encerraba en el baño, abría varias compresas, las alineaba en el suelo y las manchaba de rojo. Se tomaba su tiempo en crear densidades diferentes y creíbles, a veces las embadurnaba con más cantidad, a veces con menos. Empezaba a tenerlo muy por la mano y se lo pasaba fenomenal. Luego las empaquetaba con papel de váter. Las escondía

con esmero en una caja al fondo de un armario, era mejor hacerlo unos días antes para que el olor, que podía traicionar su objetivo, mitigase. En los momentos oportunos, por la mañana o cada dos horas si seguía en casa, las tiraba a la basura que sabía su madre registraría.

Tuvo que aclarar que ella tenía una regla muy irregular y que su querida mamá parecía no entenderlo. Si su madre no encontraba compresas sucias cuando tocaba, se pasaba días, una semana o incluso más, hasta que le llegaba la regla de verdad, martirizándola con el asunto de sus retrasos, amenazándola con que la iba a castigar sin salir por las noches. Y no salir por las noches, para la amiga de Ruth, era directamente la muerte. Con las falsas pruebas todo estaba controlado y la dejaba en paz. La juerga podía continuar.

Un viernes por la noche salieron con otras amigas de la clase y se emborracharon con sangría. Fue la primera borrachera de Ruth. Ellas dos estaban sentadas en un rincón, apretujadas, la amiga la cogía por la cintura y a veces le acariciaba la espalda. Sonaba *Hoy no me puedo levantar* de Mecano. Ruth iba bebiendo una copa tras otra y aquel vino negro con tropezones de frutas le entraba como si fuera agua. La otra le hablaba de lo que era tocar el cráneo rapado de un tío al mismo tiempo que lo morreaba. Se explayó insistiendo en que había que hacer las dos cosas a la vez, las dos manos en su cabeza, acariciarlo con fuerza, la lengua blanda, a veces quieta, a veces no, y que eso había que hacerlo durante bastante rato. A Ruth no le costó sentir la sensualidad que la otra tan bien describía. Sus amigas y ella estaban pasando aquella etapa de amor desatado, se decían te quiero, te quiero mucho, constantemente, se escribían cartas declarándose amistad y amor infinitos. Con los primeros síntomas del alcohol todos aquellos sentimientos se desbocaron, la vergüenza se esfumó. Su amiga hablaba y le seguía acariciando la espalda y Ruth se liberaba, volaba, notaba un agradable palpito en todo el cuerpo, un deseo de más. La interrumpió para pedirle un beso. La amiga se rio y se lo dio en la mejilla. No, así no, protestó Ruth, lo quiero en la boca, y le buscó los labios. La otra volteó el rostro en un leve gesto, firme e inapelable. La amiga siguió sonriendo, la expresión congelada, mirando a ninguna parte, como si nada, retiró la mano de la cintura de Ruth, despacio pero con entereza, y no dijo nada, simuló que no pasaba nada.

Ruth se sintió mal. Quizá era verdad que la chica atrevida no era tan atrevida sino una mentirosa patológica, una niña perdida que necesitaba poner cachondo a todo ser viviente para sentirse querida. Una farsante que no ligaba o que no ligaba hasta el final, una calientapollas que hacía ver que follaba y que quizá también le había mentido con lo de las falsas pérdidas.

Ruth sintió una punzada de rabia y quiso averiguarlo. Le costaba hablar con claridad, la cabeza le pesaba, sentía la lengua de trapo.

—Oye, ¿cómo simulas la regla?

La amiga se mostró desconcertada, repentinamente seria. Ruth se lo repitió, más despacio, vocalizando con dificultad como la borracha que era en ese momento. Quería saber exactamente con qué material simulaba el rojo de la menstruación.

—¿Que con qué mancho las compresas? A ver si lo adivinas —y la amiga rio de nuevo.

—No sé, ¿guache?

—No.

—¿Acuarela?

—No.

—Óleo...

—No, no, ni hablar.

—Dímelo...

La chica atrevida volvía a ser la provocadora de siempre:

—Kétchup.

Ruth la creyó sin dudar un instante. Los manchurroneos con salsa de tomate prefabricada tenían que dar el pego.

La primera vez

Hacer el amor se convirtió en un asunto urgente. A Ruth le volvió a invadir esa ansiedad por quedarse rezagada, por que todas las amigas le cogieran una ventaja desproporcionada también en eso. Lo que menos le importaba era que el chico estuviera bien, porque lo que pasaba por delante de todas las cosas era sentirse como una más, una tía igual al resto. Las conversaciones entre las amigas ya empezaban a ir de ese palo, me he enrollado con ese, he echado un polvo con el otro, y ella ahí, inmutable, callada, imaginando un mundo alucinante que se abría delante de sus narices y del que iba a quedar excluida. Esta vez tenía que impedir volver a quedar como un bicho raro o como la tonta rematada que no se entera de nada. Ya era mayorcita. Podía cambiar las cosas.

La historia de su primera vez debía de haber sido con Marc. Hubiera sido una historia bonita. Lo tuvo en su mano. El por qué no fue así es un asunto que Ruth aún no sabe explicar. Lo ha intentado varias veces y siempre ha sido de una confusión total. Tantos años más tarde y le sigue doliendo reconocer que fue ella quien lo impidió.

Marc le pidió salir. Lo hizo una tarde, después del colegio, en el Cèntric, un bar de Sarriá con taburetes de mimbre y música de Bob Marley. Durante todo el camino Marc había abandonado su actitud sobrada, de líder, tan dueño de sí mismo. Verlo cabizbajo, casi triste, inquietó a Ruth. Ella podía haber sacado partido de eso, pero no lo hizo. Cuando tuvo que responder a su petición balbuceó una estupidez, algo así como que no entraba en sus planes tener novio. Lo dejó hundido. Se debió de sentir humillado, pero quizá más que una cuestión de orgullo fuera desconcierto. Él estaba convencido de que le gustaba a Ruth. Y claro que le gustaba. A Ruth le gustaba mucho. Pero ella le soltó esa tontería y él se quedó descolocado durante un buen rato, sin abrir la boca, la mirada clavada en la cerveza. Y fue entonces cuando Ruth arrancó a hablar. Toda aquella parálisis verbal que la había mantenido atenazada durante años se disipó de golpe. Habló y se lo empezó a pasar bien hasta que él le dijo que se quería ir. Claro que se quería ir. Y con esas palabras de su primer amor platónico renació el bloqueo que la frustraba tanto. Salieron del bar, y allí, en la calle, frente a la puerta amarilla del Cèntric, se dijeron adiós, hasta mañana. Ruth fue consciente del error monumental que estaba cometiendo, pero también del lío mental y del ahogo y de la certeza de que no iba a saber arreglarlo.

Marc le gustaba muchísimo, pero había un muro que no podía romper, que le impedía actuar. Lloró al llegar a casa y lloró mucho más unos años más tarde, al recordarlo.

Eso ocurrió en mayo. El curso terminaba, el último curso antes de la universidad. Durante esas semanas Ruth sorprendió a Marc lanzándole miradas oscuras, resentidas. Pero peor fue la indiferencia, el vacío que vaticinó habría de dejar su ausencia en la vida de Ruth. Llegaba el verano. No tenían por qué verse más.

Se acostó con un chico que le importaba tres cominos. Que no la ponía nerviosa, que no la acomplejaba. Al que no admiraba, al que no temía. Fue lo más fácil. Un rollo de verano, como los de sus amigas, una historia normal, sin pasión. Ella no detectaba pasión en los noviazgos veraniegos de las otras chicas, ellas parecían divertidas, halagadas, muertas de ganas de contarlo, pero apasionadas, no.

Se sintió afortunada. Su rollo de verano reunía todos los requisitos que hacía falta. Un universitario rubio que daba clases de windsurf todo julio y agosto en la Costa Brava. A la madre de Ruth le gustaba, a sus amigas también. Era mono. Era perfecto. Al fin podría decir que lo había hecho y dar carpetazo al tema.

Ruth no buscaba sexo. El sexo ya había entrado en su vida, plácidamente, a su manera, a su ritmo, y con eso le bastaba. Ruth se tocaba, bastante, cada vez más, no necesitaba a nadie para experimentar con su cuerpo y darse placer.

En el chalet de veraneo con cubierta de tejas que sus abuelos maternos tenían en Aigua Blava, en el sofá cama con la colcha amarilla y las fotos de Olivia Newton-John clavadas en la pared, tras las comidas familiares, Ruth acostumbraba a encerrarse en su dormitorio para echar la siesta. No necesitaba mucho para excitarse. El ardor de su piel quemada por el sol, el persistente sabor a sal, el frío de su pálido culo, el calor, la pereza, el aroma que desprendía cuando estaba a punto de correrse. Una tarde debió de meter los dedos demasiado dentro y sangró. Había roto esa fina membrana sobre la que había leído algo y nunca hablado con nadie. El color no era el color de la regla, era otro. Un rojo más claro, más fresco. Se asustó y se le fue el calentón de golpe. Cuánto me habría gustado estar ahí con ella, vivirlo juntas y

desdramatizar el asunto. Reírnos de la tontería esta de pielecita tan sobrevalorada. Pero no estaba conmigo. Aún nos faltaba un tiempo.

El universitario rubio cumplió con el objetivo que Ruth se había propuesto. La aburría un poco cuando las conversaciones que mantenían se alargaban, pero nunca se alargaban demasiado. Estaba en segundo de Empresariales, era guapetón y tenía muy buen tipo. Le compraba helados, iban a pescar. Ella aprendió windsurf, se cayó de la tabla mil veces y él nunca la desanimó, la jaleaba, se tronchaban. Sentados entre los *llauts* varados en la playa, veían ponerse el sol, un día y el otro, trampeando las nubes de mosquitos que se instalaban como una aureola encima de sus cabezas, comiendo pipas en la arena ya fría por unas pocas horas de sombra. Uno de esos atardeceres se besaron más de la cuenta y entonces el chico le pidió que lo hicieran en el coche. Ella dijo, vale, enseguida. Fueron a una pineda, entre Begur y Palafrugell, algo alejada de la carretera. Te la meto solo un poco, empezó. Y ella: Bueno. Y cuando la tenía casi toda dentro, ella protestó: Vale, vale, ya está, ahora no la muevas más, porfa. El chico rubio se rio, dijo que todas las chicas decían lo mismo, que la querían quieta.

Después la acompañó a casa. Se despidieron en la calle, con una sensación extraña, de desapego. Con ganas de que cada uno se fuera por su lado. En la cocina, Ruth se preparó un vaso de leche, fría de nevera, como le gustaba hacer las noches de verano. Mojó un par de galletas María Dorada con parsimonia, dejándolas el tiempo justo para comérselas reblandecidas pero aún crujientes.

Y pensó: Ya ves, tanta historia para esto.

Capítulo 7

(18.00 h)

Nos tumbamos bajo un inmenso árbol, uno de los maravillosos plátanos de sombra que pueblan este parque. Escogemos uno con las ramas tan bajas y expandidas en horizontal que parece levitar como el mejor de los toldos. Su sombra es verde, fresca, las hojas más pequeñas que los plátanos de Barcelona, los troncos más grandes, llenos de bultos, más oscuros y retorcidos que los de nuestra ciudad. Pero a pesar de las diferencias, me la siguen recordando, y quizá por eso me guste tanto venir aquí. Cierro los ojos. Tengo ganas de que continúes, de que sigas hablando, especialmente ahora que se acercan los años previos a lo nuestro.

Recibo una llamada pero no la respondo. Luego llega un mensaje. Es Sonia. Me pregunta si va todo bien, le contesto que sí, le digo que mejor nos vemos después de cenar, para una copa, que ya le diré dónde, me escribe que muy bien, que me quiere. Tecleo que yo también a ella.

Te suena el móvil y tú sí contestas. Respondes en catalán, levantas la voz, te alejas y andas errática, exaltada. Te observo y te reconozco en cada gesto. Gestos tan distintos a mí, tan familiares, de algún modo tan míos.

Cuando regresas a mi lado me cuentas una historia que escucho con paciencia.

La madre de una amiguita de tu hija te hizo una consulta por email que aún no has contestado. No sabías qué contestar. La señora te ha llamado porque considera que es urgente, la muy cerda, añades, cabreada. Me cuentas que es psicóloga y quiere saber tu opinión sobre un presupuesto que le ha mandado

una diseñadora gráfica, una diseñadora muy joven pero ya profesional, que le pide cien euros por la imagen corporativa del nuevo gabinete que va a montar con dos socios más. A la madre de la amiga de tu hija le parece caro. Te ríes, exagerada, casi histriónica. Me lo repites como si yo no lo hubiera entendido. A la mujer en cuestión diseñar toda la imagen corporativa de su nueva empresa, la imagen con la que se va a mostrar al mundo, quién sabe si para siempre, no le parece que valga cien euros. Resulta que la señora psicóloga ha visto en internet que hay gente que lo hace por diez. Por diez euros.

—Esta tía me cae bien —te esfuerzas en aclararme no sé muy bien por qué—. Hay que llevarse bien con los padres de los amigos de tus hijos, sobre todo cuando tus hijos se acercan a la adolescencia.

No digo nada, qué voy a decir. Este mundo de padres, colegios, niños, amigos de los niños, me queda lejos, no me interesa nada. Me río con ganas cuando me cuentas que le has respondido que tu segundo hijo está enganchado al hachís y a la Play y que en internet has encontrado un gabinete de psicólogos que cobran quince euros la sesión por desengancharlo. Tú no te ríes. Ahora resulta que te preocupas por si le habrá sentado mal la ironía.

Te tumbas de nuevo. Cruzas los brazos encima de la cabeza y te oigo suspirar. Vaya mierda de profesión escogimos, dices.

Desmanes

Ruth quiso estudiar Diseño. Se lo comunicó a su madre y su madre comentó que era una lástima que no cursara una carrera universitaria, despreciar esa oportunidad que la vida le brindaba, no como ella y tantas otras de su generación que no habían podido decidir sobre su futuro profesional por el hecho de ser mujeres. Pero lo aceptó sin protestar. La acompañó a pagar la

matrícula y admiró lo bonita y moderna que era la escuela. A pesar de eso, durante bastante tiempo, se confundía y se empeñaba en anunciar a sus amigos, o a cualquier conocido, que Ruth hacía Diseño de Interiores.

—Gráfico, mamá, gráfico —le corregía su hija una y otra vez.

Entonces la madre parecía caer de la higuera y le preguntaba:

—Ah. ¿Y por qué gráfico? ¿Tanto te gustan los pósters?

A Ruth le apasionaban los pósters. El perfil negro de Bob Dylan con su melena colorista. Las escaleras y las letras gastadas de *West Side Story* recortadas sobre un fondo rojo. Le apasionaban con locura como muchas otras cosas que englobaba el diseño y que hasta hacía poco ignoraba. Había estado en París y se había pasado horas en una librería donde todo el mundo se sentaba en el suelo, en los pasillos, sin prisas, leyendo, hojeando como en una biblioteca. En las librerías de Barcelona eso no pasaba. Descubrió tesoros. Volvió con la maleta cargada de libros de tapa dura y revistas vintage, arrastrando un peso descomunal por calles y aeropuertos, feliz, con un dolor agudo en el hombro digno de una tendinitis. No existían las maletas con ruedas, no existía Amazon, aún faltaban varios años para poder acceder a las imágenes digitales.

El primer día en la Escuela de Diseño no fue fácil. Tras una breve charla introductoria como bienvenida, ante el desconcierto de Ruth, el profesor empezó a pedir a los alumnos que salieran al estrado a hablar. Lo hacía aleatoriamente. Quería que los estudiantes expusieran las razones por las cuales se encontraban allí, por qué Diseño Gráfico había sido su elección profesional.

Ruth fue la tercera en salir.

Mientras esperaba su turno, los minutos transcurrieron pesados, densos. Cada vez se sentía más incómoda. Había ido al lavabo justo antes de que empezara la clase pero las precauciones que había tomado apenas habían servido para frenar la cantidad industrial de regla que estaba teniendo. La notaba a cada segundo, cómo avanzaba, cómo bajaba, cómo salía en borbotones acompasados. Cuando el profesor la llamó, se levantó convencida de que estaba empapada. Tiró el bolso encima de la silla para tapar el manchurrón que imaginaba, ni tiempo tuvo de comprobarlo mirando el asiento.

A toda velocidad se quitó el jersey. Llevaba una camiseta de un algodón extrafino, demasiado fino para ir sin sujetador y plantarse delante de treinta y seis personas. Pero eso era lo de menos, lo vital era sobrevivir a esa situación con la dignidad entera. Le esperaban cuatro años de convivencia con una gente que, se suponía, iba a ser crucial en su vida. No podía convertirse para siempre jamás en la tía que se manchó el culo de regla el primer día de clase. Se anudó el jersey a la cintura. Subió a la pequeña tarima y se quedó con la espalda pegada a la pared. Las palabras se embarullaban en su cabeza en un desorden total y no sabía por dónde empezar. Notó un cosquilleo, un goteo que resbalaba por la pierna derecha. Los tejanos que llevaba se ceñían al tobillo pero eran muy anchos de pernera, unos Marithé + François Girbaud tipo bombacho, una holgura tal que permitía que cualquier líquido se deslizara a sus anchas. Aquello la espoleó y arrancó a hablar.

—Bueno, he escogido diseño porque me encontré un logotipo, y es la profesión de moda, y Barcelona se ha convertido en una ciudad como muy importante para todo lo que tiene que ver con el diseño, y cuando sales por la noche te preguntan estudias o diseñas y todas pensamos que hacer diseño es lo más guay del mundo y que podremos ligar. Bueno, claro que no, que a mí el diseño me importa, el diseño es algo muy serio y yo quería contar que un día me encontré un logotipo que iba a ser para una revista que se iba a llamar *MOTHER AND CHILD* y que al final no salió la revista, esto, una pena que no se hiciera porque el logo es una maravilla y lo diseñó un tal, cómo se llamaba, ah, sí, Herb Lubalin, un señor americano que tiene unas cosas que te mueres de buenas y en este logo la O de MOTHER hace de mamá y dentro tiene el símbolo, and, que es &, y como está en cursiva se inclina y parece un feto durmiendo muy a gusto y acunado dentro de la barriga de su mamá, bueno, la barriga es la O en mayúscula y el CHILD es pequeñito y también está dentro del feto porque es un niño protegido por la O y por toda la palabra MOTHER y el resultado es poesía, es como una poesía, y encima se lee de lejos y transmite todo lo que quiere transmitir y más.

Ruth tomó aire y pareció calmarse ligeramente antes de seguir:

—Lo que tenía que haber hecho es enseñaros el logo impreso, porque si lo cuento yo pues no se entiende, y es que hay tantas cosas que no se pueden

explicar hablando, y es por eso por lo que he escogido diseño gráfico. Porque no quiero hablar. Porque lo que quiero es aprender a hablar con imágenes. Porque es la única comunicación que me interesa.

Ruth calló de golpe y se escabulló, corriendo sin correr, hasta su sitio.

Se oyó un único aplauso. El profesor parecía divertido. Se levantó para comentarlo, como hacía tras cada exposición. Dijo que muy bien, que la intensidad de sus palabras había sido muy efectiva, y que, aunque quizá podía haber hablado más despacio, la tensión que había creado había generado una expectativa sobre el discurso que había conseguido mantener la atención de la audiencia hasta el final. Y ese era un punto muy importante. En ese sentido había sido un speech potente. Aun así, aunque la idea expuesta era buena, Ruth no debía llevarse a engaño. Comunicarse en voz alta, dominar la oratoria, era imprescindible en cualquier profesión, pero sobre todo en la que había escogido para ganarse la vida. Defender el trabajo que se había hecho, el diseño, delante de un cliente, delante de un público numeroso, iba a ser imprescindible en su carrera. Ruth debía convencer con sus palabras y con su presencia. Porque los diseñadores gráficos no somos artistas, dijo, somos solucionadores de problemas y vendedores de ideas.

El profesor calló y Ruth no le dio réplica, ni se le pasó por la cabeza esa posibilidad. Estaba satisfecha, aunque ya no se acordara de nada de lo que había dicho. Le dolía el vientre y no atendía. Si hubiera atendido y procesado lo que acababa de decir el profesor quizá no hubiera vuelto a clase al día siguiente, no hubiera vuelto nunca, y su vida habría sido otra. Por no hablar de la mía. Pero ella no le escuchó, o le escuchó a medias, al estilo de su madre. Se arrellanó en la silla, aliviada, sofocada, pendiente de los desmanes de su bajo vientre. Solo deseaba desaparecer y teletransportarse a una taza de váter. O, aún mejor, a una ducha.

Capítulo 8

(19.00 h)

Sabes que lo vi todo. Sabes que yo estaba allí, sentada entre los demás alumnos, escuchándote. Aplaudiendo al final de tus palabras. Sabes que al acabar la clase me acerqué a saludarte y que apenas me hiciste caso. Yo estaba sorprendida y admirada por tu discurso y muerta de ganas de comentarlo, deslumbrada por la coincidencia y maravillada de reencontrarte, de que hubiéramos escogido la misma carrera en la misma escuela.

Pero tú, Ruth, no. Tú estabas por otras cosas.

Me cortas de sopetón. Te incorporas, se está haciendo tarde, murmuras que quieres pasar por casa, arreglarte un poco para la cena. Claro, accedo, lo que tú digas. Ando unos pasos detrás de ti, los pantalones húmedos por el contacto con el musgo y la tierra. Cruzamos el Bomber Command Memorial y salimos del parque.

Qué poco te gusta recordar esos dos años que tuve que esperar a que volvieras a mí. Dos cursos enteros, todo primero y todo segundo de Diseño. Pero qué más nos da ahora, a estas alturas. Ni tan siquiera entonces me importó, te lo dije, te lo dejé bien claro. Era una cuestión de paciencia, y la tuve.

Aquella amiga que adoraste, la chica de ojos separados que consiguió mantenerte alejada de mí durante todo ese tiempo, no importa ya nada.

Humillación

Era guapa y talentosa y encandiló a Ruth al minuto de conocerla. Tenía los párpados planos como si no tuviera cuenca, lo que le otorgaba un atractivo aire oriental. Vestía muy bien, con abrigos peludos *oversize* y las primeras camisetas de Custo que se veían en Barcelona. Tenía más cultura gráfica que Ruth y Ruth no se cansaba de escucharla, de estar con ella. Le parecía que lo tenían todo en común. Los sueños, los gustos, el pelo rizado, la mala circulación sanguínea, el rechazo a la mediocridad y unos padres divorciados sin tiempo para ellas.

Se volvieron inseparables. Iban a bares de noche a sacar esbozos rápidos del natural, compartían los cuartos de baño de sus casas para revelar y ampliar fotografías bajo una bombilla roja, se documentaban exhaustivamente en bibliotecas de arte. Ruskin, Morris, la Bauhaus. Se les iban las horas. La amiga estimulaba a Ruth a no darse nunca por satisfecha. Con ella descubrió un grado de perfeccionismo que desconocía, que la definió para siempre, que luego debía llegarme a mí y que adopté con gusto.

Esa adoración duró y duró, aparentemente con la misma intensidad, hasta que un buen día terminó. Ocurrió de una forma casi cruel, sin previo aviso para una de ellas, la Semana Santa de segundo de Diseño, a tres mil quinientos kilómetros de Barcelona. Pero esa rotura fue la consecuencia de un malestar largo y latente que Ruth había ido incubando. Un malestar al que no había conseguido enfrentarse, gestionar, ponerle freno.

Su amiga era una alumna brillante que sacaba las mejores notas del curso, provocaba acaloradas felicitaciones en los trabajos, tenía un talento natural, una facilidad enervante para todo. Para el diseño, la fotografía, las relaciones con los profesores, con otros alumnos, todo le iba de cara. Ruth nunca había sentido celos y no los reconocía, no consideraba que la envidia pudiera ser el origen de su angustia. Sí que identificaba la extrema competitividad de su amiga y que eso la incomodaba sobremanera, especialmente cuando se imponía entre ellas dos. Era entonces cuando Ruth se sentía empequeñecer.

Las dos amigas se apuntaron a un viaje que organizaba la Facultad de Arquitectura. Iban a estar en Moscú y Leningrado visitando edificios relevantes del llamado Movimiento Moderno de la mano de jóvenes y, se suponía, futuros arquitectos. A la amiga de Ruth apenas le costó convencerla de que iba a ser una manera única de descubrir el país. Era el año 1990, acababa de caer el muro de Berlín y Rusia aún era la URSS, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Era primavera y en Rusia hacía frío. Todo el mundo lo sabía menos Ruth, que llenó la maleta de ropa de entretiempo. Al poco de llegar, nevó. Su amiga le prestó un anorak, de un gris sideral, que era como un globo enorme tipo Yeti. La amiga le recriminó su descuido, es que no te enteras de nada, tía, pero añadió que podía ser peor, podías tener la regla y no haberlo previsto tampoco.

La regla le vino a Ruth el segundo día de viaje. A la amiga, unas horas más tarde. Pero si la amiga estaba preparada, porque la amiga de pelo rizado siempre preveía lo que le iba a ocurrir, Ruth no llevaba una mísera compresa, ni medio kleenex. La regla seguía sobresaltándola, seguía siendo un accidente inesperado, demasiado frecuente, que sucedía no sabía cada cuántos días, y por tanto imposible de anticipar. La otra había planificado su periodo con meticulosidad y con un número determinado de tampones y compresas que había contado y calculado y que no estaba entre sus planes compartir. Al primer tampón que Ruth le pidió, la otra protestó. Ruth se hizo la ofendida, le prometió que esa misma mañana iría a comprar una caja y se lo devolvería sin falta. Acababan de llegar a Moscú y aún no habían tenido ocasión de pisar la calle.

En Moscú no había tampones. En Moscú no había compresas. En 1990 en Moscú las tiendas estaban medio vacías y los productos que se exponían eran muy extraños. Unas bebidas rosadas embotelladas sin etiqueta ni marcas. Pantalones oscuros amorfos. Calcetines. Visitaron unas famosas galerías con una arquitectura palaciega de arcos y volutas doradas, y Ruth pensó, por fin, aquí sí, aquí tiene que haber una farmacia, un colmado, algo parecido. Pero no. Las tiendas repetían los mismos productos, bragas y medias, comida sin envasar, pantalones amorfos, calcetines. Y fuera lo que fuera, había poco. Las

estanterías vacías se imponían a las llenas.

Un día vieron en un escaparate lápices, rotrings y unas pequeñas reglas de madera que les gustaron por su aspecto artesanal y naif. La tienda estaba cerrada, Ruth no recuerda cómo dedujeron que faltaba poco para que abrieran y decidieron esperar fuera, frente a la puerta. En cuestión de minutos se formó a sus espaldas una cola larguísima, de unas cien personas. Cuando la tienda abrió los rusos desobedecieron el turno que habían mantenido tan pacíficamente y se abalanzaron dentro, revisaron las estanterías con una eficacia inusitada, y cuando se percataron de que no había nada nuevo, o nada de su interés, se fueron a la misma velocidad a la que habían entrado. Las dos amigas se quedaron solas de repente. Ruth demasiado alterada para ponerse a escoger un rotring de lo más rupestre que se les había antojado. Se acababa de mimetizar con los soviéticos, pero al estilo de una occidental histórica en un mercadillo de ofertas, con la desquiciada idea de que también ellos buscaban compresas o pañales tan desesperadamente como ella, y Ruth no estaba en situación de permitir que las rusas se los arrebataran delante de sus narices.

Solamente la amiga estaba al corriente de su problema. A Ruth le avergonzaba contárselo a los demás, ni se le pasaba por la cabeza que las visitas o las rutas programadas se hubieran alterado por su culpa, por esa razón. La mayoría del grupo eran chicos. Pero un día, aprovechando un momento propicio, Ruth se acercó a la guía y le planteó discretamente el asunto. La guía le aconsejó ir al mejor hotel de la ciudad, un hotel de lujo para extranjeros situado al lado de la plaza Roja, estaba segura de que allí encontraría una boutique con productos foráneos y artículos relacionados con la higiene íntima femenina. La guía hablaba con mucha educación y formalidad y Ruth le agradeció sobremanera esa información, pero reprimió las ganas de asaltarla a preguntas. ¿Cómo lo hacía ella? ¿Utilizaba paños a la antigua, con telas y toallas que se lavaban a escondidas con lejía y apenas se colgaban al sol, donde se habrían secado mejor, para que no dañaran la sensibilidad ajena, la de otras mujeres también? La guía le instó a ir a ese hotel, con su amable sonrisa, como si hablaran de comprar postales, sin darle pie a profundizar sobre el tema, y a Ruth le pareció que habría sido una incorrección por su parte desahogarse como le habría gustado, preguntarle con la intensidad

coherente a su estado de nervios: ¿Pero tú qué haces cada mes? ¡¿Cómo coño lo haces?!

En un rato libre de excursiones, ambas amigas se desplazaron hasta el hotel moscovita más lujoso que existía en ese momento. Cuando les pidieron el pasaporte se dieron cuenta de que a los pobres soviéticos no les dejaban entrar. Cruzar el umbral de la puerta fue como dar un salto de miles de kilómetros, pasar de un mundo a otro, de Karl Marx al capitalismo yanqui. A Ruth le puso de muy buen humor, aunque le duró poco. En la minúscula boutique del hotel tampoco vendían lo que le hacía falta. Ni unos simples algodones. Había Coca-Colas y mapas y cosas absurdas como pulseritas y unos minerales amarillos. Las extranjeras ricas que se hospedaban en ese gran hotel con ínfulas americanas pertenecían al grupo de mujeres previsoras y competentes al que ella no iba a pertenecer jamás.

A la salida, anduvieron hasta la plaza Roja bebiendo las Coca-Colas que se habían comprado en el hotel. De repente, vieron a dos o tres niños corriendo por la gran explanada que había frente a la catedral de San Basilio. Corrían y gritaban y se dirigían directos hacia ellas. Las alcanzaron, les arrebataron por la fuerza las latas de las manos y se las bebieron ansiosos, allí mismo, delante de sus atónitos ojos, mirándose entre ellos como para controlar quién bebía más. Fue una escena violenta, pero a Ruth le pareció de lo más comprensible. Ella habría hecho lo mismo al ver a alguien con un par de compresas en las manos. Qué pena que nadie anduviera por la calle enseñando las tiras desechables de celulosa, u otra materia absorbente similar, que les sobrarian.

La amiga de ojos separados se había programado una alarma en su reloj digital, como un paciente aplicado con las dosis de sus medicinas, para poder cambiarse puntualmente el tampón cada par de horas. El pitido sonaba, lo oían las dos, Ruth y ella, y la amiga se organizaba para buscar un baño. No le ofrecía sumarse al cambio de tampón. La amiga esperaba a que Ruth se lo pidiera. Y cuando a Ruth no le quedaba más remedio que hacerlo, la otra no se olvidaba de suspirar, no se olvidaba de soltar algún comentario de impaciencia, a veces irónico, y se demoraba siempre un poco antes de darle uno.

Ruth aprendió a apañarse con su racionamiento de tampones. Entre uno y otro, o por las noches, se abastecía de trozos de su toalla de Barcelona, la cortaba con dificultad, las pequeñas tijeras que llevaba y que no había olvidado, eran adecuadas para cortar papel y postales para un futuro álbum de viaje, pero eran difíciles de manejar para rasgar una gruesa toalla. Por la noche, encerrada en el baño, lavaba la toalla sucia y luchaba por no sentirse miserable. Se obligaba a imaginar los trillones de mujeres que habían hecho eso antes que ella, a lo largo de los siglos, pero también a las que lo seguían haciendo, estoicamente y sin quejarse, probablemente muy cerca de donde se encontraba ella. A ver, Ruth, se decía a sí misma, que no hay para tanto.

Los edificios racionalistas que visitó y que eran el objeto del viaje la acompañaron de una forma que no esperaba. Buscó en ellos algo que la reconfortara, una forma de belleza. Su estado de ánimo estaba muy cerca de la austeridad de esas viviendas proletarias que el mundo intelectual había tomado como ejemplo. Todo era monocromo, pardo, gris. Se sintió cómoda ante tanta uniformidad, en la honestidad de las formas geométricas, del hierro, del cristal, en la ausencia de ornamentación. La gente paseaba y parecía tan triste como ella.

Volvió a Barcelona hecha polvo. Con la toalla de baño reducida a un trapito. La austeridad de la sociedad rusa había calado en ella. Pero sobre todo volvió hecha polvo porque en el viaje perdió a la amiga que había bendecido como la amiga ideal. Con ella se rompían infinidad de ilusiones. La mendicidad con los malditos tampones la había humillado y había puesto tan de manifiesto los roles de su relación que a Ruth se le hizo insoportable. A partir de ese momento, aquella chica que batallaba para llegar a la perfección en cualquier faceta de su vida se convirtió en el espejo de sus carencias. Entre ellas siempre habría una ganadora y una perdedora, y Ruth solo deseaba retirarse de esa lucha. Claudicó. Dejó de quererla.

Y desapareció de la vida de la otra sin dar ni media explicación. Lo hizo mal. La amiga que había dejado de serlo no lo entendió. La buscó y la buscó, necesitada de una conversación que aclarara las cosas, y esa fue la primera y única vez que la vio tambalearse, que se mostró insegura ante Ruth. Pero Ruth, en su incomunicación, fue letal. No respondió a ninguna señal y la otra acabó

por desistir.

Años más tarde, tomando unas copas y con el desapego que da el paso del tiempo, la acusó de ser una cobarde.

Ruth no se lo rebatió.

Carácter

Fue una sorpresa que el profesor preferido de Ruth, mientras le corregía unos esbozos en la clase de proyectos, se entusiasmará. El entusiasmo no formaba parte de su manera de enseñar. Era un hombre comedido por el que Ruth bebía los vientos. Un profesional muy controlado y correcto en sus gustos y manera de expresarse. Pero ella veía en él una sensualidad mediterránea que la tenía atontada, intuía algo indómito bajo esa elegancia y esa contención, en el tono de voz, en sus camisetas cuidadosamente desgastadas, en la manera que se acariciaba el pecho mientras comentaba un diseño.

Aquel día alabó unos esbozos que ella le mostraba, una colección de libros de poesía de Josep Vicenç Foix, trazos a lápiz coloreados con rotuladores Pantone, en una gama de colores cálidos, muy suaves, y su amado profesor perdió el autocontrol. Se embarulló un poco, se quedó sin palabras, hasta que le soltó de sopetón: Espérame cuando acabe la clase, tengo que hablar contigo. Ella le esperó. Y una hora y media más tarde, los dos de pie, frente a la puerta del aula ya vacía, le contó que en su estudio de diseño estaban buscando a un estudiante para trabajar en régimen de prácticas y que le gustaba tanto lo que ella hacía que quería que se presentara a las entrevistas. Hay otros candidatos, le advirtió, pero quiero que mi socio te conozca, te llamo enseguida y quedamos para que vengas.

Ruth se quedó flotando en una nube. El estudio del profesor era uno de los

mejores de Barcelona. Empezó a fantasear, a imaginarse lo que sería trabajar con él por las mañanas, asistir a clase por las tardes, quizá quedarían para comer algún día, o cada día, irían juntos hasta la escuela, hablarían sin parar de los trabajos, de diseño.

Esperó obedientemente a que la llamara. No la llamó. Dos semanas más tarde, al terminar la clase, se vio forzada a esperarle fuera, otra vez frente a la puerta, para recordarle lo que le había propuesto. El profesor se excusó. Le explicó que ya habían escogido a otra persona. La conoces, le dijo, sonriente, con una mirada que Ruth no descifró hasta que nombró a la candidata elegida, a la chica de ojos separados y mirada oriental que hasta hacía muy poco había sido su amiga. Luego comentó cosas en genérico, rápido, como para tapar el imperdonable descuido de no habérselo comunicado antes. Dijo algo así como que no era suficiente con ser un alumno destacado, que muchas veces los estudiantes excelentes no funcionaban en el entorno laboral, por una cuestión de carácter.

Nada más. No dijo nada más. Ruth no recuerda cómo se despidieron. Sí recuerda que no cogió el autobús como cada día y que volvió a casa andando y que estaba tan alterada que tuvo que sentarse en los escalones del portal de una casa. Estalló en sollozos. Lloraba y lloraba, y entonces le empezó a salir sangre por la nariz. Parecía que la menstruación hubiera subido en ascensor y quisiera decirle algo. Quizá que se dejara de melodramas. Que dejara de idealizar. Que mirara hacia dentro y escuchara.

Capítulo 9

(20.00 h)

Camino del restaurante pasamos por delante de la librería Koenig Books. Siempre te han encantado las tres fachadas de madera verde, los escaparates repletos de libros, la mezcla de géneros, las revistas tan peculiares. Me recuerdas aquella que encontraste un día, cuando vivías aquí y deambulabas mucho por esta zona, una revista erótica que también era una revista de moda, todo glamour y sensualidad, muy bien diseñada y con unos reportajes de alta calidad visual con los mejores fotógrafos y estilismos del momento. Tom Ford, Helmut Newton, Robin Derrick, Nick Knight, Ellen von Unwerth, Franca Sozzani. El resultado era de una belleza abrumadora. Una exaltación del deseo. Ahí no estaba permitida la mediocridad, el mal gusto de cierta modernidad que consideras oportunista y que te pone mala. No la compraste. La dejaste porque ibas cargada y estaba rota y muy manoseada y pensaste, ya volveré. Cuando volviste a por ella ya no estaba, claro. Y desde entonces ni rastro de la excepcional revista. Yo creo que con el tiempo la has idealizado. No me lo rebates, qué raro que no lo hagas, que no me contradigas con tu vehemencia habitual. Pareces dudar. Es que ya no encuentro revistas ni libros que me gusten de verdad. Es que lo veo todo igual, o puritano o demasiado explícito y, al final, pues, todo me parece banal, no sé, me aburre. Luego añades que el problema debe de estar en ti. Quizá sea que todo esto ya no me importa nada.

Te cojo de la mano y te conduzco hasta el piso de abajo, deprisa, sin darte explicaciones, hasta la mesa donde se exhibe un libro que he diseñado en el

estudio donde trabajo. Lo miras en silencio, con sincera atención. Espero. A que digas algo, a que me des tu opinión, a que comentes la dirección de arte, a que le des una vuelta, como decíamos, aunque el libro ya esté hecho, eso es lo de menos. Querría escuchar alguna idea imprevisible de las tuyas, una de esas ideas geniales que siempre intento imaginar cuando trabajo, ¿qué haría Ruth aquí?, cuando estoy sola delante de una hoja de papel y un lápiz, lejos del ordenador, como hacíamos tú y yo. Pero no reaccionas del modo que espero. Alabas, despacio, tranquila, el juego de negativos, la tinta plateada, la idea del striptease invertido, Lara Stone desnuda en las primeras páginas, con este pecho alucinante que tiene, su diastema, apenas cejas, y cómo se va cubriendo con más ropa a medida que el libro avanza, y llega a las últimas imágenes tapada con un cuello alto de mohair y un abrigo de lana.

—Un striptease al revés, muy bueno —me felicitas.

Me desconcierta tu serenidad. No sé si me gusta que seas tan temperada opinando sobre diseño. Volvemos a la planta baja, cruzamos la tienda, abres la puerta, suena la campanilla.

—Te van bien las cosas, ¿eh, Andrea? —me dices, con un inquietante brillo en los ojos.

—Estoy muy contenta —respondo.

Y ya en la calle, entre el barullo de peatones y tráfico, tardas unos minutos en añadir:

—Hubo un tiempo en que me necesitabas. Está claro que ya no.

Y me das la espalda y andas, te adelantas, y yo no te detengo, yo no te pregunto si eso te entristece, no te pregunto qué coño sientes.

Dolor

Me filtré en la vida de Ruth sin que ella lo quisiera. Mucho más tarde se daría cuenta de que yo siempre había estado ahí, rondándola. Observando. Preguntándole detalles sobre los trabajos que presentaba. Mostrándome interesada en todo lo que hacía. Estupefacta por sus golpes locos, irracionales, salvajes, que daban a su gráfica un estilo excéntrico, siempre conmovedor.

Pero la amiga de la infancia me rehuía. Yo no era una chica simpática, yo era una tía de trato rasposo que parecía buscarla. La niñez se había evaporado, el pasado, los recuerdos, no importaban. Éramos otras. Yo me había convertido en un bicho raro que iba a su aire, que se teñía el pelo de colores estridentes y vestía de un rollo punki dejado, algo sucio, bastante agresivo, que a Ruth no le gustaba. Yo la incomodaba. La hacía sentir como alguien convencional, una barcelonesa modosa que no había roto un plato en su vida. A mí, su aire aburguesado, su manera de vestir, tan pendiente de la moda, de lo que se llevaba o no se llevaba, con sus compras en Gonzalo Comella, me era completamente igual. Cuando presentaba los trabajos que diseñaba, todo me interesaba.

Empezamos tercero de Diseño. A ella le resultaba penoso evitar a su examiga, la competitiva y excelente alumna, pero tampoco quiso infiltrarse en los grupos de gente ya formados. Llegó el primer trabajo en grupo y tardé décimas de segundo en proponerle que lo hiciera conmigo. Me dijo que sí sin ningún entusiasmo.

El proyecto que nos encargaron trataba de hacer un análisis exhaustivo de una familia tipográfica. La primera reunión que tuvimos para hablar del asunto fue determinante. Había que escoger una letra y Ruth parecía incapaz de tomar una decisión. Yo quería conocer sus dudas y empecé a hacerle preguntas, una tras otra. Ruth quería trabajar con una fuente tipográfica que trasluciera el toque humano, sus imperfecciones, que recordara la caligrafía o la piedra labrada por un escoplo. Vamos a por las letras romanas, le sugerí, las clásicas, el serif, una Garamond, la Caslon. Pero me lo rebatió. No se identificaba con tanto clasicismo, dónde está el siglo XX, somos diseñadoras jóvenes, no podemos obviar el palo seco, la simplicidad, la máquina. Pero una Futura o una Helvética le parecían demasiado frías. Pides mucho, no sé si puedes tenerlo todo, le objeté. Se le escapó la risa, me reí con ella, nos reíamos de

nuevo.

Y entonces le sugerí la Gill Sans. Un palo seco amable, humanista, una letra inglesa que es un clásico moderno y que había diseñado Eric Gill en 1930. La propuesta le entusiasmó. La Gill bebe de las proporciones romanas antiguas y es una réplica de la Johnston, la letra que se utiliza en la señalética del metro de Londres. Todo lo que habíamos hablado convergía en ella. Nos miramos sonrientes, ilusionadas. Ruth no daba crédito a lo fácil y agradable que había sido llegar a esa conclusión. Nada de carreras, a ver quién gana, quién es la más genial, la de la mejor idea. Nada de malas caras. Sintió una desazón, una zozobra agradable, intuyó que lo que acababa de pasar era importante, aunque no podía prever hasta qué punto.

Empezamos a quedar en mi casa. Mis padres eran médicos y hacían unos horarios maratonianos. Nos dejaban a nuestras anchas, a veces eran las once de la noche y no nos habíamos movido desde las cinco de la tarde y ni siquiera sentíamos hambre. La madre de Ruth no era médico, pero por supuesto que también la dejaba a sus anchas, muy en su línea, ni la echaba en falta. Una noche se sorprendió al verla llegar a casa pasadas las doce y quiso saber con qué chico salía. ¿Chico?, le espetó Ruth. ¿De qué chico me hablas? Ruth estaba cabreada por haber tenido que interrumpir el trabajo por culpa de una cosa tan prosaica como irse a dormir. La madre la miraba de soslayo mientras su hija le contaba que venía de rotular una maravillosa g en caja baja, con rotring y tinta china, que lo había repetido dos veces por voluntad propia, y que las curvas de esa g, el cuello, el empalme del ojo con su descendiente, era de las cosas más bonitas del mundo mundial. La madre de Ruth se apresuró a acostarse.

Aprendimos a trabajar en equipo. Verdaderamente. A que los logros fueran de las dos. A que cuando algo fallaba no era culpa de nadie. No existían las culpas. Nuestro problema era de otro tipo. Hice mío su perfeccionismo y nada de lo que empezábamos tenía fin. No encontrábamos límites a lo que nos gustaba. El trabajo con la Gill crecía y crecía y pasaban los meses y cada vez teníamos más trabajo en vez de menos. Yo intentaba encauzar el torrente de ideas y entusiasmo que la desbordaba, buscando un método, poniendo orden, haciendo listas que pegaba frente a la mesa y que a ella parecía divertirle

desbaratar, hacer que la lista creciera, que se duplicaran las tareas.

La noche antes de la entrega no dormimos. La pasamos encorvadas sobre la mesa del comedor de mi casa, adonde nos habíamos desplazado porque era la más grande y en las otras ya no cabíamos, habían quedado invadidas por cartones plumas de un metro por setenta. Mis padres aparecieron a las seis de la mañana, duchados y frescos, operaban cada día a las siete. Nos dieron los buenos días y se fueron. A las doce del mediodía salimos corriendo hacia la escuela. Presentamos el trabajo, nos pusieron un excelente, volvimos a la mesa del comedor de casa como si no hubiera pasado nada. Nos faltaban tres piezas que no habían sido necesarias para la nota, pero que nos gustaban y sabíamos que si no las terminábamos ese mismo día no lo haríamos nunca. Estuvimos de acuerdo sin apenas hablarlo. Y disciplinadamente volvimos a encorvarnos sobre la mesa. Mi padre regresó a media tarde y allí seguíamos, sin descansar, en la misma posición en que nos había visto a las seis de la mañana. Se enfadó. Ruth nunca había visto a un padre enfadarse de esa forma. ¡Basta ya!, gritaba el mío. ¡Basta ya! ¡Las dos! ¡Os vais a la cocina a comer y luego a dormir! Le hicimos caso. Comimos algo en la cocina. Mi padre se volvió a marchar, esta vez a la consulta privada que tenía por las tardes, no sin antes pasar por la cocina y asegurarse de que le íbamos a obedecer. Se lo prometimos de nuevo.

Ruth se estaba tomando con lentitud pasmosa un yogur cuando repentinamente se dio cuenta de que se encontraba mal, muy mal. De que llevaba un rato encontrándose mal. Primero pensó que era el cansancio, la falta de sueño, pero entonces notó unos calambres que la sacudieron por dentro, la cadera, la pelvis. Fue al baño como una sonámbula y soltó un chorro de sangre como si fuera pipí. Un chorro que salía a toda castaña, a presión, y que la quemaba. Me llamó a gritos. El dolor la doblaba, sentía una onda expansiva que irradiaba hacia abajo, hacia arriba, hacia dentro, hacia atrás. No se veía capaz de andar.

Fuimos de urgencias al hospital, ella tumbada en la parte de atrás del taxi, la cabeza en mi regazo. En la clínica la echaron en una camilla, las piernas levantadas y abiertas sostenidas por las perneras metálicas. Les contó que le dolía todo y que ese todo incluía la vagina por la zona de fuera. Le ardía.

Lloraba, gemía. Yo permanecí a su lado mientras la doctora de turno la exploraba e iba murmurando aquí no pasa nada, aquí no hay nada. Y entonces me dijo, mira tú, ya verás que aquí no hay nada. Ruth protestó, esto es una pesadilla, Andrea, no mires. La doctora insistió, acércate, míralo tú, aquí no hay nada, ¿tú ves algo?

Ruth se incorporó violentamente para impedirlo —qué tonta, Ruth, por favor, qué tonta—, para impedir que mi cabeza teñida de un azul desvaído se dirigiera a su coño.

Vomitó.

La operaron. Mi padre se ocupó de agilizar las cosas. La madre de Ruth estaba en París viendo exposiciones, su padre en Ibiza, era mayo y ya se había instalado en casa de su chica. Cuando Ruth despertó yo estaba dormida en el sofá. Acurrucada con una de mis camisas favoritas a cuadros negros y rojos. No le dolía nada. Se volvió a dormir con una gran sensación de bienestar.

Más tarde le conté que le habían hecho una laparoscopia a través del ombligo. Que los síntomas habían sido tan desconcertantes que los médicos habían ido de bólido para saber qué le pasaba. Que si unos quistes dolorosos, que si una endometriosis, no había un diagnóstico claro.

Ruth me dio las gracias, me pidió perdón, se le humedecieron los ojos, notó cómo los calmantes recorrían su cuerpo y le empujaban a decir todo lo que le pasaba por la cabeza. Que le gustaba mucho trabajar conmigo, mucho, que le daba paz, que le entusiasmaban mis listas, que yo era tan buena diseñando, buenísima, que le habría gustado conocerme antes, que se tiraba de los pelos por los años que habían pasado sin apenas tratarnos.

Yo me reía, estás borracha, Ruth, y claro que soy buena, pero contigo soy mejor.

Olor

La primera entrevista de trabajo le resultó fácil. La tuvo sin la regla y sin avisos de que fuera a presentarse. Fue uno de esos días en que parecía que no existiera, que no se conocieran. Se sentía ligera, con la barriga inusualmente plana, como casi nunca estaba, como ella quería que estuviera siempre. La cita fue en un reconocido estudio que diseñaba publicaciones de prestigio, especialmente de arquitectura, y se lo había recomendado el amado profesor a quien ya no amaba. La atendió el director creativo, un chico joven, pulcro, de manos finas y piel de bebé. Su aspecto y sus modales eran una personificación del tipo de diseño que creaba, del mismo modo que lo era el espacio donde trabajaba. Todo era orden, pulcritud, silencio. Comentaron el book de Ruth en una larga y despejada mesa, sentados en dos taburetes altos. El director creativo fue pasando las grandes hojas en silencio, se tomó su tiempo. Lo alabó con mesura, con rigor, con una educación impecable. Ruth se sintió bien. El trabajo era suyo. El diseñador le propuso empezar después del verano. Ella le comentó que el curso siguiente solo podría trabajar media jornada, aún le faltaba un año para terminar los estudios. Eso no era un problema, el director creativo estaba dispuesto a adaptarse a los horarios de la escuela. Ruth también le advirtió que tenía una entrevista más, no le comentó que la esperaba con especial ilusión. Él le pidió que le llamara antes de empezar las vacaciones con la decisión tomada, necesitaba dejar las cosas organizadas de cara a septiembre.

La segunda entrevista fue mucho más complicada. Ya desde el principio se le resistió. No le había sido fácil conseguir el teléfono de la redacción donde se estaba gestando una nueva revista de moda. La única revista de moda que habría en Barcelona, porque todas las demás estaban en Madrid. Se había enterado de que la dirección creativa se iba a llevar desde San Diego, en California, y eso le atraía mucho. Las llamadas por teléfono para conseguir la cita la habían puesto nerviosa de antemano. Le costó mucho contactar con el director de arte, por las mañanas no había manera de dar con él y por las

tardes casi siempre estaba ocupado. Cuando lo consiguió, le pareció un tipo seco, antipático, monosilábico. La citó un día y lo canceló al siguiente, a través de su secretaria, a toda prisa. Volvió a ocurrir lo mismo una vez más. Ruth lo dejó correr, desanimada, pero unas horas más tarde, el propio director de arte la llamó y consiguió de nuevo la cita. La noche antes de la entrevista, le vino la regla.

Por la mañana el perro de Ruth la despertó con sus deliciosos lametazos de buenos días, embadurnándole toda la cara, más insistente de lo habitual, olisqueándole el pelo, el cuello, todo lo que podía, hasta que metió el morro dentro de las sábanas, y ella le gritó que parara ya y se lo sacó de encima. Fue al baño y allí estaba ella, la regla, dándole los buenos días también, sin dolor, suave, como una niña tímida y mentirosa que esconde su verdadera cara. Ruth rogó al cielo que al menos durante unas horas no se la jugara. A media mañana cogió su enorme carpeta de un metro por setenta abarrotada de láminas con los mejores trabajos de tres años de escuela, y se fue en autobús a la cita.

El edificio era inmenso. Había guardias de seguridad en el lobby y detector de metales. Tuvo que enseñar el DNI y llevar colgado del cuello una identificación. La revista nacía dentro de un grupo editorial español muy importante, con varias editoriales, revistas y un periódico. En la cuarta planta, se encontró con una estilosa secretaria que le pidió que esperara un momento, el jefe no iba a tardar.

El jefe tardó. Llegó fumando, en tejanos, polo blanco Lacoste, con aspecto de chico bien, agamberrado. Se gustaron enseguida. Se sintió estúpida. Al minuto se impuso entre los dos una especie de tensión incómoda. Él la dejó bruscamente, allí sola, sin darle explicaciones. Intentó distraerse observando el caos que reinaba en la redacción. Nada allí parecía glamuroso. Nadie le hizo el más mínimo caso mientras permanecía plantada como un pasmarote. Cuando el director de arte volvió, le indicó, sin hablar, con un gesto de cabeza, que le siguiera.

Anduvieron entre mucha gente, gente con prisas, que hablaba por teléfono, que escribía detrás de pequeños monitores color pardo, en mesas de oficina pequeñas y feas. Llegaron al final de una sala y, en una esquina, el director de arte se detuvo. Chasqueó. La mesa, su mesa, era un auténtico caos.

Impresiones, cromalines, fotolitos, diapositivas, pantones, calendarios, revistas, libros, cajas, dos ceniceros a rebosar de colillas, latas de cerveza, una botella de Johnnie Walker. Giró sobre sus talones y deambularon por la redacción hasta que decidió atenderla en el suelo, en medio del paso, en el punto exacto donde se había detenido. Y de ese modo Ruth le enseñó sus trabajos. Entre periodistas que iban y venían, documentalistas, estilistas, telefonistas, tíos que no se quitaban el casco de la moto y acarreaban unas fotos inmensas de pintalabios. Un espontáneo se paró un momento y comentó algo. El director de arte no comentaba nada. Fumaba, el cigarrillo en los labios, pasaba las láminas, el cigarrillo en los dedos. Pero cuando se levantó, esbozó una sonrisa que sorprendió a Ruth. Le preguntó si se lo podía quedar. El book de Ruth. Unos días.

Salió a la calle Bailén, feliz, pletórica. Sin el peso de su inmanejable carpeta de cuero negro. Anduvo hasta el café Zúrich, donde había quedado conmigo y con un amigo francés de la escuela. Cruzar la plaza Cataluña no fue fácil, estaba inundada de gente excitadísima, que cantaba y bebía, vestida con camisetas y gorras de visera de colores de países que Ruth no identificaba.

Nos encontramos en la salida del metro, delante de la terraza del Zúrich. Nuestro amigo no se había querido sentar. Los deportes y la euforia colectiva le ponían de mal humor y quiso cambiar de sitio. Se quejó de lo tontos que habíamos sido quedando en semejante lugar el 30 de julio de 1992. El día después de la inauguración de los Juegos Olímpicos. Barcelona era un estallido de todo tipo, emociones, expectativas, urbanismo. Nuestro amigo era de Toulouse y exclamaba *¡Putain! ¡Putain!* con su *u* francesa a tope, mientras sorteábamos gente con gorros de terciopelo y cascabeles y caras pintadas con banderas varias. Cruzamos con rapidez el barrio gótico por callejones adoquinados que nuestro amigo conocía al dedillo, hasta llegar al Absenta, un bar algo tétrico pero vacío. Antes de sentarnos dio dos besos a Ruth.

—Te ha ido bien, ¿no? Con lo bien que hueles no te puede haber ido mal.

—Qué dices. Si no llevo perfume.

—No te hace falta.

Nuestro amigo era un personaje excéntrico que no encajaba en la escuela pero que a las dos nos caía muy bien. Era de lo más sugerente. Irritaba

sobremanera a los profesores porque lo discutía todo. Una vez, un profesor le echó en cara que nunca sería un buen diseñador porque no estaba dispuesto a solucionar problemas, porque lo que le gustaba era crearlos. A nuestro amigo eso le dolió. Era una mezcla de ser entrañable, visionario, provinciano, *cool* y *fashion victim*.

Ruth nos contó cómo había ido la entrevista, rápido, sin detenerse en matices como le habría gustado hacer conmigo, porque a nuestro amigo francés la cabeza le iba muy rápido y le encantaba interrumpirnos.

—Entonces, tu decisión está entre la escuela suiza y la deconstrucción californiana —sentenció cuando la interrumpió al fin.

—¿Qué?

—Está claro —se dispuso a dar explicaciones sin impacientarse un ápice—. Tu querido profesor de tu querida escuela te va a aconsejar el estudio de diseño, porque es lo correcto, es para lo que te han preparado..., o eso creen ellos. El orden, el mensaje claro, la lectura fácil, el código de colores, bla, bla, bla. La Helvética, los manuales, todo bien detallado, su biblia corporativa. Todo eso. El diseño que ha hecho famosa esta ciudad. ¡Ya lo sabes! En la revista te desorientarán.

—Aún no se sabe cómo va a ser el diseño de la revista.

—San Diego, Ruth, por favor. David Carson. *Ray Gun*. Experimentan con tipografías, las rompen, el mensaje se triplica. Evocan, insinúan. Se atreven. Nada que ver con la formalidad de aquí.

—Estás tan harto de lo de aquí...

—¡Claro que estoy harto! Harto de que no acepten mensajes de fuera, de que no estén abiertos al intrusismo. Yo adoro a los intrusos, soy prointrusismo. Totalmente. Y detesto los que se creen tótems, agarrados a su posición, los detesto, autoridades con derecho a decir tú sirves, tú no sirves. Tienen cuarenta años, *fuck off and move on*, dejar pasar a los de veinte, por favor, tictac, el tiempo corre. Pero se acabó. Fue una equivocación. Soñé con una escuela *cool*, una vida *cool*, en una ciudad *cool* como Barcelona. Me equivoqué. Creo que soy un jodido superficial, solo me interesa lo superficial, la gente de la escuela me aburre, me aburre como visten, lo que dicen, lo que proponen. Pero ya está. Dejo la escuela. Está decidido. Ya no me importa.

Nosotras le escuchábamos sin la menor intención de llevarle la contraria. Del Absenta nos fuimos a la barra del Mordisco a tomar unas tapas. Hablamos del archiconocido póster de Mariscal que tenían colgado, BAR CEL ONA. Más tarde fuimos al Nick Havanna, con sus neones azules, y acabamos en el Otto Zutz. Nosotras dos arramblábamos con todos los fancines y flyers que podíamos, nos encantaban los formatos, la tinta, el papel barato. Me encontré a unas amigas y se las presenté a Ruth, pero entonces a ella se le quitaron las ganas de continuar la juerga. Repentinamente se quería ir. Nuestro amigo se ofreció a acompañarla. En la calle la besó. Ella le dijo que besaba mal y él le pidió que le enseñara a hacerlo bien. Se lo enseñó. La lengua blanda, suéltala, no la pongas tan dura. Él se reía y la obedecía. Le olió el cuello, el pelo, y le dijo al oído que le habían dado el trabajo por el olor que desprendía, no por lo bien que diseñaba. Ruth se apartó, molesta. Nuestro amigo intentó explicárselo.

—Hueles muy bien cuando tienes la regla.

—¿Qué?

—Me pone el olor que desprendes durante tus días.

—¿Qué?

—Ruth, ¿qué es lo que no entiendes?

—¿A qué se supone que huelo?

—No sé, las feromonas., qué más da...

—Pero, oye, ¿tú no eres gay?

—No.

En el taxi Ruth estuvo más pendiente de los besos que no debía haber dado al chico francés que sobre la decisión profesional que tenía que tomar. Porque ya la había tomado. El desbarajuste de aquella redacción la había seducido. Ciento veinte páginas para diseñar cada mes, un creativo revolucionario opinando y proponiendo desde San Diego, meter las narices en el mundo de la moda, un tío con aspecto de gamberro, barba de más de tres días, que la atendía en el suelo, bebía whisky e iba a ser su jefe. Todo eso era de una confusión irresistible que la atraía sin remedio. Hizo oídos sordos a lo que se suponía era más conveniente para su futuro profesional.

Capítulo 10

(20.30 h)

Entramos en el Café Boheme a toda prisa. Los dos amigos con los que he quedado ya nos están esperando en la barra. A ti llegar tarde no te importa demasiado. A mí sí. Pedimos unas cervezas. Estás encantada de conocer a este par de ingleses, los encuentras atractivos, altos, guapos, de lo más *british*. Deben de tener cuarenta y pocos, la mejor edad para un hombre, me dirás, poco después. Mi amigo el pelirrojo te hace especial caso, se sitúa a tu lado, habláis un buen rato. Te cuenta que es acting chief sub-editor en la revista *Wallpaper* y tú te disculpas por tu nivel de inglés, porque no tienes ni idea de qué significa eso. Coqueteas. Te quitas la chaqueta y aparece el vestido calcetín, así lo llamas tú, un Jean-Paul Gaultier que es como una media, esponjoso, ceñido sin pasarse, largo hasta los pies pero que tú ajustas como quieres, más arriba o más abajo, que te sienta muy bien. A los chicos les parece curioso que cenemos aquí, nadie viene aquí ya, nos informan. Les explico que te trae recuerdos, que frecuentabas mucho este local durante el año que trabajaste en Londres y que te lo pasaste bomba. Me corriges, no, qué va, no me lo pasé bomba, todo el mundo se lo pasaba bomba menos yo, pero me gustaba venir igual. Mis amigos se ríen, te muestras encantadora y entonces te interrumpo, tenemos que empezar a cenar o llegaremos tarde.

—¿Tarde a qué?

Tu tono ha dejado de ser encantador. No te contesto. Ellos me dan un sobre y se despiden, quizá nos reencontremos luego, nos sugieren, y se van. Arrugas la nariz, frunces el ceño.

—¿Cómo es que no se quedan? Me habría gustado cenar con ellos.

Te pregunto que por qué.

—Pues porque a mí me gustan los hombres, Andrea.

Sacudo la cabeza y pido la mesa.

Te muestras agitada. Casi no das tiempo a que me siente, empiezas a taladrarme con preguntas sobre Sonia. Que cómo es. Que por qué no vivimos juntas. Que a qué se dedica. Que por qué la escondo. Que por qué no ha venido. Me reprochas que nunca te cuento nada de mi vida sentimental. Qué jeta tienes a veces, Ruth, qué cara más dura y qué burra soy yo. Burra porque me sonrío, porque me hace gracia tu descaro, porque sé que no esperas las respuestas y, eso, ahora, me divierte. Burra porque te estás emborrachando con una cerveza y es así como más me gustas, cuando desdramatizas, cuando juegas. Sonrío y te doy largas. Entonces sueltas que debo tener cola, cola de tíos y cola de tías, claro, porque esta ambigüedad tuya es de lo más sexy. Admiras mi traje Paul Smith morado metálico, el corte slim, el cuello exagerado de la camisa, los gemelos. Y sigues: con la edad mejoras, Andrea, cómo lo haces, debe ser este rollo Annie Lennox que te traes, tan tuyo. Troceas el pan de la mesa y te lo vas comiendo, despacio. Me sostienes la mirada, divertida, irónica, coqueta otra vez, la Ruth coqueta de siempre. Te digo cuidadín con el pan que te engorda, me tiras las migas a la cara y entonces sí me río.

Te avanzo parte de la sorpresa que te tengo preparada. Te cuento que mis amigos me han conseguido un par de entradas para llevarte a un sitio que te va a entusiasmar, después de cenar lo verás. Saltas de la silla, exaltada, feliz. ¿Vamos a ir a bailar? ¿De verdad vamos a ir a bailar? Estás dando palmas y me vuelvo a reír. Tus reacciones de niña me desarman.

Sexo

En la revista Ruth trabajó durante cuatro años y llegó a convertirse en la segunda de a bordo. Empezó desde abajo, compaginando bazares de accesorios de moda a base de cientos de fotocopias y mucho corta y pega. El director de arte confió en ella enseguida y acabó siendo su mano derecha, un rol en el que Ruth se sentía muy cómoda. Él daba la cara en las reuniones de directivos, ella dirigía el trabajo con un grupo de cuatro personas y disfrutaba de cierto poder de decisión. Le enganchaba proyectar sesiones de fotos, editoriales de moda, diseñar, capitanear *brain stormings*, motivar a un equipo. Su cuerpo generaba altas dosis de adrenalina. Pero la hormona repleta de intensa carga emocional a la que se iba volviendo adicta no solo la provocaba el trabajo.

El mundo de la noche también. Era tal la implicación con la gente de la revista que tras diez horas metidos en la redacción hacían lo imposible para seguir juntos. Salían por la noche día sí, día también. Empezó a vestirse de otro modo, con plataformas y leggins campana. A beber. A drogarse. A correrse unas juergas en las que desataba una euforia sorprendentemente avasalladora. Seguidas de unas resacas de aúpa.

Había mañanas en que se sentaba frente al ordenador y le volvía el vértigo que había sentido la primera vez que tocó el ratón de un Macintosh, el único Apple que había en el departamento de gráficos y el primero que empleaba en su vida. Le costaba dilucidar si era un problema de su cabeza, que retrocedía y se negaba a interpretar la dimensión virtual, o sencillamente era el alcohol y las drogas que batallaban por salir de su cuerpo a pocas horas de haber entrado. Por supuesto que era lo segundo. Lo primero ya lo había superado. La fase de habituarse a los comandos y los resets fue un breve periodo de tiempo en que cualquier gesto de la vida real, rascarse la nariz o coger un vaso, hacía que el cerebro se pusiera en guardia y buscara el comando, la opción del teclado adecuada para dar la orden que le permitiera proceder a coger ese vaso o rascarse la nariz. Su cerebro se habituó muy rápido al ordenador y

todas esas pequeñas alucinaciones desaparecieron. Pero a las drogas no se acostumbraba.

Hubo un fin de semana especialmente duro, un auténtico maratón del *night life* barcelonés. Salió con un par de redactores de la revista y la secretaria estilosa que le había abierto la puerta el día de la primera entrevista. Cena, copas, un bar, dos bares, media pastilla de éxtasis, tercer bar, otra media pastilla de éxtasis, ginebra, agua, discoteca, un cuarto de pastilla de éxtasis y Ruth volaba disparada hacia las nubes y el cielo sintiéndose una tía imparabile, una superdiseñadora que acababa de colocar a Madonna en la portada del próximo número de la revista, *su* revista, con una foto en blanco y negro que es la hostia y la tipografía en quinta tinta plateada, una quinta tinta que va a ser alucinante, ninguna revista española lo hace, el logo y los titulares van a brillar como espejos y como las tapas del libro *Sex* que está arrasando en el mundo entero. Ruth hablaba por los codos y a todo el que se le cruzaba, reclamaba más trocitos de la droga del amor y reclamaba más atención, sobre todo mucha atención, mientras ensalzaba desafortadamente a Steven Meisel y a la diosa del pop haciendo autoestop desnuda por Los Ángeles. A punto estuvo de imitarla en la Vía Layetana, la misma pose de la famosa foto, un contraposto, rodilla izquierda delante, cigarrillo en los labios, como la exhibicionista en la que se convertía cuando accedía a ese estado de desinhibición abrumador. Sus amigos le impidieron quitarse la ropa, allí mismo, en la calle. La llevaron hasta otra discoteca que parecía una nave industrial de hormigón, y allí se besuqueó con uno de ellos, uno de los dos periodistas, por los pasillos que retumbaban al ritmo de una música infernal. La arrastró hasta un lavabo enorme lleno de charcos en el suelo y se dejó follar. Ruth veía la imagen de sí misma en un espejo sucio y no se reconocía. Estaba encantada de no reconocerse. Empezaron a aporrear la puerta. El periodista la empotró contra ella para evitar que la abrieran porque empezaba a ceder, pero también para evitar dejar de follársela. A Ruth se le antojó un gesto dominante de lo más macho y se carcajeó. Tras la puerta los insultaban.

La noche siguió. Vodka, casa de un desconocido, una raya de coca, un after, una chica con el pelo rubio platino que le decía cosas que Ruth no entendía, un botellín de agua, el amanecer, otro botellín de agua, las Ramblas, el sol, el

mercado de la Boquería a las doce del mediodía, gambas a diez mil pesetas el kilo, churros, la casa de la secretaria estilosa que seguía estilosa y no se arrastraba por el suelo como a punto estaba de hacer ella, bolsas y más bolsas de plástico color verde llenas de pescado fresco en la nevera, una cama de matrimonio, el periodista, sábanas gris carbón y otra vez a follar.

De las dieciséis horas siguientes mejor no hablar. Ruth abría los ojos y no sabía dónde estaba. Se sentía enferma, incapaz de levantarse, con la cabeza aplastada por un peso monstruoso. Se despertaba y se volvía a dormir en una intermitencia cardiaca. El periodista se calentaba acompasado por los despertares de ella, hasta que Ruth le dijo basta y ya no insistió. Le venían flashes de la chica del pelo platino, de cómo le habló, de lo que le decía. Hasta que al fin la reconoció. Era yo. Claro que era yo. Yo que le hablaba, yo contenta de verla, yo con cara rara cuando una lengua desconocida se atornilló en su oreja y Ruth se reía como una histérica. Yo que le dije adiós.

El lunes aún le duraba la resaca. Se tomó la pastilla del día después. Le vino la regla a lo bestia, desmedida, cabreada porque la había obligado a forzar su ritmo. Le dolía un montón y empezó a hablarle, a pedirle perdón, a prometerle que no lo haría nunca más, que llevaría siempre un paquetito de condones en el bolso, a la mínima que un chaval le pusiera las manos encima se lo encasquetaría, y si era un pedazo de hombretón borracho, pues también. Se lo juró, lo haré, de verdad, a partir de ahora y para siempre, pero afloja un poco, joder, que me estás matando.

La regla no aflojó. Tardó varios días en irse. Y al cabo de diez, apenas dos semanitas más tarde, apareció de nuevo, aunque no le tocara, dispuesta a seguir desbaratada para que Ruth no olvidara su promesa.

Hombres

Ruth tuvo un primer novio. Un chico deportista, de hobbies sanotes al aire libre, que quería llevarla de camping. Ella se resistía, cada vez se sentía más urbanita, más amante de lo artificial. Nunca acabó de entender cómo duraron tanto. Pero era guapo, besaba muy bien y la hacía reír.

Sobre los anticonceptivos hormonales el chico se ponía paternal: Es mejor no usarlos, le aconsejaba, no es bueno para tu cuerpo. Ella no se lo discutía, ya le iba bien. El planazo mensual del novio consistía en hacer el amor cuando llegaba la regla. Evitaban los peores días, los más caudalosos, pero los otros, era fiesta nacional. Él era feliz olvidándose de la marcha atrás, olvidándose del condón, al chico sanote el preservativo no le gustaba, en eso era un tiquismiquis, le fastidiaba reducir la sensibilidad del asunto. La verdad es que, si ella se encontraba bien, el pim pam, pim pam le resultaba gustoso. Notaba cómo la zona se relajaba. Alguna vez empezaron sin que ella quisiera, porque sentía dolor y el dolor le quitaba las ganas, pero al hacerlo, el dolor remitía. Eso estuvo bien y estuvo mal, porque no siempre funcionaba y, en cambio, se convirtió en un precedente que le contrarió futuras excusas para no hacerlo.

Hubo momentos turbadores, de una belleza casi brutal, que le cuesta explicar. Los momentos en que él sacaba su polla y esta aparecía, dura, ensangrentada, hierática, a la altura de sus ojos. Su chico permanecía encima de ella tratando de recuperar la respiración, sudado, cansado, los ojos cerrados, feliz. El cuerpo de su novio le pesaba, pero a ella le gustaba. La imagen la turbaba y le hacía valorar lo trascendental de todo aquello, lo de quererse y entregarse de esa forma. Pero unos segundos más tarde, su novio solía romper lo especial del momento soltando chorradas del tipo: Los caballeros siempre alzamos la espada con sangre para mostrar nuestra victoria. Ella soltaba un grito e intentaba quitárselo de encima. Él se devanaba los sesos para soltar otra gracia: ¿Me dejas hacer de Barbarroja?

Ruth fingía escandalizarse y se reía a gusto, pero las bromitas de este tipo la enfriaban. Cortaron. Ruth cada vez se divertía menos y lo de salir de camping fue tomando demasiada importancia.

Tuvo otro novio. Mayor que ella. Un tipo amable, culto, que le habló de

internet con devoción y la trataba como a una princesa. Cuando le llegaba el periodo el hombre se volcaba en infinidad de mimos, Ruth se encontraba flores en el desayuno, él le preparaba tisanas y se ponía poético. Reivindicaba esos días como días de pura vida y sentía la necesidad de compartirlos con ella, la regla era la materia que preparaba el cuerpo de su amada para envolver un bebé y por eso esa materia había que respetarla, sentirla. Ruth se hartó de tanta ñoñería.

Le costó romper la relación porque se sentía en deuda. Gracias a él había conseguido un trabajo en una agencia de publicidad *on line*, muy bien remunerado, con un grupo de gente joven que llegaba de San Francisco con ganas de armarla y que ya estaban ganando premios en el festival de Cannes.

Lo mandó a freír espárragos cuando empezó a darle la tabarra con su insistencia en no desechar la menstruación, en que tenían que reciclarla como abono para las hierbas aromáticas que plantaba en su balcón. Ah, y ¿para los geranios no? Igual se ponen más rojos, le soltó ella.

Trabajó con un programador licenciado en la ITT de Nueva Delhi y en la MIT de Massachusetts que era un auténtico fuera de serie. Investigaba códigos binarios. La nueva agencia que la había contratado era pionera en tecnología y estaba obsesionada en dar otra dimensión a las estáticas *sites* del momento. El objetivo era comunicar contenidos que emocionaran gracias también a su alto nivel de estética. El reto estaba en conseguirlo a través de la simplicidad del html, el lenguaje de programación más honesto y virtuoso que existía. Sabían que era posible. John Maeda lo hacía en Estados Unidos, él era un maestro, el ídolo a seguir. Desarrollaron el llamado Dinamic, un lenguaje de programación que les maravillaba, que podía generar poesías visuales siendo puro código, no pesaba, no había que descargar nada en el ordenador, era limpio y llegaba a unas sutilezas fascinantes.

Diseñaron unos botones de colores que danzaban y brillaban en grupo simulando el vuelo de una bandada de golondrinas. Eran funcionales porque a través de ellos se navegaba por la web, esa era la prioridad, pero además, se pretendía que el usuario viviera una experiencia memorable, que se

emocionase, para atraerlo de nuevo a visitar el *site*. Había que provocar un placer estético. Y aquí era donde encajaba el trabajo de Ruth.

Ella imaginaba la cadencia de un vuelo cruzando de lado a lado el monitor, un chisporroteo de píxeles en RGB, y su programador favorito, el programador instruido entre universidades indias y americanas, era el encargado de hacer posible ese movimiento y esa luz. El trabajo era muy excitante. Se sentaban muy cerca el uno del otro pero se comunicaban a través del ICQ, el chat de entonces, y hablaban de botones, de ritmo y de otras cosas. El ICQ hervía. Ruth volvió a dejarse llevar por la pasión del trabajo compartido. Tras una cena de empresa, apoyados en el ábside de la catedral, en la calle de la Pietat, se comieron a besos. A ella le embelesaba el tono oscuro de su piel, la media melena lacia, azabache, gitana, que se le escurría hacia los ojos y a menudo se ataba en una coleta. No era presumido. Era terriblemente elegante vestido. Terriblemente elegante desnudo. Cocinaba potajes *spicy*, con una precaria cocina en un pisucho de soltero que era un desbarajuste, y donde todo olía a curry, la habitación, sus manos, los labios.

Un viernes por la tarde le pidió a Ruth que pasara el fin de semana con él, en su piso, se ofreció a acompañarla al de ella para recoger lo que necesitara. Ella, que ya vivía sola desde hacía un tiempo, habría preferido quedarse en casa, no muy limpia pero bastante más decente que la de él. Pero no quiso ofenderle.

Mientras Ruth preparaba la bolsa para el fin de semana, él la miraba sonriente, ensimismado, echado en su cama. Metió el pijama y varias compresas y tampones delante de sus narices y no se dio cuenta de que, a partir de ese momento, el chico cambió de humor. No permitió que ella le ayudara a cocinar como otras veces había hecho y se fue poniendo tan serio que Ruth se asustó. No le costó mucho sonsacarle hasta que él le confesó que tenía muy arraigada su cultura. Que, a pesar de la educación occidental que había recibido en las universidades, no podía evitarlo. A otros hombres indios no les pasaba, pero a él sí. En el mundo en el que había crecido las mujeres con la menstruación eran consideradas mujeres impuras que contaminaban todo lo que tocaban, por eso se las mantenía apartadas durante su periodo. Era tan fácil como no verse durante esos días.

Ruth no lo pudo soportar.

Félix, por su parte, era amable, conciliador, y nada era un problema para él. Tampoco la menstruación.

Pásate por el paqui y cómprame una caja de Tampax, porfa, le podía pedir Ruth cuando él se escapaba con la moto para ir a verla. Félix iba al colmado del paquistaní bajo el piso de ella, el pequeño apartamento alquilado en el Borne y que no tenía ascensor, y Félix no se equivocaba. Félix siempre acertaba con el tipo de tampón que a ella le iba bien. Luego se acostaban. No le gustaba liarse a fondo con la regla, pero tampoco le hacía ascos. Tenía imaginación en la cama, los preliminares eran lo suyo, y Ruth disfrutaba. Cada vez más.

Se conocían de los veranos en Ibiza, era amigo de Anita, pero Félix siempre estaba ocupado con otras chicas. Era de piernas y brazos largos, de muñeca ancha, con una peca en el pómulos derecho a lo Robert de Niro que, cuando sonreía, le daba un aire de pillo que a Ruth le encantaba. Cuando Ruth se enamoró, Félix tenía novia, siempre tenía novia. Ruth adelgazó varios kilos cuando la novia se enteró y lo tuvieron que dejar.

Casi abofeteó a uno el día que le dijo: cuando tienes la regla no se puede hablar contigo. Era un fotógrafo publicitario de Madrid con el que colaboró una temporada para una campaña *off line*. Un tipo salado, campechano, con el que Ruth iba a cenar huevos estrellados en Casa Lucio. La halagaba sobremanera cuando le decía que debería haber protagonizado los anuncios del mítico jabón Lux, con este cutis de porcelana que tienes.

¡Ya llegan los de Barcelona y aún de luto, los pobres!, solía gritar cuando ella y el equipo creativo de la agencia cruzaban la puerta de su estudio. Ruth se tronchaba. En el círculo madrileño donde se movió no calaba la austeridad del negro, el minimalismo de Helmut Lang o Calvin Klein. Parecía que en la capital de España se vestía de otra forma. Con colorines.

A Marc se lo encontró en una gran fiesta al aire libre en el Moll de la Fusta. Estaba apoyado en la barra, esperando a que le sirvieran una cerveza. Llevaba un jersey de cuello alto azul marino, había ganado peso y empezaba a clarearle el pelo. Se reconocieron enseguida. Le extrañó encontrárselo allí. Aquel era un evento multitudinario que cerraba las jornadas de la Primavera del Diseño, una semana en que la ciudad se volcaba en exposiciones, conferencias, charlas y todo tipo de eventos, Barcelona seguía empeñada en mostrarse al mundo como la capital del diseño.

Marc le explicó que se dedicaba al marketing. Ruth no tenía ni idea. Le había perdido la pista por completo, desde COU no sabía nada de él. Hablaron un rato. Marc le explicó que estaba con unos colegas del trabajo, que estaba a punto de casarse. Se despidieron con un hasta luego, educado, sonriente. Ella corrió a buscar a la amiga con la que había acudido al evento para entregarle su vodka con limón y contarle que, entre tanto diseñador, estaba su amor platónico de adolescencia a punto de perder la soltería.

Se zampó dos vodkas con tónica. Se perdió entre la gente y se vio a sí misma decidida a encontrar a Marc de nuevo y a hablar con él, a no dejar pasar diez años más. Lo localizó bailando, no le pareció ver a ninguna otra mujer que lo rondara, le entró en plan supersimpática, bailó con él y le habló, habló mucho, por los codos, en un intento histérico de demostrarle que ya era una tía normal, enrollada, que había expulsado de su alma todo resto de timidez, que era capaz de ser excitante y divertida. Se insinuó descaradamente.

Lo acorraló en un rincón, bajo una palmera. Su lengua sabía a alcohol, pero la de Ruth también. Se alejaron hacia el muelle, dejando atrás la cabeza de Roy Lichtenstein. Se sentaron en unas gradas, frente a los barcos atracados. Marc le metió mano, lo hizo bien, sin pasarse, pero a ella le sobrevino una lucidez incómoda, la mano de él se desplazaba de la barriga al pecho y la embriaguez de Ruth se alejaba, o cuanto menos, su mejor efecto. Se apartó. Marc le preguntó, dulce, superdelicado, con un deje de ironía, qué excusa le daría ahora.

Tengo la regla, mintió ella. Marc simuló que se reía, sacudió los hombros. Ruth se puso a la defensiva: Estás a punto de casarte, ¿no es eso motivo

suficiente para no seguir adelante?

Marc se revolvió el pelo, aturdido. Le recordó que había sido ella quien lo había abordado, por iniciativa propia, hacía un momento.

Ruth no supo explicarse. Se sintió ridícula. Solo sabía que no quería continuar. Quería estar con él y no quería estar con él. Quería ser la mujer que era en ese momento y estar con el líder de la clase que tanto le había impactado. Pero no estaba ocurriendo de ese modo. El único poder que parecía tener el hombre que tenía delante y que apenas conocía era el de convertirla en la adolescente tímida y cobarde que no quería volver a ser nunca más.

Se separaron con un malestar parecido al de once años atrás. La sensación de frustración era menos intensa, pero eso no la consolaba.

Buscó consuelo en su exnovio. El exnovio deportista al que le gustaba ir de camping. Se habían convertido en algo así como amigos con derecho a roce. Ruth le llamó al día siguiente y le suplicó que la fuera a ver. Hicieron el amor con la seguridad que da la ternura y el conocimiento del cuerpo del otro. Ella volvió a sentirse como una mujer que se gusta a sí misma. Le contó lo de Marc. El exnovio le aconsejó que no le diera tantas vueltas, estaba claro que lo que la había enfriado era que Marc se dedicara al marketing. Él sabía de sus trifulcas como diseñadora gráfica con los departamentos de marketing. La hizo reír como en sus mejores momentos.

Antes de que el chico deportista se fuera, Ruth se duchó y se dio cuenta de que le estaba bajando la regla. A veces, cuando tenía relaciones sexuales, se le adelantaba. Mientras él se ponía los pantalones, ella, envuelta en una toalla, protestó: Mierda, me ha venido la regla. El chico empezó a desvestirse otra vez, la miró de contento, y le dijo que su regla le echaba de menos, que era una señal para hacerlo otra vez y sin condón. Ni hablar, ¿no te das cuenta de que mi vida es un auténtico caos?, le espetó ella. ¿Qué te crees? Basta de hombres que entran y salen de mi cama. Tengo que cambiar, tengo que centrarme.

El exnovio le dio un beso en la mejilla y se fue, raudo y veloz, silbando.

Mujeres

Por fin trabajamos juntas. Conseguí que Ruth dejara la agencia de webs y se incorporara a mi estudio, un espacio dedicado al diseño editorial donde rediseñábamos las mejores cabeceras de periódicos y magazines del país. Volver al mundo del diseño impreso le supuso una especie de vuelta a casa. Desde el principio se entendió muy bien con el creativo y socio fundador. Yo llevaba allí varios años y durante unos cuantos más compartimos la dirección de arte de todos los proyectos, algo que habíamos soñado desde la escuela.

El estudio era grande, llegamos a ser treinta personas, la mayoría chicas. Ruth y yo éramos las jefas, aunque ejercer ese cargo no era lo nuestro. Nos hacíamos amigas de nuestras supuestas subordinadas y no sabíamos delegar. Seguíamos con ese talante perfeccionista que nos llevaba a controlar hasta el último detalle, incapaces de dejar que otras diseñadoras terminaran las cosas solas. Siempre éramos las últimas en irnos a casa.

Ruth no recuerda que se nos acababa la intendencia higiénica femenina los mismos días del mes. La secretaria que nos ayudaba estaba convencida de que era una cuestión de supervivencia animal, que nos sincronizábamos por pura competencia, para preservar la especie. Como si nos pusiera a todas en celo para competir con el osado macho que se atrevía a acercarse. El único macho que se acercaba era el socio fundador y no era muy osado, siempre fue muy estricto en mantener las distancias.

Entre las casi treinta diseñadoras había una que siempre fallaba dos días de cada veintiocho. Algunas la ponían verde. Les parecía una caradura, una blandengue, una quejica con poca pasión por el trabajo. Una insolidaria. Cuando hubo que renovarle el contrato decidimos prescindir de sus servicios. Se llegó a la conclusión de que tampoco era muy buena diseñando.

Durante una temporada trabajamos con una informática con el pelo a lo rasta y aspecto de okupa. Era una chica poco habladora pero muy directa y con las ideas muy claras, responsable de mantener el software del estudio y de solucionarnos todos los problemas técnicos. Ella nunca salía corriendo a por

tampones y no parecía que se sincronizara con nosotras, como si nunca tuviera la regla. Las demás chicas, a veces, lo comentaban, extrañadas. Sorpresivamente fue el contable, en una de sus reuniones mensuales, quien aclaró la cuestión.

El contable venía cada lunes primero de mes a pasar cuentas, a hacer pronósticos y a llegar a conclusiones que acostumbraban a ser pesimistas. Esa vez impuso un recorte de gastos y lo primero que eliminó fue el suministro de pósits. Lo segundo, la intendencia femenina. Las chicas se quejaron. El contable había argumentado que era un material caro, que tributaba como producto de lujo y que por tanto se le cargaba el IVA más alto posible. Me tocó a mí comunicárselo a las chicas. Todas escucharon atentamente hasta que la informática dio un brinco y me espetó: Pues que se lo desgraven. Que para eso tienen una empresa, ¿o no? Para desgravar el IVA. Seguro que meten mogollón de gastos más por la cara. Entonces intervino Ruth. Defendió las razones del empresario, dijo que le parecía un milagro disponer a voluntad de compresas y tampones en el estudio completamente gratis, ella había trabajado en otros sitios y nunca había disfrutado de ese privilegio.

La informática se encolerizó. ¿Privilegio? ¿Qué privilegio? Son productos de primera necesidad que en un sistema justo, en el que tendríamos que vivir, sería un derecho de las mujeres que no deberían reclamar. No os dais cuenta de hasta qué punto sois esclavas de un mundo masculino, consumista, patriarcal, capitalista. Un mundo de mierda que se está cargando el planeta. A ver cuándo despertáis. Que vivís aleladas.

Soltó todo esto y siguió con lo suyo, tecleando códigos color verde en una pantalla negra. Alguna chica se echó a reír. Las demás no. Una de las más atrevidas le preguntó:

—Pero tú nunca los usas, ¿verdad? Nunca te hemos visto coger una compresa.

—Es que no las necesito.

Tras esa afirmación se impuso el silencio. Todas dimos por sentado que no la tenía, que debía padecer algún problema médico. Intenté disolver el corrillo que se había formado a su alrededor, animándolas a seguir con el trabajo, pero la informática dejó el teclado, se dio la vuelta con toda la calma y, de espaldas

al monitor, nos dijo:

—Sangrado libre, colegas, ¿os ilumino un poco?

Nos dejamos iluminar. Nos contó que llevaba años entrenando su pelvis y que había aprendido a sentir el útero. Nos han educado para no conectarnos con él, tías, que es así, pero la reconexión es posible, hay vínculos neuromusculares en esa zona que podemos espabilar. Yo sé cuándo mi útero está lleno y quiere vaciarse. Lo siento. Entonces me pillo un baño y lo suelto y no mancho nada. Me lo tuve que currar, claro, me llevó un tiempo, al principio manchaba. Pero es que, además, tías, ¿qué pasa si manchas? ¿Qué pasa? ¿A quién le molesta? ¿A los hombres? ¿A otras mujeres? Pues resulta que a mí no. Y, chavalas, que no se sangra en plan regadora, que ocurre solo a momentos, que hay que aprender a pillar esos momentos. ¿No os dais cuenta de lo jodida que es toda esta mierda química que os ponéis horas y más horas frotándoos el coño? ¿Creéis que es bueno? Es una zona delicada, que necesita estar húmeda, mantener su pH. Destrozamos nuestra flora vaginal para enriquecer holdings de empresarios, todos ellos machos alfa, que se hacen de oro a vuestra costa mientras os meten en la cabeza que cuanto más limpias y más blancas, mejor viviréis, os comen el tarro para que os creáis que estáis mejor haciendo ver que la regla no existe. Y luego qué pasa con todo ese plástico indestructible flotando en el mar, pues que las tortugas se lo comen y se ahogan o aparecen islas del tamaño del Estado español que es pura mierda tóxica flotando.

Nadie fue capaz de contrariarla. La súbita irrupción del socio fundador nos libró de tener que improvisar algún comentario. El jefe abrió la puerta de su despacho de sopetón, como acostumbraba a hacer, y se quedó allí, plantado, sorprendido de vernos en pie, tan calladas y quietas. Le observamos, con su corbata, con su camisa blanca impecable, y por unos segundos nos pareció que él encarnaba a todos los empresarios malignos y sin escrúpulos responsables directos de la muerte de todas las tortugas marinas del planeta. Pero también, gracias a su irrupción, nos vimos obligadas a zanjar la conversación y a volver a lo nuestro.

Durante días Ruth no pudo dejar de darle vueltas al asunto. Imaginar sus pérdidas menstruales campando a sus anchas, sin freno alguno, asilvestradas, era una visión que rompía todos sus esquemas.

Al cabo de poco tiempo la informática quiso trabajar como autónoma. Dejó de ser una empleada fija y venía y cobraba por horas. Estaba encantada de organizarse la vida según sus necesidades biológicas, según su regla. Le contó a Ruth que los días que la tenía reducía la actividad tanto como podía. Se quedaba en casa y escuchaba su cuerpo. Y qué paz, tía. Eso sí es respeto hacia una misma, joder, lo demás, son tonterías. Olé la regla. Olé.

En el estudio se hablaba de la chica con ironía, algunas a destajo, les parecía una alienígena, una iluminada radical convencida de las bondades de lo primitivo. Ruth se debatía entre la envidia y el rechazo. Envidiaba su libertad, ser capaz de dar tanta importancia a su estado físico y priorizarlo por encima de todo, pero no se veía capaz de hacer eso, no entraba en su cabeza anteponer el ciclo menstrual a todas las demás cosas.

Negación

Porque Ruth era el polo opuesto a todo lo que divulgaba la informática. Y yo también, aunque de una manera muy distinta. A Ruth la regla la seguía pillando por sorpresa cada mes y cada mes se lamentaba, otra vez vuelve a estar aquí este coñazo de tía, y no veía el momento de que la tía coñazo en cuestión desapareciera de su vida y la liberara de tantas incomodidades. En cambio, a mí me era indiferente. Yo la negaba. Me era igual, la ninguneaba, la trataba como un mero asunto fisiológico del que había que ocuparse lo mínimo posible. El problema higiénico derivado era un hábito como cepillarse los dientes. Una rutina más. La regla es un medio para un fin, repetía yo a menudo, y ese fin no me interesa nada, ese fin no va conmigo, hijos a mí como que no. Ruth dejó de intentar convencerme de las bondades de la maternidad, era hablar con un muro, yo nunca iba a ser madre.

Pero Ruth no había cambiado en eso. Ella, como cuando era niña, deseaba tener hijos, muchos hijos, y fantaseaba como había hecho en la infancia, imaginando que iba a tener una familia numerosa. A menudo afirmaba que si su vida sentimental seguía siendo como hasta entonces y no encontraba al hombre adecuado, buscaría un banco de semen y resolvería de ese modo el problema.

Nos deleitábamos al darnos cuenta de lo distintas que éramos. Siempre pensé que eso era parte de nuestro secreto, de nuestra amistad, ser tan diferentes, pero a menudo lo ponía en duda. Como cuando a Ruth se le escapaba decir que yo era un misterio, qué rara eres, Andrea, y el desapego que mostraba al pronunciar esas palabras me dolía. Me dolía tanto como la mirada que las acompañaba.

Capítulo 11

La misma mirada que recibo ahora.
Has ido callando, no quieres seguir.
Lo haré yo por ti.

Fragilidad

Ese misterio que Ruth decía ver en mí, se desveló por fin en una de esas interminables jornadas pegadas al ordenador en que el trabajo se nos resistía.

Teníamos una entrega importante en Madrid al día siguiente, a primera hora, y a las tres de la madrugada aún estábamos ahí, lejos de acabar, con la impresora atascándose y la capacidad de raciocinio de Ruth también. El cansancio la bloqueaba. Pero el par de diseñadoras involucradas en ese proyecto seguían y seguían como si fueran las cinco de la tarde. Yo también. En un momento determinado vi a Ruth tan atontada y lenta que le aconsejé que parase, saliese a la calle, que le diera el aire. Me pidió que la acompañara. Anduvimos unos metros en dirección al mercado de Sant Antoni, le ofrecí un cigarrillo y nos sentamos en un banco. Un indigente con dos perros nos pidió tabaco y luego se acostó en el cajero automático donde dormía. Ruth me

confesó que no podía más, que su cuerpo no daba para más, que le dolían las piernas, la espalda y que ya no podía pensar. Vete a casa, la animé, ya lo termino yo. Se negó. Le sugerí que se echara en el sofá del recibidor del estudio y que descansara un rato. Me hizo caso como una niña enferma. La cubrí con mi chal, murmuró: perdona, murmuré: por ti haría lo que fuera.

Durmió un par de horas. Cuando se despertó estaba amaneciendo y la impresora seguía dándole al tóner. Las otras dos chicas se habían marchado. Yo estaba al pie de la impresora, cortando varios DIN-A3, con un cigarrillo en los labios. Sonrió al verme, sintió la cabeza agradablemente despejada y pudo ayudarme a rematar el trabajo. Consultó mis listas que colgaban en la pared y abordó lo que aún no estaba tachado. Mejoró pequeños detalles, la sombra de un balón, el *outline* de un par de letras, antes de seguir montando y pegando impresiones en cartones negros de tres milímetros de grosor. El estudio se estaba llenando de las diversas cabeceras que habíamos diseñado y se veían bonitas, eran las propuestas de logotipo para un suplemento deportivo que debía ver la luz con el cambio de siglo y de milenio. El cambio de siglo y de milenio estaba al caer.

El socio fundador llegó a las siete y media, a las nueve debía coger el avión hacia Madrid. Revisó con rapidez la entrega, nos felicitó, pero también nos recriminó el colapso final, lo atribuyó a una falta de organización por nuestra parte. Ruth se enfadó. Le reprochó que estaba siendo injusto y le dio por hecho que las cuatro diseñadoras nos íbamos a tomar dos días libres. El socio fundador fue solo a la presentación al cliente. No tanto por la discusión con Ruth, sino porque era lo habitual, lo que deseábamos nosotras.

Vagamos sin prisa, sin rumbo, por las calles del Raval, encontramos un bar iluminado con fluorescentes y no nos importó la luz verdosa ni los cruasanes empaquetados ni el café demasiado denso y amargo, nos bastaba con llenarnos el estómago y seguir juntas. Cuando volvimos a merodear por las calles a Ruth le embargó una profunda tristeza, una especie de vacío. Dos días libres. Qué iba a hacer durante dos largos días sin tener trabajo que resolver. Sola. Yo le decía adiós y ella no quería separarse de mí, no veía la manera de dejarme. En la avenida del Paralelo, al lado de la plazoleta del Molino que lleva el nombre de la Bella Dorita, esa mañana somnolienta en que las luces del día

nos parecían luces de noche, en que la ciudad empezaba a despertar y nosotras aún no nos habíamos despedido del día anterior, plantadas en un semáforo, acerqué mi rostro al suyo y la besé en los labios. Me miró como idiotizada, los ojos húmedos. Aún no te has dado cuenta de lo mucho que te quiero, Ruth, llevo tantos años queriéndote.

Fuimos a mi casa y se abandonó a mí. Dormimos, nos tocamos, nos amamos, dejamos de ser las que habíamos sido hasta entonces. Descubrí su piel, la única piel que ha sido también la mía. Empezó mi desesperado enganche, esta especie de suerte o de desgracia.

Capítulo 12

(23.00 h)

Chasqueas la lengua. Intentas quitarle hierro al asunto, te parece que exagero. Vuelve la Ruth que disimula, la Ruth que da rodeos, la Ruth que no me gusta. La mujer que me dejó sin mediar explicación, sin vocalizar un mísero adiós.

En el Café Boheme suben el volumen de la música y bajan las luces e imagino que lo agradeces. Yo callo y tú te revuelves inquieta, intuyendo, como siempre haces —Ruth, la reina de las intuiciones—, que la cosa se está poniendo fea. Y vuelves a parlotear a un ritmo frenético.

No quiero escucharte. Está claro que no vas a hablar de lo que tocaría hablar ahora, de nuestros quince meses, de los fines de semana en Agua Blava, de lo único que me ha importado verdaderamente. No fuiste capaz de expresarlo entonces, para qué ibas a hacerlo ahora. Tanto miedo has tenido, tanto he tenido que esperar, tanta mierda.

Mantienes esta sonrisa que no me gusta, una sonrisa de compromiso, falsa, que tan bien conozco. Me invade una oleada de rencor. Dices algo así como que sientes muchísima, lo repites dos veces, enfática, excesiva, muchísima admiración por mí, por el éxito de mi trabajo aquí, por haber hecho amigos londinenses. Dices todo eso en un hablar nervioso, presurosa por ignorar una incomodidad que aumenta.

Dejo de escucharte.

Me recrimino este despropósito. Esta idea genial que se me ha ocurrido por tu bien, que he iniciado esta mañana por tu bien, porque Andrea solo hace las cosas por tu bien, ¿verdad, Ruth?, no hay dudas sobre eso, siempre ha sido

así. Pues en este punto al que hemos llegado ya me toca reconocer que no. Que no es verdad. Que esta obsesión mía en ayudarte es egoísta al fin. Porque me hace bien, aunque también me haga mal. Porque la disfruto, aunque la padezca. Y esto que estamos haciendo, este relato, este husmear en tu pasado, este rastrear tu olor a lo largo de los años, es finalmente una necesidad mía, solo mía, desesperada, de reencontrarte, para amarte y odiarte otra vez, un desatino que me convierte de nuevo en un animal en celo, un animal que sufre y se deleita, que se martiriza, porque de esto debe ir el amor, alguien lo dejó escrito, de amar el daño.

Cierro los ojos.

Me llega tu voz.

Y suena distinta. Acuosa, grave. No sé qué ha ocurrido, estás hablando de otro modo. Vuelvo a escucharte.

—Tu vida es la vida que yo no fui capaz de aguantar, Andrea —estás diciendo, con lentitud, sin rastro del frenesí de hace un momento—, la vida que yo habría querido vivir. Porque está claro, tú eres la fuerte, tú eres la inteligente, y al final, pues ya ves, al final también has sido tú la mejor diseñadora.

Paseas la mirada a nuestro alrededor, no sé si apesadumbrada por lo que acabas de decir, sin tu sonrisa fea que no me gusta, con la desorientación candorosa que sí me gusta, miras y no sabes qué buscas, no sabes qué te está pasando, recorres con la mirada este local que no se ha atiborrado de gente guapa como habrías querido.

Me propones tomar un café. Respondo que sí. Te levantas inmediatamente a pedirlo, vuelves minutos más tarde con un expreso, un gintonic que ya has empezado y con muchas ganas de largarte. Me lo suplicas con una dulzura a la que no me resisto:

—Vamos a ese sitio al que tenías que llevarme, Andrea, quiero pasarlo bien, necesito pasármelo bien.

Yo también lo necesito, Ruth, no sabes hasta qué punto necesito pasármelo bien contigo. Pero antes me tomaré un chupito de vodka bien frío, helado. Pídemelo, por favor.

Sonrío. Sonrías también, como solo tú sabes.

Escribo a Sonia y le digo que mejor que no venga. Que ya hablamos mañana.

Mancha

En la zona de seguridad del aeropuerto del Prat, a punto de coger un avión hacia Inglaterra, una robusta mujer uniformada revolvía la maleta de Ruth de muy malos modos. Le estaba preguntando si llevaba un cuchillo, la pantalla del escáner mostraba uno. Ruth le respondió que no, que un cuchillo no llevaba, que eso era un cúter, que ella era grafista y que el cúter era como una pluma estilográfica, un objeto personal que tenía que volar con ella. La mujer no parecía escuchar y seguía revolviendo su maleta, Ruth observaba con desánimo ese revoltijo de cosas, que a la vista de todo el mundo daba una imagen indecorosa de su desastrosa vida emocional.

Ruth se iba a Londres a trabajar. Era viernes 31 de agosto y el verano languidecía, aunque ella, a ese verano, nuestro segundo verano juntas, lo había finiquitado diez días antes. Cuando suplicó a golpe de teléfono al socio fundador y creativo del estudio que la ayudara a cambiar de aires por una temporada. Fue tal su desespero por alejarse de mí que nuestro jefe, sin saber nada del verdadero motivo, se lo tomó muy en serio. Le consiguió una colaboración en el *British Vogue* con efecto inmediato, a cambio de que se comprometiera a volver un año más tarde. Ruth se comprometió a volver.

El lunes 3 de septiembre empezaba. Le faltó tiempo para organizarlo todo y salir corriendo.

Antes de marcharse de su casa, con la maleta grande ya cerrada y el taxi en la puerta, le asaltaron los nervios y le pareció que se olvidaba cosas, muchas cosas, como calcetines y bragas, sobre todo bragas, apenas se llevaba dos,

había dejado todas las demás porque estaban por lavar. Metió la mano en el cubo de la ropa sucia y se llevó lo que encontró. Lo de poner lavadoras no era lo suyo.

La mujer robusta siguió revolviendo en busca de un cuchillo que no encontraba y no paró de revolver hasta que aparecieron unas bragas blancas, manchadas, de rojo oscuro, casi negro, el mismo tono del esmalte Rouge Noir que se inventó Chanel.

Ruth suspiró. Se preguntó por qué carajo siempre llevaba braguitas blancas cuando tenía la regla, las más delicadas, las de TCN, por qué era tan difícil borrar su rastro, por qué su relación con la lejía había sido tan nefasta que se autocensuró su uso.

La mujer puso cara de reprobación y Ruth pensó, tía, te lo mereces, por creer que soy una guarra, pero la guarra eres tú y eso te pasa por meter tus manazas en mis cosas.

Faltaban diez días para que cayeran las Torres Gemelas en Nueva York y no le confiscaron el cúter. En la puerta de embarque acarició con el dedo la pequeña A que yo había caligrafiado para ella y que quiso tatuar en su muñeca.

No soy capaz de imaginar qué sintió en ese momento.

SPM

Ruth nunca acabó de creerse del todo que estaba allí. En el número uno de Hanover Square. En medio de Mayfair. En la cuarta planta del Vogue House. En algunos aspectos fue la niña española mimada por el art director, un pedazo de art director que había hecho diseños estelares en revistas estelares que nosotras venerábamos. Era un sueño hecho realidad. Un sueño que no costaba grandes esfuerzos, que no exigía dejarse la piel. El trabajo fluía.

Todo era más fácil que en Barcelona. No trabajaban tantas horas, los horarios eran respetuosos, de diez de la mañana a seis de la tarde. No había los cierres draconianos de las redacciones españolas, la revista salía puntual sin hacer ni media hora extra. Aquello era una calidad de vida desconocida para ella. Le pagaban generosamente y en efectivo con un papeleo sencillísimo cada semana en una de sus oficinas. Libras y más libras. La organización y producción funcionaba sin que el departamento de diseño se enterase. Le presentaron a fotógrafos y diseñadores de moda que le fascinaban. El art director le dejaba solucionar portadas, compaginar reportajes de moda, todo lo que le gustaba. Seguían el rol que más seguridad le daba, ser la segunda de a bordo, mano derecha, libre de responsabilidades fuera de su despacho y sus mesas, de hablar con jefazos, peces gordos a quien tratar de convencer. Ruth solo dialogaba con uno de los tíos que más sabía en toda Europa de tipografías y de imagen. ¿Cómo habría podido quejarse? ¿Cómo encontrar problema alguno en todo aquello?

Pues lo encontró. Durante su estancia en Londres el malestar se incrustó en su estado de ánimo. Un engorro que tenía instalado en la cabeza, una persistente añoranza. Quería resistir, ganar la batalla, hacer oídos sordos a la nostalgia, convertirse en una gran profesional sin debilidades, vencer su empecinamiento en mitificar la vida que había dejado en Barcelona.

Y el año fue pasando. El socio fundador del estudio de Barcelona le había propuesto un pacto, una especie de excedencia que estaba llegando a su fin. Antes de que ese plazo expirase el art director inglés le propuso contratarla. Estaba contento y quería tenerla más tiempo, emplearla como fija. Ruth no tuvo dudas sobre lo que más le convenía, el pacto con el socio fundador de Barcelona era un trato de palabra, podía pasar a segundo plano, para su currículum profesional aquello podía ser muy importante. Sus indecisiones eran de otro tipo. Salía a las seis del trabajo y no sabía qué hacer, los fines de semana eran eternos, no lo pasaba bien.

Le dieron unos días para pensárselo y las cosas se precipitaron. El peor momento llegó en el mejor momento. Tocó el cielo y al segundo siguiente se precipitó al vacío. Todo se desencadenó el día que tuvo a Alexander McQueen sentado enfrente, cuando el enfant terrible de la moda británica le pidió que

repitiera lo que acababa de decir. El diseñador inglés exigió silencio a la media docena de personas que lo rodeaban y Ruth lo repitió:

—Carrie.

Ruth dijo Carrie y todos callaron. Llevaban un buen rato dando vueltas al reportaje de moda que debía presentar la nueva colección de Alexander McQueen. Una primicia para la revista que incluía la portada. La colección aglutinaba lo mejor del joven diseñador hasta el momento, el londinense era genial, una promesa de la moda que el mundo colocaría muy pronto en su lugar. Ruth miraba las fotos de los estilismos y todo era inquietante, perturbador, violento. Una serie de prendas de cuero rojas, de látex rojas, envueltas en unas texturas brillantes y escurridizas, a veces más oscuras, a veces más claras, y que se iban a presentar en un desfile antológico, humedeciéndolas con agua y gelatina y sangre artificial justo antes de salir a la pasarela. Las diez personas allí reunidas buscaban inspiración en el cine de terror, para justificar un mundo de sangre, e iban diciendo nombres de películas que Ruth no conocía, de los años sesenta, películas gore, de ciencia ficción, películas rarísimas, y ella no entendía cómo a nadie se le ocurría pensar en Brian De Palma, en Sissy Spacek, en la escena del polideportivo y la niña regada con sangre de cerdo.

El art director no alentó a Ruth, tenía dudas sobre su idea y así mismo lo expresó. Pero era tal el entusiasmo con que McQueen recibió la propuesta que su jefe decidió delegar en ella toda responsabilidad y mantenerse al margen. Sonriente, le aconsejó aprovechar esa oportunidad.

A medida que avanzaban en el trabajo previo a la sesión de fotos, más claro tenía ella quién era la verdadera protagonista. Intencionadamente, a cada problema que surgía y había que resolver, Ruth derivaba la idea hacia ese camino. Lo hizo sin consultarlo con nadie, solamente una vez con Alexander, y él accedió, sin pedir más explicaciones, cuando ella insinuó hacia dónde estaban yendo los tiros.

La sesión duró tres días. No fue fácil. Ruth apenas durmió. Soñaba con vestidos líquidos, con caras y cabezas asfixiadas de rojo, con la modelo, una chica a lo Tilda Swinton, irlandesa pero con un culo de lo más latino, que resistió como una gran profesional a que la embadurnaran con fluidos

artificiales de todo tipo.

Cuando llegaron las fotos a la redacción, la revista se paralizó. Todo el staff acudió a verlas. Las colocaron en los estantes inclinados donde visualizaban toda la compaginación impresa. Nadie hablaba. Al primer vistazo Ruth quedó convencida de que había conseguido lo que se había propuesto. Ahí estaba su idea, la moda se había convertido en un medio para explicar la regla a lo grande, a lo bestia, sin tapujos. Y era bello. Se había creado una historia, una estética. Se le aceleró el pulso. Aquello era bueno. Se sintió feliz, excitada.

El art director se sonrojó y no supo qué decirle. En esta ciudad, cuando la gente se disgusta, no grita, ni alza la voz, ni insulta, ni reacciona de la manera a la que ella estaba acostumbrada. Los ingleses nunca se enfadan. Pero cuando algo les contraria son letales. La directora del *British Vogue* se acercó a Ruth, le sostuvo la mirada con sus serenos ojos azules y le preguntó con un tono tan extremadamente educado que a la catalana le sobrevino un estremecimiento. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí, querida? Ruth le respondió que casi un año. En un tono de voz bajo pero perfectamente audible la directora comentó que un año era mucho tiempo para no enterarse de dónde se había metido. Le pidió en una frase llena de *would, may, mind, please, thank you*, que hiciera el favor de defender aquella barbaridad. Ruth habló. A su manera, directa, a la española, sin las argumentaciones ni los rodeos que tanto gustan a los británicos, sin suavizar nada, a la brava, para acabar cuanto antes. Y a medida que hablaba fue consciente de lo mal que lo estaba haciendo, de que estaba perdiendo las razones, de que lo iba empeorando, y entonces, la fe, el inglés, la autoestima, la abandonaron, le venció el cansancio, la confusión mental. Le cogió como un vahído, una taquicardia que no la dejaba respirar y calló de repente. Aquello tenía toda la pinta de ser un ataque de ansiedad. Bajó la mirada y entonces la directora decidió darle la espalda para dirigirse a las veinte personas que las observaban. Traspasar la línea del buen gusto es aceptable para Alexander McQueen pero no para el *British Vogue*, no lo es ahora ni lo será nunca. Entonces pidió disculpas. La editor in chief pidió disculpas porque se veía forzada a exigir a sus subordinados que, en dos días, produjeran un reportaje maravilloso digno de la gran casa de Hanover Square

a la que debían rendir méritos. Y al terminar se volvió a dirigir a Ruth, esbozó una gélida sonrisa y le pidió que por favor se deshiciera de todo aquello lo antes posible. No quería verlo nunca más.

La gente se dispersó en silencio. El art director le dio unas palmaditas en la espalda y le comentó que siguiera con otras cosas, que de la sesión sustitutoria ya se ocupaba él. Nadie más le habló del asunto. Aparentemente todo siguió como si nada. Esas cosas podían pasar. Les había hecho perder tiempo y dinero, pero en aquella gran empresa se disponía con holgura de ambas cosas.

Cuando tocó tomar la decisión de quedarse, Ruth dijo que no. Lo atribuyó a su compromiso profesional con Barcelona, la excusa era comprensible para *Vogue*, pero no para sí misma. Ella no tenía una buena excusa que contarse a sí misma. Se recriminó ser una mujer débil, una mala profesional incapacitada para dar la talla en los momentos de más tensión.

Los días previos a esa decisión sintió la ciudad inhóspita, plana, contó las semanas que hacía que no veía el sol, Londres era una ciudad sin sombras, donde no hizo amigos, donde no supo acercarse a la gente que la rodeaba con autenticidad. Se despertaba y solo quería llorar, quedarse en la cama, seguir durmiendo.

Esos días fueron también los días previos a que le llegara la regla. No se dio cuenta. Ruth no marcaba las fechas entre un periodo y otro, no anotaba una pequeña R en la agenda, no contaba los días, no preveía, no planificaba nada. No asociaba sus altibajos de humor, el nerviosismo, la desesperanza, a que la regla se acercara. Siempre había escuchado con displicencia a algunas amigas contar que con el síndrome premenstrual rompían cosas, se volvían locas. A ella no le pasaban esas excentricidades. Eso le parecía.

Atribuyó su debilidad a otra cuestión. Estaba todo en las palabras del profesor de la Escuela de Diseño, esas palabras premonitorias que la iban a perseguir para siempre. Era una cuestión de carácter. Ella no tenía carácter para resistir.

Amor

Félix reapareció en su vida para no dejarla nunca más. La buscó para comunicarle que no tenía pareja y que ella le importaba. Ruth desconfió. Seguía pensando que era un mujeriego, que quería sexo y a la vez sentirse cómodo y ella le daba ambas cosas. Esto último era cierto, pero había mucho más. Félix se estaba convirtiendo en un ingeniero serio que se ganaba bien la vida, un hombre seguro de sí mismo empeñado en estabilizarse. Ruth no tardó en ceder, quería creérselo. Félix le gustaba mucho. La transportaba al mar, a la arena, al calor, a Ibiza, donde lo había conocido tanto tiempo atrás. Enseguida fue surgiendo la bondad expansiva de Félix, su autenticidad, el talante reposado que a Ruth le sentaba tan bien, estar con Félix era como estar en casa.

Vivió unos años de verdadera calma. Siempre que podían volaban a la isla balear y se instalaban en la casa de Anita. Ruth alejó el estrés de su vida. Se instaló como freelance en su piso de Barcelona y fue tirando con trabajos modestos que le daban dinero, aunque no mucho. La estabilidad emocional y económica la encontró en su pareja, por primera vez sintió que había un hombre dispuesto a compartirlo todo con ella.

Se tomó la píldora anticonceptiva y la regla dejó de importunarla, se convirtió en otra cosa, en una compañía dócil, regular, previsible. A Ruth no le importó que la pastilla la hinchara y le provocara celulitis, o que ganara peso, qué más daba eso ahora, si a Félix no le importaba. Al contrario, aplaudió que esas hormonas de más que corrían por su cuerpo hicieran desaparecer buena parte del vello de los brazos, de las piernas, y eso le encantaba, claro que le encantaba, otorgaba a su piel un extra de suavidad.

Se casó. Fue previsor por primera vez en su vida y consultó el calendario. El día de su boda le tocaba tener la regla. Ruth la maldijo, habría sido impropio de ella perderselo, y qué fácil fue, qué delicia, impedirselo. El viejo truco de no interrumpir las pastillas los días de descanso, seguir tomándolas, para que la regla no metiera las narices en una fiesta a la que no

estaba invitada.

Y pareció que al fin la había amaestrado. Ruth sabía que la regla la engañaba y que quien la visitaba cada veintiocho días con puntualidad militar no era ella, sino un simulacro, un engaño que Ruth bendecía. La menstruación había delegado su presencia en una doble, una doble incomparable y descafeinada, y se había largado, de vacaciones, a una cura de reposo, para que descansaran la una de la otra. Un descanso que fue un remanso de paz y que un buen día terminó.

Ruth quiso cumplir un sueño. Imaginó la felicidad completa y pidió más a la vida. Ser madre.

Capítulo 13

(00.00 h)

Hasta que no subes los primeros peldaños de la corta escalinata y vislumbramos la escultura del príncipe Alberto, no te lo crees. Señalas la banderola y das saltos de alegría. Me avasallas a preguntas, que cómo lo he conseguido, cómo he conseguido un pase nocturno y privado cuando las entradas llevan meses agotadas. Es verdad que las cosas me van bien, no me ha sido difícil, conozco a mucha gente en el mundo de la moda, gente que me aprecia y desde que sé que ibas a venir, hace apenas dos días, me he empeñado en traerte.

Al Victoria and Albert Museum. A la expo en homenaje a Alexander McQueen unos años después de su prematura muerte.

Entramos. El montaje está envuelto en penumbra. Asistimos en silencio a un impresionante despliegue de genio y belleza. Avanzamos muy despacio. Te quedas paralizada frente a los vestidos de plumas negras. Maniqués convertidos en mujeres pájaro, animales fuertes y frágiles, femeninos y masculinos, tremendamente deseables. Te cubres la cara con las manos, luego sabré que en este instante te cae como una losa aquello de ser deseable y dejar de serlo. Te cojo por el brazo y te obligo a seguir, pasamos por la colección africana, por la de Kate Moss volando, por la de Juana de Arco y llegamos a la roja. La colección húmeda y roja, y te plantifico frente a unas fotos.

Son tus fotos.

Las fotos donde la protagonista fue ella, la regla, la menstruación, el periodo, el ciclo menstrual, las pérdidas de sangre, el dolor, la hinchazón, la

feminidad, la negación. La vida que sigue y no sigue. Unas fotos extravagantes, violentas. Raras. Bellas. Te señalo la cartela. Lees *Art Direction* y tu nombre y los apellidos sin ni una falta. Y un *Rejected* que seguro lo hace todo más precioso, por supuesto que también más *cool*.

Me preguntas si yo lo sabía, si sabía que este trabajo estaba expuesto aquí y te contesto que claro que sí. Lo que no sabía era cómo comunicártelo, hemos estado tantos años distanciadas, Ruth, tu imprevista visita a Londres lo ha precipitado, lo ha hecho posible. Me preguntas con voz queda si el trabajo me parece bueno. Me desmonta tu inseguridad, esta incertidumbre que te envuelve y no te deja, saberte necesitada de mi criterio, de mi confianza, como siempre fue.

—Es muy bueno, Ruth. Estás hecha para trabajar con la imagen, es una pena que no hayas insistido en hacer cosas parecidas. Tienes que reconquistar el diseño, abandonar la zona de confort en la que estás instalada.

A pesar de la oscuridad, los pocos leds de la sala me dejan vislumbrar tu rostro. Vuelve a la carga, ya, por favor, insisto. Tus labios se entreabren, trémulos.

Suena el tintineo del whatsapp de tu móvil. Es tu hija. Es Olivia, dices. Llegan tres mensajes más, me enseñas la pantalla, me los das a leer.

*Mmi dnde stas
no pdo dormir
pq no vuelves
t echo d menos*

Odio

Me tragué el orgullo y la fui a ver. Habían pasado varios años tras su vuelta de

Londres. Le propuse que montáramos un estudio de diseño juntas. Me sentía madura profesionalmente y no quería ser una empleada toda mi vida, trabajar siempre para otro. Era el momento de dar un giro a mi carrera, de aspirar a más, tener mi propio negocio. Y quería dar ese paso con ella.

—Además, Ruth, tú pronto vas a necesitar ayuda.

—¿Ayuda? —preguntó ella desde el sofá donde estaba echada con cara de no sé de qué me hablas.

Hacía seis días que apenas se movía. Se sentía aletargada, como una boa somnolienta. Se encontraba en pleno tratamiento de fertilidad y le habían recomendado un reposo ligero que ella había convertido en absoluto.

Ruth no se quedaba embarazada. Pasaban los meses, pasaron varios años y nada en el cuerpo de Ruth interrumpía el ciclo menstrual. Cada veintiséis, veintiocho o treinta días Ruth recibía la regla como el peor de los acontecimientos de su vida, con animadversión, con odio. Toparse con su húmeda cara entre las piernas la deprimía, la aborrecía como nunca imaginó que podía llegar a aborrecerla, era la imagen de su fracaso.

También cogió manía al médico que la trataba, una eminencia en su especialidad que a Ruth le daba grima. Era un tipo de piel avinagrada y metro sesenta de altura que el primer día que los atendió, análisis en mano, sentenció que jamás iban a tener un bebé solos, que su ayuda les era del todo imprescindible. Insistía en que Ruth ya no era una niña, que se estaba haciendo mayor y lo de ovular como Dios manda no era lo suyo. Su cuerpo producía óvulos pequeños, los dejaba a medio madurar, no servían. Dijo esto y muchas otras cosas. Como que Ruth era una mujer poliquística, de esas que tienen el cuello ancho y son peludas, chicas no muy altas, más bien anchas. El tipo siguió hablando, de estadísticas y de sus éxitos, como quien habla de resultados de una empresa de cápsulas de café, y en un momento en que el doctor eminencia se tomó un respiro, Ruth atinó a protestar:

—Yo no tengo el cuello ancho.

Nos asociamos. Montamos un pequeño estudio muy cerca de su casa. Un pequeño ático desde donde veíamos el mar y la Sagrada Familia. Yo tenía novia y se la presenté enseguida para que todos sus reparos se disiparan. Le aclaré que era feliz con ella y que lo nuestro estaba claro, que solo deseaba

recuperar la relación de amigas, de colegas, tal y como había sido. No me hizo falta insistir, ella no quería profundizar más, no habría sido propio de ella, y además su cabeza estaba en otro sitio. Esa etapa nueva que iniciamos y que podía haber sido divertida, lo fue tan solo a momentos. Ruth vivía obsesionada con un objetivo que se le escapaba, que cada mes se alejaba más y más. Languidecía.

Félix me pidió ayuda.

Quedamos en la barra del Dry Martini, un jueves caluroso de principios de verano. Félix se desahogó. Bebimos mucho, compró una rosa a la vieja Violeta con su peluca y sus castañuelas y su voz de hombre, una rosa que pensé era para Ruth pero que acabó por regalarme a mí cuando me acompañó a casa. Félix siempre me había gustado, nunca sentí verdaderos celos, a pesar de su cabeza rapada al cero, o quizá también debido a su cabeza rapada al cero. Estar con él era como compartir una parte de Ruth. Félix necesitaba de mi complicidad para cortar el bucle en el que estaban atrapados, convencéndola a ella, quizá, de las bondades de la adopción. Ruth ya no era la Ruth que él había conocido, me confesó, era una mujer amargada, victimista. Una pesada.

Apuramos el tercer dry. Tu mujer es una niña caprichosa y tozuda que ha tenido la suerte de tropezarse conmigo, parece que dije, no lo recuerdo, me lo recordó Félix unas semanas más tarde, en otra velada casi tan intensa como aquella. Sí recuerdo que en la vieja barra de la coctelería más Hemingway de la ciudad, le ofrecí mis óvulos. Os los regalo para que os embaracéis de una vez por todas, dime dónde tengo que ir y que me los saquen, son vuestros, os los dono. Lo solté despreocupada, encantada de la vida, feliz de hacerlo por ese dry que terminaba, por ese hombre de gestos reposados que se desvivía por la mujer que yo amaba. Dispuesta como siempre a lo que hiciera falta para verla feliz.

Empecé el tratamiento tan pronto como pude. Mi cuerpo reaccionó enseguida. Mi flaca barriga se fue hinchando como un globo con las decenas de óvulos que iban creciendo como respuesta a la estimulación. La hinchazón empezó a doler. Ruth dejó de llorar, de quejarse, pero era incapaz de analizar lo que sentía. Se distanció de mí. Durante ese periodo, que no fue muy largo, apenas hablamos, lo justo, sobre el trabajo, pero no de lo que estaba

ocurriendo. No me sorprendió que fuera así, ni se lo reprocho ahora. Era un hervidero de contradicciones, de esperanza, de miedo. Lo pasaba mal.

Una noche fuimos a cenar cerca de Olot, unos amigos habían montado un restaurante gastronómico de lo más innovador en medio del campo y nosotras habíamos diseñado la imagen corporativa. Ruth y Félix iban a dormir en una habitación con paredes de cristal, en medio de la vegetación, una idea que debería haberla entusiasmado, pero no, por aquel entonces nada la entusiasmaba. Estaba apática, inexpresiva.

Llevé conmigo los pequeños frascos y jeringuillas para pincharme. Estaba en la recta final del proceso, los óvulos estaban muy adelantados y yo debía seguir un horario muy estricto, inyectarme la medicación, las hormonas, a una hora determinada. En el coche, camino del restaurante, les informé de que a eso de las once me tocaba hacerlo. Cuando llegó la hora, a media cena, me levanté. Félix me siguió y en medio de un corredor de lo más sideral, con las paredes forradas de un metal color cobre, me ofreció su ayuda. La rechacé amablemente, no hacía falta, llevaba quince días haciéndolo y ya tenía práctica. Insistió. Acabó por rogarme que al menos le dejara ver cómo lo hacía. Accedí. Ruth se quedó con los amigos, despreocupada, necesitada de conversaciones banales. Me senté en la cama de la habitación transparente, la cama que iba a ser su cama esa noche y Félix se arrodilló frente a mí. Me clavé la aguja en el abdomen con facilidad, sorteando los pequeños morados que me habían ido saliendo de las otras punciones y me inyecté la medicación. Félix lo observaba y me hablaba, cariñoso, alabó mi generosidad, habló de lo divertida que había estado yo en el Dry Martini, me recordó todo lo que le había dicho. Cuando acabé no dejó que me abrochara la camisa para cubrirme el vientre. Me pidió permiso para besarlo. Se tomó su tiempo. Me cogió las caderas con sus manos, su barba áspera me rascó ligeramente la piel. Dejó caer la cabeza en mis muslos. Admiré la forma de su cráneo, tan expuesto, apoyé mis dos manos y reseguí su forma, los huesos occipital y parietal tan marcados y salidos, lo hice con suavidad, notando el ligero vaivén de su cuero cabelludo y me pregunté por enésima vez si había sido idea de Ruth que se rapara el cabello, si era una solución estética a su incipiente calva o un capricho de ella, uno de sus anhelos sexuales que conseguía imponer sin

imponer, tan a su manera. Los segundos pasaban. Creo que Félix sintió deseo de algo más. No estoy segura. Era el hombre de Ruth, era un hombre. Me levanté y le obligué así a apartarse.

La velada siguió como si nada. Agradable. Ellos durmieron en la estancia acristalada. Yo en una habitación del edificio principal. Me entristece admitir que me sentí muy sola. Necesité repetirme a mí misma las razones por las cuales estaba haciendo todo eso.

Recordé el cuento de las siete lagartijas.

Indiferencia

Nació Olivia. Poco tiempo después, ante el desconcierto de todos, de la madre de Ruth, de los médicos, se volvió a quedar embarazada. Sin ayuda, ella sola, con su marido y sus óvulos y sin necesidad de los míos. Con un bebé de un año y esperando otro, su energía se multiplicó. El segundo embarazo le dio paz, serenidad, por fin había conseguido lo que quería y de la manera que quería.

Tras nacer el niño, esta vez varón, y amamantarlo, la regla regresó y con ella se impuso una nueva realidad: había que volver a tomar precauciones, de ninguna manera podía arriesgarse a tener otro bebé tan seguido. Casi sin darse cuenta renunció a aquel sueño —que había creído inquebrantable— de formar una familia numerosa.

Descartó la píldora, la olvidaba demasiado a menudo. Durante un tiempo se puso un anillo vaginal y fue tirando, bastante contenta. Hasta que se dio cuenta de que se estaba quedando sin cejas. Ya le iba bien que el vello en las piernas y en los brazos y en las axilas hubiera casi desaparecido, pero en las cejas no, ella quería mantener el grueso de sus cejas. Se arrepintió de habérselas depilado durante tanto tiempo, ahora se percataba de dos cosas

importantes: una, que las cejas pobladas habían sido un rasgo de su personalidad, y dos, que rejuvenecían. Ese último punto empezaba a importarle.

Se pasó al DIU. A la regla pareció no gustarle el dispositivo en forma de T y volvió a las andadas, a doler, a llegar en cantidades industriales. Pero duró un tiempo breve y acabó por demostrarle que iba en serio aquello de tranquilizarse. Dejó de protestar y de entrometerse, y desapareció de la cabeza de Ruth. Se ocupaba de ella con gestos automáticos, sin pensar. Era tanto lo que la envolvía, el torbellino de niños, trabajo, colegios, casa, que no le quedaba ni un segundo para ella.

—Señora, a ver si es un poco más responsable con su cuerpo y se fija en lo que hace.

Debió de ser la primera vez que la llamaron señora. A pesar del tono impertinente y de la situación en la que se encontraba, Ruth reaccionó bien. Estaba echada, las piernas abiertas, en alto, sujetadas por unas perneras, y un hombre rebuscaba en su interior con una cosa fría y metálica. La regañaba. Otra vez. Había sido una ilusa al confiar que se había librado para siempre de esas situaciones a las que su aparato reproductor la arrastraba de forma intempestiva. Pero no. Parecía ser su sino estar en esa maldita posición en un box de Urgencias con un doctor al que no conocía. El tipo que la regañaba era un joven con el rostro plagado de granos que estaba de guardia.

Había llegado allí por sus hijos, convencida de que se habían intoxicado. Era sábado por la mañana y estaban en casa de sus suegros, ayudándoles en mil cosas, se estaban haciendo mayores y la casa les empezaba a quedar demasiado grande. Félix había querido limpiar la piscina. Fue a buscar cloro y cuando trasteaba con el cubo lleno de pastillas del desinfectante, los niños le siguieron, interesadísimos con el polvo que rezumaba del cubo, ¿A qué huele esto, papi?, metieron las narices e inhalaron bien fuerte. Sacaron la cabeza chillando como locos.

Ruth fue a Urgencias sola, lo prefirió. Sus suegros le habrían resultado un estorbo, era mejor que Félix se quedara con ellos. En momentos así, en situaciones de urgencia, iban a la par, no había fisuras entre ellos, eran un matrimonio que funcionaba en la toma de decisiones como una empresa.

Permanecieron en la sala de espera una hora y veinte minutos, se lo tomó con resignación, ya estaba acostumbrada, había ido muchas otras veces por diversidad de motivos pediátricos. Los niños se fueron calmando. Cuando el pequeño se adormeció en sus brazos, agotado de tanto llorar, distrajo a Olivia con un deber del colegio que debía presentar el lunes. La niña apenas sabía leer pero ya tenía que dar una conferencia frente a toda la clase. En powerpoint. Ruth se quejó a la maestra de que la conferencia la tendría que hacer su mamá, eso lo sabía la maestra y lo sabía ella, pero se tuvo que resignar, claro que se tuvo que resignar, todo fuera por el futuro de la criatura, quizá sí que había que empezar lo antes posible a eliminar de raíz cualquier atisbo de pánico escénico. No fuera que eso la limitara en la vida.

Sentados entre otros pacientes tan armados de paciencia como ella, animó a Olivia a recitar el guion que habían preparado. La niña se negó, dijo que sin el ordenador delante no lo hacía, Ruth le replicó de muy buenas maneras que frente al ordenador no se pensaba, ni ella ni nadie, que se distraía con los fondos de colores y poniendo efectos de olas en los textos y que así uno no se podía concentrar en lo importante. Le habló del libro que habían leído juntas, *Zoo*, de Bruno Munari, le recordó los dibujos de los animales, tan bonitos, y las ingeniosas frases que los acompañaban. Olivia empezó a ceder. Se pusieron a recitar juntas. ¿Por qué he escogido este tema? Porque un día vi un mono en el zoo. El mono usaba sus manos como sus pies y sus pies como sus manos. El mono quería cacahuetes. Olivia empezó a animarse y a levantar la voz y cuando Ruth la reprendió, ¡Quietecita y sin gritar!, la niña se le subió encima y le dio tal rodillazo en el vientre que rasgó su camisola de lino y seda y la madre vio las estrellas.

El joven doctor evaluó a los niños. Los hijos de Ruth estaban tan recuperados de la intoxicación que saltaban por la camilla haciendo el mono mientras recitaban por qué he escogido este tema, porque he visto un mono en el zoo y yo también quiero cacahuetes. Ella se derrumbó en una silla que a duras penas alcanzó y se le escapó un joder, qué me pasa.

El cabreo del médico empezó con los saltos de unos niños que no mostraban aflicción ninguna, siguió con las reticencias de la madre a dejarse examinar, y se exacerbó cuando extrajo de su interior, primero un tampón, y

después otro tampón. Señora, su cuerpo alberga dos tampones. El último en salir mostraba un aspecto de lo más lamentable, por no hablar del olor, y debía de llevar allí dentro, pues, Ruth no lo sabía, días, algunos días, muchos días, no tenía ni idea de cuántos, y el otro, pues tampoco recordaba las horas que hacía que se lo había puesto.

Se defendió argumentando al médico de guardia que él no sabía lo que era criar a dos hijos tan seguidos, que eso debía de ser mucho peor que tener gemelos, que ella trabajaba, que trabajaba mucho y que lo hacía sola porque su socia la había abandonado, hacía tiempo que la había abandonado, pero no se acostumbraba, sí, sí, mi socia se largó de un día para otro y me dejó sola con este marrón de negocio, se largó a Londres, mira tú por dónde, a Londres, y que solo le faltaba esta crisis de mierda para joderlo todo, su profesión se había puesto tan difícil que ingresaba una cuarta parte de lo que ganaba antes, que cocinaba lentejas estofadas y que ponía lavadoras cada día, y que, como podía comprender, no daba abasto.

—Mire, señora, esto de las superwoman es muy de los noventa, me entiende, como que ya no se lleva.

Qué sabrás tú de eso, niñato con granos, pensó Ruth con rabia, pero no lo soltó, claro que no. Se mordió la lengua. A ver si conseguía de una vez por todas comportarse como una verdadera señora. Educada y con temple.

Capítulo 14

(01.30 h)

Te llevo a bailar a The Box. Mis amigos ingleses me han insistido por whatsapp, hoy es una noche especial y no nos la podemos perder. Llegamos y el local está desbordado. La gente se arremolina en la entrada, chicas con *stilettos* de vértigo y medias destrozadas, hombres trajeados con camisas blancas desabrochadas, antifaces, transexuales bellísimos, cortes de pelo y sombreros inimaginables, látex. Todo de lo más *cool* y frenético. Estás extasiada. Se está celebrando una fiesta de burbujas y confeti y la pista de baile es una locura. Pedimos dos gintónicos. Entrás en un estado de euforia que conozco muy bien. Bailas y bailas y te contorneas frente a mí, moviéndote de esa manera que me pone a mil, divertida, fantástica, como una adolescente, como la Ruth veinteañera, como Ruth a los treinta y tres años en el Pachá de Ibiza, como la tía guapísima que estoy mirando ahora. Me hablas a voz en grito, los brazos en alto, la copa en alto, y vas diciendo lo mucho que me quieres, que me debes tanto, que no sabes qué harías sin mí, que soy tu salvadora, eres un pilar en mi vida, Andrea, me has salvado de tantas cosas, no te merezco. Te vas pegando a mí y pierdo la cabeza. Te vuelvo a desear como te deseé hace más de quince años, el mismo deseo reaparece intacto, la misma hambre, la misma servidumbre. Siento el aliento caliente de tu boca en mi cuello y entonces me susurras al oído algo que me cuesta entender, que no quiero escuchar. Que mi hija es tu hija. Que yo soy la madre de tu hija y tú eres la madre de mi hija, Andrea, ¿no es eso cojonudo? ¿Por qué no quieres verla, por qué no quieres conocerla de verdad?

Me aparto. No sé si mi rostro se quiebra en una mueca que no controlo o si no hago cara de nada. No sé lo que siento. Solo sé que nos empujan y que en ese instante llegan mis amigos y que su irrupción me parece un milagro, un alivio lo que unos minutos antes me habría parecido insoportable. Veo la cabeza pelirroja del chief sub-editor acercarse a ti y cómo te lanzas a bailar con él, aún más animada que hasta ahora. Me alejo, busco un lugar donde sentarme.

No sé cuánto rato más tarde me dices que te vas con él, la voz rota de afonía, que si puedo dejar la llave de mi piso donde te he explicado que la escondo, en el rellano, bajo una tubería vista.

Pupa

Fui a su casa por algún motivo de trabajo que no recuerdo. Era pronto por la mañana y Ruth aún se estaba duchando. De repente gritó mi nombre, varias veces. Me asusté. Entré corriendo en el baño y me la encontré en pie, desnuda, con las piernas separadas, mirando con una cara indescifrable a Olivia. La niña, sentada en el suelo, decía mami, pupa. Ruth había manchado el pavimento con unas gotas de sangre y Olivia las señalaba con su dedito, se había sacado el chupete de la boca —un chupete sobado y deformado que no soltaba por nada del mundo— para pronunciar bien claro esas palabras:

—Mami, pupa.

Ruth me pidió que me la llevara. Llévatela de aquí por favor, mira qué lío. Verla desnuda y manchada de sangre no me parecía ningún lío, convencer a aquel personaje de escasos centímetros de altura que me diera la mano y se fuera conmigo, sí me lo parecía, un lío de los grandes. Nunca me han gustado los niños, nunca he tratado con niños y menos tan pequeños. Pero Ruth no se

daba cuenta o le era igual o hacía ver que le era igual. Ruth hablaba y esperaba a que me largara con la niña. Hablaba y se limpiaba las piernas, esponja, jabón, hablaba y limpiaba el suelo, papel de váter, jabón, y entonces me acercó un patito de plástico, luego una bola peluda muy rara que emitía unos pitidos, y seguía hablando. Le hablaba a Olivia, le decía que aquello pupa no era, que mamá estaba bien, que aquello era la regla y era muy normal, cada mes mami tiene la regla y duele un poco pero es muy normal. Cuando por fin levanté a la niña del suelo, ellas dos se estaban partiendo de risa. Ruth la besaba en la barriga, simuló morderle el brazo y la niña soltaba unos gritos alucinantes de felicidad absoluta y total.

Y al fin dimos dos pasos, Olivia y yo, cogidas de la mano. Pero entonces Ruth cambió de opinión. Esos cambios de opinión que hace en cuestión de segundos, ahora blanco, ahora negro, ahora soy feliz, ahora no, nada, ahora me quiero morir. Olivia ya me había dado la mano y me seguía con sus ojos oscuros muy abiertos y una chispa de curiosidad en la mirada que me estaba desarmando. Pero entonces Ruth dijo: no, Andrea, no te la lleves, qué tonta, ¿de qué me escondo? No quiero hacer eso. Y Olivia volvió a sus brazos.

Al cabo de unos días decidí irme de Barcelona. Poner tierra de por medio. Huir a Londres, ¿por qué no emigrar al mismo destino al que la había empujado yo, al que ella había ido huyendo de mí? El estudio parecía haber tocado techo, aún no vislumbrábamos lo peor de la crisis económica, pero mis ánimos fallaban, no me sentía suficientemente fuerte para seguir luchando, mantener las ilusiones y la ambición alta, seguir siendo el motor principal de nuestra empresa.

Tampoco quería presenciar más escenas como aquella. Ella y su instinto maternal, Olivia y esos ríos desbordados de dulzura que lo invadían todo. Que a mí no me llegaban.

Capítulo 15

(06.00 h)

Oigo el tintineo de las llaves en la cerradura, cómo abres y cierras la puerta sin demasiado cuidado. Apago el cigarrillo. He visto amanecer entre las chimeneas y los edificios color caldera que tanto te gustan, aquí, sentada en el alféizar de mi ventana. No digo nada ni hago un gesto para recibirte. Me siento frente al ordenador, ante una web que tengo preparada y en unos segundos imprimo una tarjeta de embarque, 09.05 – 12.25. Londres (GTW) – Barcelona (BCN) Vueling 7965. Tenemos el tiempo justo, tus maletas ya están hechas, he metido dentro lo poco que habías sacado.

Te derrumbas en el sofá, el vestido calcetín fruncido por encima de las rodillas, te lamentas, melodramática, pretendes excusarte. Ese tío no te importa nada, argumentas, ha estado bien pero no irá a más, tampoco te gusta tanto, lo que te gusta es gustar y no soportas dejar de hacerlo, insistes en que yo no lo entiendo, en que no lo quiero entender, ese regalo, cuando alguien se fija en ti porque sí, gratis, es un bálsamo, el sueño de creer que eres maravillosa y que eso va a durar y durar, un especie de volver a empezar, es insoportable para ti que todo eso desaparezca, volverte invisible, andar por la calle, entrar en un bar y que nadie te mire ya nunca más.

Te hago callar. Cállate, Ruth. Deja de autocompadecerte, de quererlo todo, tener la regla y no tenerla, desear que te follen y no dejar que te follen, tenerme a mí y no tenerme.

Ahora soy yo la que necesita ayuda. Devuélveme la paz que conseguí estando sin ti, Ruth. Devuélvemela ahora.

Vete.

Feminidad

—Ven aquí, tigre.

Fueron quince meses. Quince meses en los que me empapé de su belleza y sus defectos. Meses en los que me alimenté de mirarla. Aprendí a dibujar de memoria el grosor de sus brazos, el ancho de los hombros en relación con sus pechos, la caída del óvalo de sus pezones, el lugar exacto donde asoma la cicatriz de su pequeño ombligo, el bebé gusano que no crece ni decrece, marca de aquella laparoscopia que le curó de un dolor indescifrable y que nos ha unido hasta ahora.

Quince meses en los que fuimos amantes, quince meses salpicados de imprevistos silencios, de dudas, de retrocesos. Un año y poco más. Fines de semana que iban salvando lo nuestro, dándole gasolina, cuando nos reencontrábamos, solas otra vez, protegidas al fin. Tardes en su habitación de adolescente, con estufa, sin estufa, con frío, con calor, donde me cortó el pelo teñido de naranja para rasurármelo al cero con una máquina de afeitar que compramos en La Bisbal, no le costó convencerme, arrancarme de cuajo la estética que había proyectado a través de mi cabello durante años, no le costó porque me tenía rendida, a sus pies, comiendo de su mano, deseosa de escucharle repetir, a veces entre risas, a veces en susurros, aturdida, con la boca entreabierta, que eso la calentaba, que me sentía más hombre, que de ese modo me convertía en mujer y hombre a la vez y que eso la excitaba tanto. Tardes calientes en la pequeña habitación de la colcha amarilla y las fotos de Olivia Newton-John que no queríamos despegar.

Y ese mediodía tardío de sábado en que le pedí que se acercara. Esa hora

previa a la tarde en que sentí poseerlo todo, tocar el colmo de la voluptuosidad, en que la sentí más mujer que nunca. Endiabladamente femenina.

—Ven aquí, tigre.

Estaba a pocos pasos de mí, pero ya la sentía lejos. Llevaba un bikini de leopardo y se metía en el mar. La cala era minúscula, apenas unos metros entre roca y roca. Ella se reía, la piel de gallina, era septiembre, terminaba nuestro primer verano juntas, Agua Blava está muy al norte y se estaba nublando. Hacía frío pero Ruth seguía empeñada en nadar.

—Es leopardo, no tigre —me corrigió.

—Ven aquí —insistí.

No se movió. Las risas se alejaron pero no su mirada, tampoco la mía. Nos quedamos quietas, sin necesidad de nada más. Suspendidas en aquel instante. Con el deseo colmado. Todavía su olor pegado a mis labios, a mi nariz. Los restos de un viento de verano que se resistía a acabar, la arena gruesa, el mar azul plomo. Yo encaramada en una roca, ella con el agua hasta los muslos. Y todas aquellas palabras, las suyas, que se habían deslizado, con suavidad infinita, durante horas —a través de la noche, la madrugada, de la mañana—, seguían revoloteando en mi cabeza.

Aquella niña que fue un día. La niña de la carita redonda, no muy alta, que saltaba por estas mismas rocas buscando cangrejos, la espalda quemada por el sol, cuando la invisibilidad era un tesoro y estaba a punto de perderla.

—Creo que nunca fui tan feliz como entonces —me había murmurado entre caricia y caricia—, creo que nunca he vuelto a ser tan verdaderamente yo como aquel verano.

Capítulo 16

(08.00 h)

Decir adiós, decirte adiós, saber decir adiós.

En Victoria Station me das un beso en cada mejilla, evitas mirarme. He comprado un único billete para el Gatwick Express, estamos de acuerdo en que debes continuar sola hasta el aeropuerto. Nos quedamos paradas la una frente a la otra, delante de la entrada a la estación, entre la vorágine de gente que entra y sale carreteando sus pequeñas y no tan pequeñas *trolleys*. Me reprochas mis preguntas, mis anotaciones, este juegucito con el que has querido entretenerme.

—¿De qué ha servido hacerme hablar tanto? —me sueltas, enfurruñada. Pero al segundo siguiente te puede el cansancio y la rabia se esfuma—: ¿Crees que algún día bajaré de esta montaña rusa, Andrea, crees que algún día mi vida será una línea recta y yo seré una mujer normal, equilibrada?

Cómo me cuesta imaginar eso. Es este convulso carácter tuyo, Ruth, la pasión, el desánimo, tu tendencia al desastre, las subidas y bajadas que no controlas, lo que más me atrapa de ti.

Lloras, con contención, sin aspavientos. Sacas el ticket del tren de tu bolsillo, el Din-A4 doblado que te he impreso, y te diriges a las máquinas para escanear el código QR.

Y yo vuelvo a sentir la imperiosa necesidad de aliviarte, una vez más, esta necesidad que tanto nos ha determinado, a la que tanto me he enganchado. Me das la espalda y busco con desespero qué decir. Y lo que encuentro al fin, esta vez, quizá por primera vez, no sé si puede servirte. Porque en este punto

somos opuestas. Porque yo nunca me he sentido especialmente bella. Porque tu deseo sexual ha sido el espejo del deseo del otro. No así el mío. Y ahora que te vas y siento que pierdo el control, te lo digo igualmente, con la desagradable sensación de hacerlo a ciegas, por ignorar si te va a ser útil, por no saber qué va a ser de ti mañana:

—Recuerda la sensación de libertad que sentías cuando no dependías de ninguna mirada. Quizá en la invisibilidad que tanto temes esté la clave.

Te das la vuelta. La misma expresión desamparada de cuando eras una niña. La misma necesidad de entenderte, de encontrarte en mí.

—Hay una Ruth que se va, pero hay otra que puede volver.

Ahora que te vas
Eva Blanch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada: © EvaBlanch&RicardoFeriche, 2002

© Eva Blanch, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-9066-686-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



Eva Blanch

AHORA QUE TE VAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES